Notas de himelbaum

Rosana Ample

Notas de **HIMELBAUM**

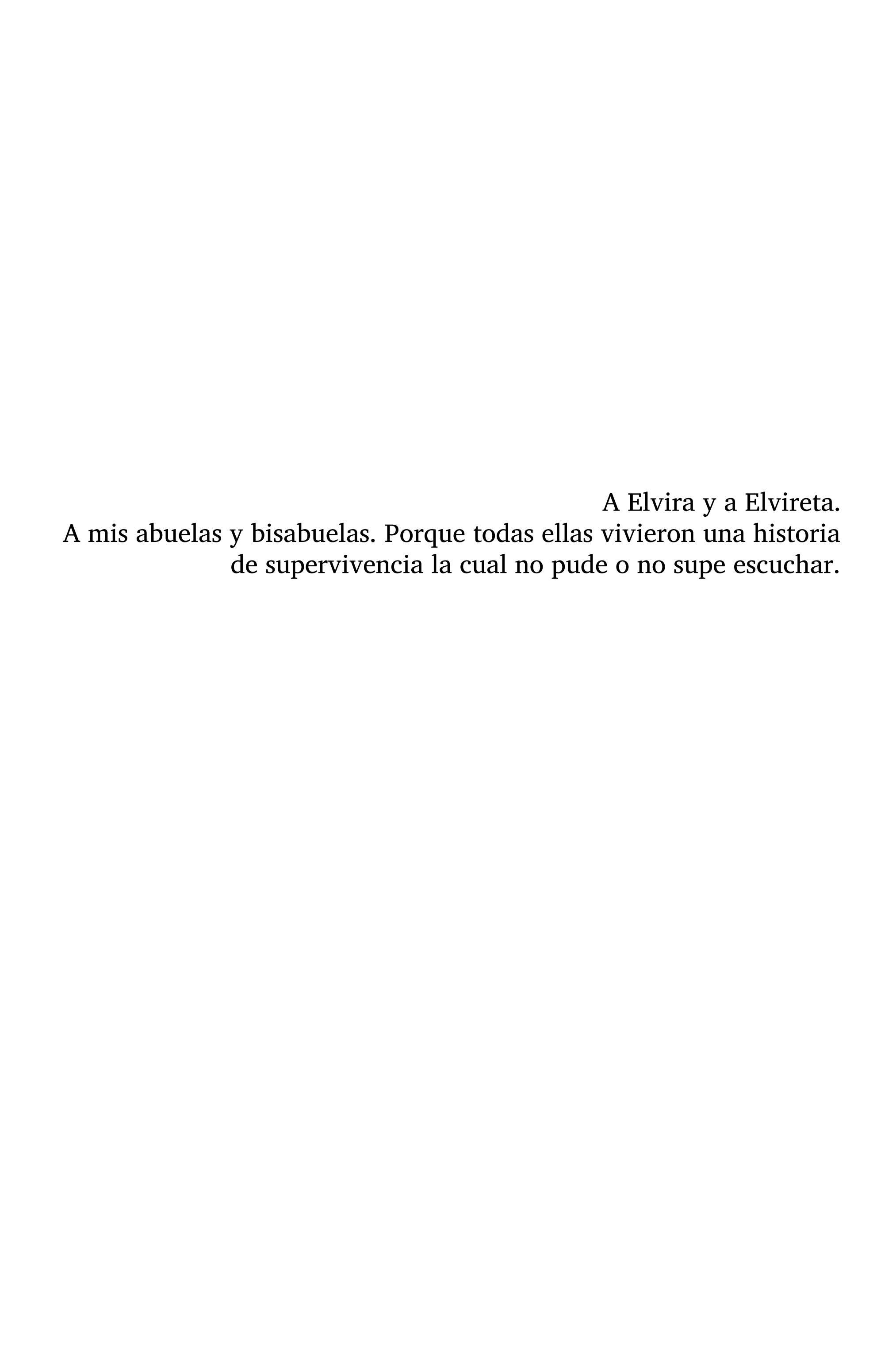
Rosana Ample

Primera edición: Septiembre, 2016©

PRÓLOGO

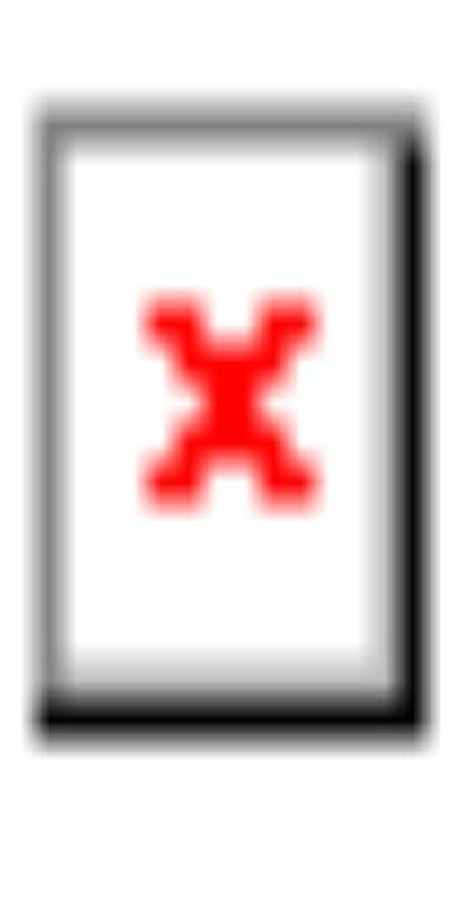
Hay una mujer que tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor,
y mucho de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados;
una mujer que, siendo joven tiene la reflexión de una anciana,
y en la vejez, trabaja con el vigor de la juventud;
la mujer que si es ignorante descubre los secretos de la vida
con más acierto que un sabio, y si es instruida se acomoda
a la simplicidad de los niños; una mujer que siendo rica,
daría con gusto su tesoro para no sufrir en su corazón
la herida de la ingratitud; una mujer que siendo débil
se reviste a veces con la bravura del león; una mujer
que mientras vive no la sabemos estimar porque a su lado
todos los dolores se olvidan, pero que después de muerta,
daríamos todo lo que somos y todo lo que tenemos por mirarla
de nuevo un instante, por recibir de ella un solo abrazo,
por escuchar un solo acento de sus latidos. De esa mujer
no me exija el nombre si no quieres que empape de lágrimas
vuestro álbum, porque yo la vi pasar en mi camino.
Cuando crezcan vuestros hijos, léanles esta página, y ellos,
cubriendo de besos vuestra frente, os dirán que un humilde viajero,
en pago del suntuoso hospedaje recibido, ha dejado aquí
para vosotros y para ellos,
un boceto del retrato de su madre.

RETRATO DE UNA MADRE
Monseñor Ramón Ángel Jara



A Elvira y a Elvireta.
A mis abuelas y bisabuelas. Porque todas ellas vivieron una historia de supervivencia la cual no pude o no supe escuchar.

Índice



1. El cumpleaños que todo lo cambia

Simona Himelbaum

Se había hecho tan amiga de sus traumas que ni siquiera era consciente de que anidaban en sus células. No solo era inconsciente de sus estímulos. Ignoraba el rictus de su cara cada vez que sentía esa desconfianza a su alrededor. Y de nuevo, aquel día, aquel cumpleaños, volvía a aparecer aquella sensación.

Pero esta vez había un espectador muy perceptivo, alguien que la amaba con sus luces y sus tinieblas, sus tempestades y brisas. Alguien que deseaba en cualquier momento entender el porqué de aquellos estímulos. Simona odiaba las sorpresas, incluso viniendo del hombre que amaba y que le había pedido matrimonio tres meses después de declararse como novios. Era muy mal pensada y siempre creía conocer las malas intenciones de todos. Incluso de su prometido. Para ella, sorpresa equivalía a burla. Como cada año, cuando se acercaba esa fecha, Simona se volvía irascible, sensible y algo nostálgica. Y para colmo, tenía que lidiar con la dichosa sorpresita. Era algo incontrolable. Ningún meridiano de su cuerpo era capaz de hacerla sentir que la sorpresa sería algo bonito. Todo lo negativo cobraba poder en aquel instante.

No sabía dónde iban, solo que debía vestir elegante. El resto... Ya estaba hilvanado por Ellis. De mala gana, se puso el vestido rojo de vuelo vaporoso con escote en la espalda y corte asimétrico que marcaba su cuerpo de guitarra española. No necesitaba llevar tacones, por suerte, era casi tan alta como Ellis. Estrenaba unas sandalias romanas anudadas con cordones hasta el final de las pantorrillas.

Ambos habían viajado a la casa que los padres de Ellis tenían en Estiria, al sur de los Alpes, en la frontera con Eslovenia, cerca de la ciudad de Graz, conocida como la capital gastronómica de Austria. Allí se producía uno de los mejores Sauvignon Blanc del mundo. Gran parte de las bodegas de Austria pertenecían a pequeñas y medianas empresas, muchas de ellas de larga tradición familiar, como era el caso de la familia Herzog.

Los padres de Ellis vivían en una cálida y acogedora casa, donde él pasó jornadas estivales y que sus padres, tras la jubilación, habían convertido en residencia principal. Un paisaje único y conmovedor, rodeado de viñedos, ubicado en la hermosa campiña austríaca.

La única pista que tenía respecto aquella maldita sorpresa era que pasarían la noche en Viena. Los padres de Ellis se encargarían de

llevarles hasta la ciudad, de modo que pudieran pasear con libertad. Era extraño, Ellis usaba el coche incluso para ir al cajero automático. ¿Por qué no alquiló un coche en el aeropuerto? ¿Por qué no pedirlo prestado a sus padres? Todo resultaba un tanto irritante para Simona.

Alguien le había dicho que si quería sentirse fuerte frente a su rival, ese día debería vestir de rojo. El rojo era un color Yang; un color que denominaba espíritu y fuerza. Así que, si esa noche alguien pensaba tomarle el pelo, su ropa se convertiría en un escudo.

Simona bajó las escaleras con sigilo, buscando con la mirada a su amado Ellis. Éste la miró con ojos de deseo mientras sus pensamientos le decían que aquellos zapatos tan atrevidos y sexys no eran la indumentaria apropiada para el momento, pero ella no tenía la culpa. Bastante comedida había sido si realmente detestaba las sorpresas y, como ella aseguraba, siempre se ponía algo impertinente ante ellas. Estaba hermosa, no le podía pedir que vistiera con algo más sobrio, pues Simona era todo menos austera.

—Estás impresionante, querida. ¿Lista para la sorpresa? —dijo mientras la tomaba de la mano como si fuera una princesa a quien pedirle el próximo baile.

Tras el bonito rostro de Simona, se escondía una mujer desconfiada e intranquila, convencida de que la celebración de su cumpleaños sería toda una desagradable encerrona. Era difícil confiar…

—Estamos listos, ¿nos vamos? —sugirió Ellis a sus padres, que esperaban impacientes en el porche.

Tan pronto como subió al coche, Simona escuchó un bisbiseo de su futura suegra. Le decía algo a su marido, y a continuación, le hacía ojitos a su hijo. Ese gesto la enturbió mucho más. Detestaba que planeasen a sus espaldas. Era como si se burlaran en sus narices.

Al cabo de dos segundos, su futura suegra comenzó a cantar el *happy birthday to you*. Cada frase sonaba para Simona como, “bonita, te vas a enterar de la guarrada que te vamos a hacer el día de tu cumpleaños”. Pero Ellis no le quitaba ojo. Sabía cómo era, la aceptaba, incluso con ese halo misterioso que ella no podía controlar. Sabía que detrás de esa cara de miedo y de desconfianza, detrás de ese gesto algo arisco, se escondía una tigresa abandonada. Simona era demasiado frágil y obstinada. Dejó la mirada perdida a través de los pintorescos paisajes que divisaba tras la ventana. Era su primera visita a Austria y el primer encuentro con su nueva familia. Prefería desconectar de las emociones y pasar desapercibida.

La siguiente parte de la angustiosa jornada sorpresa fue el colofón para Simona. El padre de Ellis, Michael, tecleó partes del equipo de música del coche. El redoble de platillos lo conocía, lo había escuchado antes. Era la obra sinfónica de Carmen, el preludio Acto I. Odiaba que asociaran su nombre al de una pieza de ópera.

Pero ellos todavía no lo sabían. No resultaba fácil tener dos nombres. A los dieciocho años, dejó de llamarse Carmen para ser Simona. La Carmen de su pasado siempre afloraba, recordándole que no sabía nada de quién era de verdad.

No era la primera vez que sucedía. Se acordó de una tarde de verano, cuando contaba tan solo con unos siete años de edad. Adoraba su bicicleta. Pedalear era la actividad más divertida para ella, además de su único juguete. Le gustaba sentir el viento rozar sus mejillas. No era una niña de tener grandes amigos; de hecho, no le interesaba para nada la idea de tener amigos. Todos tenían cosas en común que ella no tenía: juguetes y padres. El significado de la amistad para Carmen era algo social, que surgiría con el tiempo, pero, con siete años, ya se sentía lo suficientemente diferente como para compartir amistades. Era una joven solitaria en una sociedad y en una generación donde no estaba bien visto serlo. Pero ella no quería otras amistades más que la de su bicicleta azul y los gatitos de alrededor.

El orfanato donde vivía Simona estaba cerca de un área peatonal donde jugaban todos los niños de su edad. Le gustaba pasar por allí con la bicicleta para fisgonear qué hacían los otros chicos, a qué jugaban e intuir si se divertían o aburrían. A veces se apeaba de la bicicleta pero sin perderla de vista, ni permitir que nadie se montara en ella. Sin embargo no era capaz de permanecer allí por más de cinco minutos. Era como una visita de cortesía. Aquella tarde nada le hizo prever lo que iba a suceder. Parecía que la estaban esperando como al aguacero en el desierto. Las niñas hicieron un círculo alrededor de ella y su bicicleta azul, y la invitaron a pasar a la casa de una de ellas.

—Ven, tenemos una sorpresa para ti.

— ¿Para mí? —preguntó Carmen mientras sonreía y mostraba el hueco donde ya no habitaba uno de sus colmillos de leche. Me van a regalar un juguete para poder formar parte de ellos, pensó.

—Sí, pero tienes que venir a casa de la tía de Ava, es ella la que la conserva. Alguna tarde de inicios de octubre, cuando la noche se empezaba a cernir y tenía que encender el faro de la bicicleta para regresar al internado, había divisado la luz blanquecina del estudio de la tía Ava. No había podido evitar detenerse y observar a su alrededor —tras esas gruesas lentes que Carmen acostumbraba a llevar hasta el último instante del día, cuando apagaba la bombilla y no había nada que observar; la pobre era incapaz de vivir sin ellas, formaban parte de ella misma—. La habitación de la tía de Ava era más bien una biblioteca llena de libros de diferente acabado, tamaño y temática. Siempre deseó perderse entre tantos libros y quedarse solamente con uno de ellos.

Pasaron al estudio sin llamar. La tía de Ava nada más verlas supo lo

que venían a buscar y, de inmediato, miró a Simona alegrándose de verla de manera especial. La niña se sintió como si fuera un bicho raro pero mantuvo el tipo.

La tía de Ava, Tina, le mostró la funda de un disco. En la foto se podía leer: *La Ópera. Carmen.* La ilustración de la caratula la protagonizaba una mujer vestida de rojo, con algo de escote. Llevaba una rosa en la mano y miraba con gesto desafiante. Carmen pensó que se trataría de una mujer con un turbio pasado que miraba a la vida con rabia y desgana. Esa fue la sensación que percibió de aquella mujer morena de pelos revueltos y generoso escote, que figuraba en aquel cartel. Parecía la foto de un póster de esos que había en las puertas del teatro. Carmen tuvo la intuición de que aquella mujer de la fotografía podría perfectamente ser su madre, pues tenía la tez morena como ella y los cabellos muy poblados y de un brillante azabache. Tía Tina colocó el disco sobre el rotor del tocadiscos, situó el brazo en un punto exacto donde pretendía que sonara una determinada música. Las niñas se sentaron sobre la moqueta, colocando sus vaporosos vestidos sobre sus piernas. Carmen miraba al bies a la puerta, donde localizaba su preciada bicicleta.

Y sonó *L'amour est un oiseau rebelle* - Habanera - Acto I. Era la primera vez que Carmen escuchaba ópera. Nunca antes supo que existía una obra llamada *Carmen,* como ella. Todas las niñas y Tina la miraban impacientes por conocer su actitud de sorpresa tras semejante hallazgo. Carmen deseaba que la canción terminara para marcharse. No le gustaba dejar la bicicleta tirada en el umbral. En el internado, la estarían esperando; era la hora de la cena y no tenía por qué aguantar que las niñas repipis y aquella muchacha estudiante de periodismo se entrometieran y quisieran burlarse de su nombre.

En aquel pueblo, todo se sabía. Una vez, esas niñas le dijeron que era hija de una prostituta que la abandonó. Eso dolía. Dolía mucho.

Tuvo que aguantar con templanza y disciplina aquella melodía, aquella voz intensa de subidas y bajadas que no tenía ni idea de lo que decía. Era una melodía acompañada de una gran orquesta. Sonaba armoniso y algo celestial, pero no significaba por eso que iba a entrar en el juego de aquellas urracas.

—Gracias, me tengo que ir —dijo, mientras tomaba los manillares de su bicicleta y arrancaba a pedalear destilando así su rabia y malestar por esa encerrona tan inesperada. Odiaba llamarse Carmen, odiaba su apellido, Expósito, odiaba ser ella tal cual era; sin una madre que la acunara, sin juguetes que compartir, sin identidad. Odiaba todo lo que le rodeaba. Lo odiaba porque se sentía débil en aquel mundo. La velocidad de sus pedaleos y la brisa sobre sus mejillas era el único paliativo para aquella trastada de mal gusto. Desde entonces, tendría cuidado con su entorno. Estaba lleno de

amenazas.

Recordó mientras observaba los paisajes, sumergida en suaves evocaciones. No percibió que Ellis le tomaba la mano y la miraba con delicadeza. Ahora ya no llevaba las gafas de culo de vaso y era algo más adulta, pero seguía manteniendo la misma sensibilidad y desconfianza.

— ¿Todavía no has adivinado en qué consiste?

—No, no tengo ni idea, Ellis —dijo con un tono que disimulaba muy mal que todo le era indiferente.

—He reservado una habitación en el Hotel Palacio Coburg. Está en el corazón de Viena. Y esta noche tenemos dos entradas para la ópera.

—¿Vamos a ver *Carmen* de Bizet? —preguntó sorprendida.

—No, creo que una obra que te gustará mucho más. *La flauta mágica.*

—Ah, buena elección. No sé entonces si llevo el vestido adecuado para ir a la ópera. Quizás voy más correcta para ir a una discoteca.

—Vas muy guapa. Los vieneses te mirarán y yo me sentiré orgulloso de llevarte rodeada de mi brazo. Quiero que te sientas cómoda; relaja esa cara, amor.

El doctor Ellis Herzog disfrutaba de su trabajo desde los inicios. Siempre tuvo clara su vocación. Por ello, tras graduarse en la Universidad de Miami como médico psiquiatra, asistía a todo tipo de conferencias, seminarios, y se interesaba por todos los cursos de postgrado. Y sin quererlo, se especializó en lo que en un principio menos le entusiasmaba: la hipnosis regresiva. En un principio solamente atendía pacientes para dejar de fumar, adelgazar, superar pánicos, problemas sexuales, de pareja, homosexualidad no asumida, impotencia, vaginismo, anorgasmia, eyaculación precoz, trastornos alimentario estrés y fobias. Pero, con el tiempo, logró que un alto porcentaje de sus consultas se focalizaran en regresiones a vidas pasadas. Los pacientes concertaban cita solo por curiosidad, sin tener como base una patología que les justificara la visita.

A pesar de que este fuera su principal sustento, su cuerpo nunca había experimentado un estado de regresión, quizás haciendo honor a aquel refrán que dice “en casa del herrero, cuchara de madera”.

Los orígenes de Simona Himelbaum resultaban un tanto misteriosos. Ella se negaba a hablar de ese asunto. Nadie sabía su verdadero origen. Era como si hubiera aparecido de la nada. Ambos se graduaron en la misma universidad. Ellis fue su compañero de piso en la época universitaria, era de los únicos que sabía tan poco de los orígenes de Simona como ella misma. Ambos llevaron una exigencia similar en los estudios. Ambos trabajaron en hospitales a la vez que pasaban consultas. Hasta que con los años alcanzaron el suficiente prestigio como para trabajar por su cuenta. Ellis había llegado a publicar un par

de libros. Simona llevó una trayectoria profesional parecida, trabajaba en el hospital Southampton de Nueva York y realizaba conferencias alrededor del mundo. El éxito y otras ocupaciones les distanciaron. Hasta que ambos coincidieron en un congreso y, con la idea de ponerse al día de sus cosas, acabaron compartiendo cama y abrazos. La vocación de los dos por el trabajo hizo que los viejos amigos se convirtieran en algo más que amigos. Simona acababa de salir de una dolorosa ruptura cuando se encontró con Ellis. La relación comenzó de una forma diferente a otras experimentadas por ella.

Ellis era un hombre alto y corpulento. Tenía unos rasgos bastante germánicos. Un rostro bello y a la vez regio y algo inexpresivo; unos ojos azules, de un intenso turquesa y un copioso cabello rubio que acostumbraba a peinar con algo de fijador.

El palacio Coburg era un hotel de lujo de cinco estrellas, que ocupaba un edificio histórico en el centro de Viena. Simona y Ellis disfrutaban del trayecto desde el hotel hasta la ópera. Vestían con aires del mes de agosto. Ellis llevaba un traje hecho a medida: pantalón y americana beige con ribete blanco en los bordes y bolsillos y una bonita pajarita de cuadros de un escalado de azules y blanco. Simona había cambiado sus sandalias romanas por unos zapatos negros de salón. Verles era como una ceremonia, difuminaban el camino de la calle Kohlmart con sus densos perfumes envueltos en la melodía de los violines, flautas y pianos que cubrían las calles. Cada cien metros cambiaba el sonido. De Strauss a Mozart. Era la primera vez que Simona asistía a la ópera, no imaginaba su primera visita a la ciudad imperial de Viena, cuna de la música por excelencia, como un lugar tan vibrante y melódico.

—Viena es la catedral de la música. En muchos de los edificios de nuestro alrededor hay un concierto privado de Strauss y una cena de gala donde sellar la fiesta con un hermoso vals. En cualquiera de estos hogares, es fácil encontrar una majestuosa arpa o un piano de cola Steinway o un precioso violín guardado en una cristalera.

—Es todo un lujo escuchar música por las calles. Es el homenaje más hermoso que les pueden hacer a sus compositores. Les otorgan así la eternidad —comentaba Simona mientras miraba a los músicos de las calles admirada y sus pasos cobraban ritmo y compás—. Ellis, solo llevo unas horas en Viena, pero creo que me he enamorado de ella. Aquí es imposible estar triste, solo con salir a la calle y dejar que tus pies y oídos se dejen estimular, te llenas de júbilo.

—Así es, cariño. Bueno, los vieneses están demasiado acostumbrados, quizás para ellos el estímulo no es tan infalible.

La joven, al detenerse en el *Staatsoper Wien*, asoció de inmediato la impresionante fachada a un templo de culto pagano. Los ojos de Simona no cesaban de brillar. Su mandíbula estaba algo anquilosada

de tanto sonreír. No solo por contemplar el hermoso edificio renacentista y su auditorio desde un palco lleno de luces. No había detalle que perderse desde afuera del escenario, donde se congregaban los personajes más pudientes de la sociedad vienesa. Sus vestidos, sus joyas, sus remilgados saludos.

—Escúchame bien, Simona. Todos tenemos un momento en el cual la ópera cambia nuestras vidas.

Minutos después los personajes de la obra captaban el protagonismo. Los sobrios moños y maquillajes, los memorables trajes regios y vaporosos de otras épocas; imperaba un canto al amor, la venganza, el sufrimiento y la alegría.

Imaginaba la vida de los concertistas, convertidos en seres camaleónicos. El alma de Simona se adentró en los artistas. Deseaba envolverse en ellos como la bruma. Disfrazarse, interpretar, ser otro personaje, esa música celestial, los coros de la compañía, la complicidad de todos durante la actuación y sobre todo cantar. Sin darse cuenta había conectado con la protagonista, se había fusionado con ella. Le resultaba el trabajo más evasivo del mundo. Los aplausos eran el mayor regalo que podían tener al final de cada obra. No importaba el país donde fuera, ni el idioma en el que cantara, sentía las vibraciones del público, el agradecimiento por haber despertado en ellos una emoción, un escalofrío. Haberles hecho viajar en el tiempo, en la escena, envolverles en el ambiente. Transportarles a un mundo paralelo, un mundo donde había conseguido vivir, un mundo que maquillaba el ordinario mundo real al cual una vez había pertenecido. Su único mundo.

Un hilo de resplandor despertó a Simona. Sus sábanas enroscadas mostraban unas bonitas piernas de color canela. Ellis permanecía inmóvil y despierto, esperando que ella despertara y se abalanzara hacia él. Simona permaneció abrazada a él, invadida por su intenso perfume. Sentía que había llegado al paraíso. Recordó el momento más bonito de aquella noche, cuando tras el sonido de un concierto en plena calle, Ellis y ella, al igual que otros vieneses, iniciaron el camino de vuelta al hotel, bailando un hermoso vals.

—Te quiero volver a dar las gracias por esta magnífica noche de cumpleaños. Ni en cinco vidas seré capaz de olvidar este regalo, aunque debo decir que si es mi primer cumpleaños contigo como pareja va a ser muy difícil en los siguientes dejarme indiferente.

—Eso déjamelo a mí, cariño. Yo también he disfrutado mucho. Pero no hablemos en pasado. Seguimos celebrando tu cumpleaños. Recuerda que este hotel tiene una zona de spa exclusiva con vistas a los tejados de Viena, que ofrece sauna, baño de vapor, bañera de hidromasaje, piscina cubierta y terraza.

—Deja la sesión de spa para esta tarde, nos dejará aletargados y relajados. Vamos a desayunar, quiero que me muestres la ciudad. ¡Quiero ver el palacio de Sissi, la catedral, Schönbrunn! ¡Quiero volver a bailar un vals en plena calle!

—Te ha enamorado Viena y su *wiener luft**. Sabía que así sería —afirmó Ellis orgulloso.

Simona Himelbaum descansaba pensativa en el jacuzzi del hotel observando el cielo vienés sobre los techos acristalados, y recordaba aquella escena, aquel primer encuentro con Theodora y Michael.

No era el primer encuentro con los padres de su pareja. Pero sí era la primera vez en decirles que se casaban, tras solamente tres meses de noviazgo.

Aquella información siempre vierte borbotones de preguntas, sentimientos y contradicciones a los parientes. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Pero sobre todo, ¿quién?

—Sé poco de mis orígenes. Tengo un apellido de origen judío. De hecho mis antepasados huyeron de Alemania antes del estallido de la guerra. Me crié en un internado de España. Mi abuela Agatha supo de mí cuando alcancé la mayoría de edad. Desde entonces, viví con ella en su casa de los Hamptons. Ella no sabe nada de mis padres desde mucho antes de que naciera. O al menos eso me hace creer. Tiene una inquebrantable voluntad. Hace un año sufrió una apoplejía pero ha mejorado de una manera sorprendente. Es una mujer que, a primera vista, parece algo excéntrica. No sabe contar historias, comienza con el nudo y luego mezcla el desenlace con el comienzo, por lo que no suelo tener grandes conversaciones con ella. Pero aun así, es una mujer cariñosa, aunque parca en gestos. Desde hace unos años, era consciente de que su cerebro no funcionaba bien del todo. A decir verdad, ya la conocí así. Era de esta clase de personas que se tira todo el tiempo hablando y no dice nada. Ni siquiera he podido sonsacarle bien una receta de cocina. No sé si tiene algo de demencia o algo de alzheimer. Es la mujer más especial que jamás he conocido. Es generosa y alegre, a pesar de que la vida no la ha tratado bien. No guarda un solo resquemor ni amargura a su destino. Le encanta ayudar a los más desfavorecidos y es una amante del cine clásico. Para ambas fue una intensa emoción descubrir cada una de la existencia de la otra. De algún modo, nos debemos la felicidad y esperanza por seguir luchando.

—Estás viajando —dijo Ellis, que venía de darse unos chorros de agua fría mientras regaba el rostro de Simona para que aterrizara de sus sueños.

—¿Cómo?

—Has puesto de nuevo esa cara rara en la que viajas con tu alma y

dejas tu cuerpo desvalido. Siento algo de temor cuando sucede. Cuéntame, ¿qué piensas?

Ellis se metió en el *jacuzzi* con ella.

—Tanto tú como yo pensamos que todo hay que supeditarlo por un especialista. Que para eso están.

—Sí, así es.

—Había pensado que sería una gran idea, ponerme en manos de un profesional. Del mejor que conozco. He decidido someterme a las sesiones de hipnosis del doctor Herzog para indagar algo más sobre mis orígenes.

Ellis sonrió, envuelto en alivio y orgullo. Llevaba un tiempo con la idea rondándole en la cabeza. Sabía que con él, Simona cedería. Nunca se lo había sugerido. Esperaba que fuera ella quien lo hiciera. No era necesario que Ellis lo sugiriese, de hecho, lo había aconsejado en cuantiosas ocasiones, cuando fueron compañeros de piso. Y bien sabía que sería ella quien se lo pediría cuando encontrara el momento.

—Me parece una gran idea. Cuando volvamos a Nueva York programamos la primera consulta.

2. La primera regresión de Simona

Con intención de lograr un óptimo silencio y tranquilidad, la primera terapia regresiva de Simona la habían realizado un sábado por la tarde en la consulta. De este modo la paciente no llegaría nerviosa de un día agitado en el hospital y la relajación sería más eficiente. Ambos eran dos amantes del yoga y la meditación, junto con el deporte cardiovascular que formaba parte de su entrenamiento como médico-psiquiatra. Por ello fue sencillo que Simona lograra un estado de relajación inmejorable para obtener un buen trabajo.

El sol caía mientras el cielo se teñía sobre un lienzo de pinceladas rojizas y anaranjadas. Las luces del parque titilaban con fragilidad, incapaces de imponerse a tan magna estampa. Muchos ciudadanos se congregaban en aquel parque, sobre todo familias con niños. Debía de ser un día significativo, dedicado en especial a esos pequeños y apuestos muchachitos, ya que todo el recinto albergaba actividades lúdicas infantiles.

Parecía vivir en un sueño pueril. Sí, quizá se había convertido en polvo y se había dejado absorber por aquellos cuadros de Bert en la película de *Mary Poppins* de Walt Disney. Se había convertido en una niña pequeña, de unos cuatro o cinco años. Llevaba un precioso vestido veraniego algo vaporoso, de fondo rosa con estampados de flores, una rebeca de punto blanca con botones rosados a juego con sus calcetines algo manchados de la tierra del parque y unos zapatitos negros de charol.

Tras identificar su indumentaria, sus ojos se centraron en un bello carrusel, el más bonito que había visto en su vida. Los asientos de madera poseían formas de caballos, ponis, carrozas y ocas, los cuales, en muchos casos, se desplazaban mecánicamente hacia arriba y hacia abajo, simulando el galope de un caballo. Se sentía transportada a otra época. Años veinte o quizás cincuenta.

Alguien la había invitado a elegir dónde subirse. Sin lugar a dudas una princesa debe galopar sobre la montura de un caballo blanco, pensó.

No existía nadie más que ella, la música envolvente del tiovivo, las luces del interior, las finas decoraciones de la parte superior pintadas a mano con reproducciones de famosos pintores. Y el galope similar al navegar por el mar entre las altas olas.

Pasaron los minutos y llegaron las horas. El carrusel dejaba de ser atractivo. Las vueltas y oleadas dejaban de ser interesantes. La música envolvente se convertía en repetitiva. Era hora de bajar, divisar a algún adulto conocido entre la muchedumbre y hacerle un gesto para que la tomara en brazos. El carrusel estaba prácticamente lleno. Los padres se congregaban alrededor de él, embelesados, mirando las caritas de entusiasmo de los niños. Simona buscaba a alguien que la identificara con la mirada, se acercara y la bajara del blanco corcel. Nadie la miraba. Ningún adulto congregado se fijaba en ella. A pesar de llevar un lindo vestido de gruesas lazadas y tejido exquisito, y de ser la niña más especial subida al carrusel, nadie la miraba con atención. A partir de dicho instante sintió miedo. Las vueltas del tiovivo le resultaban vertiginosas y la congoja se apoderaba de su ser. Esa niña tan pequeñita empezó a sentir el abandono como su única compañía. Un fuerte nudo oprimía su cuello. En aquel instante, el llanto era el único reflejo y consuelo.

Ellis trabajaba con la entrega y vocación de siempre pero con mucha más delicadeza. Consciente como siempre del juramento hipocrático, estaba dispuesto a no sobrepasar los límites, a ser más bien prudente. Por primera vez, dudó si era el momento de finalizar la sesión. No llevaba bien el estado de ansiedad y nerviosismo que su prometida sufría durante el trance. De repente, una idea lo iluminó.

—Bien, Simona. Vamos a dejar la experiencia del tiovivo. Vamos a ir hacia atrás en el tiempo. Quiero que viajes a un momento hermoso en tu infancia. Quiero que ese momento sea muy cercano al día en el que subes al tiovivo. Busca en tu cerebro, un momento que te hiciera sentir completa. Uno, dos, tres. Búscalo —ordenó, mientras golpeaba con suavidad su dedo corazón en el tercer ojo.

Simona sonreía con la boca cerrada y apretando los dientes.

—Estoy en una escuela. Llevo un maillot y un tutú rosa. Me están enseñando a ser bailarina. Nos alineamos todas las niñas. La cabeza, el torso, los brazos y las piernas en una totalidad coherente, mientras el cuerpo se mueve a través del espacio. Mantenemos la posición. Papá está esperando a que acaben las clases. La profesora finaliza y yo me echo sobre los brazos de papá. Me pincha su barba —asiente con una mueca.

Contento de haber decidido transportarla a otro momento, más agradable, el doctor Herzog opta por finalizar la sesión ese día.

—Y ahora, poco a poco, vas a despertar. Recuerda, lo harás poco a poco. Poco a poco vas a ir moviendo tu cuerpo, sintiendo los dedos de tus pies y el fluir de tu circulación. Vas a mover con lentamente tus brazos, vas a abrir los ojos, poco a poco, tu saliva se hace algo más densa. Uno, dos, tres. Despierta —ordenó mientras golpeaba con suavidad la yema de su dedo corazón sobre la glándula pineal. Los

ojos de Simona mostraban emoción y conmoción. No pudo reprimir el llanto.

—Simona, deseo abrazarte, pero no debes inclinarte de golpe; hazlo poco a poco; inclínate de lado y ve levantado la cabeza despacio, ¿de acuerdo? —dijo Ellis con voz pausada y dulce mientras acariciaba su rostro con las yemas de los dedos.

Tras un largo silencio, perdida en su abrazo, el rincón más bonito donde permanecer por un buen rato, Ellis le preguntó:

—Dime, ¿qué sientes?

—Siento abandono. No sé por qué, pero me abandonaron. Y a la vez entiendo muchas cosas de mí —dijo, sin dejar de llorar.

—¿Te gustaría que saliéramos a cenar esta noche y habláramos de esto algo más relajados? Será como parte de la terapia pero algo más familiar.

—Sí, claro. Gracias, Ellis.

—Tranquila. Esto solo es el comienzo. Ya verás, andaremos juntos siempre. Te lo prometo.

— ¿Cuál es el recuerdo de tu niñez más próximo? ¿Qué edad tenías entonces? —preguntó Ellis mientras el camarero se alejaba de ellos con la comanda anotada.

—Tengo muy vagos recuerdos, he de hacer un gran esfuerzo para rememorarlos. Recuerdo que tenía una bicicleta azul con una cesta. Me encantaba pasearme con la bicicleta. Me gustaban mucho los gatos, siempre llevaba uno en mis brazos. Me gustaba tenerlos en mi regazo y escucharlos ronronear. Recuerdo que pensaba que el gato se había tragado una moto. Hacía todo lo posible para ganarme su confianza. Robaba salchichas de la nevera del orfanato para dárselas a los gatitos. Una de las monjas me pilló y no dijo nada. No era una niña de tener grandes amigos y jugar con ellos. Era bastante independiente. Mis mejores recuerdos son mi bici y los gatos.

— ¿Y cuántos años dirías que tenías entonces?

—Creo que cinco, o quizá seis.

—¿Estás segura?

—También recuerdo mi primera comunión. Las monjas nos pusieron una túnica blanca muy fea. Pero, no. No recuerdo nada más cercano a mi niñez.

Cuando un psicólogo o psiquiatra realiza esta pregunta suele buscar en el paciente imágenes muy breves, olores, sabores, sonidos o fragmentos inconexos que recuerda parcialmente. Los primeros recuerdos aparecen siempre a partir del tercer año de vida. Sean traumáticos o agradables, suelen corresponder, de media, a los tres años y medio de vida. Antes, generalmente, no hay nada. Por supuesto, hay individuos que aseguran recordar cosas de cuanto tenían mucha menos edad, y otros no recuerdan nada, hasta mucho

más tarde. Pero, las mujeres suelen acordarse de cosas a menor edad.

—¿Crees que padezco amnesia infantil? —preguntó ella conociendo bien la teoría.

—Bueno, Freud aseguraba que eran recuerdos reprimidos. Otros aseguran que el cerebro de los niños pequeños aún no está configurado para retener recuerdos.

—Soy consciente de que a los dos años los niños no pueden decidir si almacenar o no una información: lo hace por ellos su sistema de supervivencia. Supongo que a mi memoria no le interesaba almacenar ciertas cosas —argumentó ella.

—Gran parte de los recuerdos que tenemos de nuestra infancia los mantenemos vivos gracias a nuestros padres. En tu caso, no habría un progenitor estimulando tus recuerdos —defendió él.

—Al parecer, las madres orientales no tienen costumbre de hablar del pasado con la misma frecuencia que las madres de occidente, y cuando lo hacen no se centran tanto en lo que sus hijos hacían o dejaban de hacer. En occidente, por ejemplo, somos más de mirar al pasado. Por otro lado, cabe recalcar que muchos de nuestros recuerdos provienen de nuestras madres, que sacan los álbumes de fotos y nos hacen revivir momentos que tras una fotografía se convierten en inolvidables —argumentó ella.

—Cariño, ya antes de que fuéramos novios te animaba a persuadir a Agatha. Estoy seguro de que oculta mucha información.

—¿Sabes cuando confías en alguien, y ese alguien te plantea una realidad y al mismo tiempo te da un techo, un sustento, un refugio? Te conformas con lo que te ofrece. No pides más. Tu cerebro deja de trabajar con porqués, pues dejan de cobrar curiosidad. Siempre creí en la palabra de Agatha. Llámame inocente, pero sé que me quiere, que soy lo único que tiene, que también ha sido una víctima en todo esto. Por eso no he querido extorsionarla con preguntas ni violar su intimidad registrando sus cosas.

—Cariño, no es normal que tu abuela nunca te haya mostrado fotografías de tu madre, que ni siquiera tenga un altar donde honrar su desaparición. No sabes el nombre de tu padre, no conoces el origen de tu apellido. Ni siquiera sabes la fecha de nacimiento de tu madre.

—Sí. Y mi certificado de nacimiento es un plagio hecho por las monjas que me acogieron. ¿Sabes?, cuando me encontré con Agatha, me quedé algo desilusionada. Yo pensaba que nos pareceríamos; a pesar de ese nombre inglés me la imaginaba una mujer de tez oscura, cabello negro, nariz aguileña, ojos grandes. Si no fuera por el color de los ojos, albergaría dudas del parentesco que nos une. Las niñas, en el colegio, cuando era pequeña, acostumbraban a insultarme llamándome gitana y yo siempre pensé que lo era, por lo que ni siquiera me afectaba aquel agravio.

—Bueno, en ese caso, quizás te pareces más a tu padre. Y éste podría ser de etnia gitana.

—Espero saberlo algún día.

Las conclusiones de Simona empezaban a hilvanarse de otro cariz. Si realmente fue abandonada en un tiovivo, cualquier certificado en poder del internado sería falso. Aunque, ¿era real aquella imagen del tiovivo? ¿O formaba parte de su imaginación?

—Simona, no quiero interferir demasiado en tu proceso, pero es el momento de ver las cosas desde otro prisma. Creo que ha llegado el momento de que Agatha le dé la vuelta a las cartas y revele todo lo que sabe.

3. Hospital de Southampton. NY. 1983

Agatha llevaba un par de días intentando cruzar. El vehículo transportador de su peregrinaje era un diálogo; otras veces eran frases inacabadas. No llegaba a hilvanar una historia de modo que las enfermeras o su nieta y único pariente la lograran descifrar.

Parecía ser un relato de su vida. Una experiencia traumática que necesitaba solucionar antes de su último exhalo.

Al principio le costó asimilar la situación. No era justo. Solo habían pasado tres días después de su primera regresión. Se negaba a aceptar su partida.

—Abuela, al final te vas sin contarme todo lo que sabes. Abuela, nos queda una conversación pendiente. —Pero Agatha, inquieta, no contestaba.

El día siguiente la paciente estaba algo más inquieta.

—in ing g er er or. Ing borg, no sssu pe. —Cada frase pesaba una losa sobre su cuerpo.

Escuchaba Simona mientras entraba en la habitación con movimientos pausados para no interferir en el trance de su abuela. Poco a poco, iba acercándose a ella con sigilo intentando disfrazarse de alma para no alterar la mente desenfocada de la moribunda. Cuando sintió que había llegado el momento, dejó que su mano paseara por los revueltos cabellos blanquecinos y brillantes de Agatha, hasta llegar a su frente y comprobar su temperatura.

Los médicos le habían comunicado a Simona que en cualquier momento dejaría de sufrir aquel agonizante monólogo y una sensación de paz la envolvería. Era la primera vez que Agatha vivía una situación semejante. Detestaba aquel trance cubierto de sufrimiento y con olor a muerte. Deseaba que aquel momento terminara. Pero al mismo tiempo la situación se le escurría de sus manos como el agua de un manantial.

Agatha arrastraba las palabras como si con ellas se llevara el último trozo de oxígeno que le quedaba.

—Untnntioviv. Me dij. Te quedas en un tioviv. Siento lo del… tiovivo —dijo con claridad.

En la consumida psique de Agatha, una historia del pasado entraba en escena adquiriendo color y algo de vértigo. El cuerpo de Agatha comenzó a apagarse, empezando por los receptores de sentidos, y a

continuación todos los músculos se relajaron. Simona cerró sus parpados y permaneció inmóvil durante unos segundos. Luego comenzó a llorar desconsoladamente. A su cabeza surgieron momentos del pasado. Aquel encuentro entre abuela y nieta. Aquel trato frío y parco pero con muestras de cariño y generosidad.

La primera frase de Simona hacia su abuela:

—¿Fuiste tú quien me compró la bicicleta azul con la cesta de mimbre?

—No. No sabíamos dónde estabas, pequeña. De haberlo sabido, te hubiéramos comprado todo lo que nos hubieras pedido. Cuando lleguemos a Nueva York iremos al optometrista y le pediremos unas lentillas con tu graduación. ¿Te parece bien?

En contadas ocasiones había dudado de que esa mujer fuera verdaderamente su abuela biológica, pero eso ya daba igual. Desde que se encontraron, no le había faltado nada. Gracias a Agatha había estudiado en las mejores universidades, viajado a diferentes continentes y disfrutado de una vida holgada sin represiones; algo que valoraba como un gran regalo, pues, desde que tuvo uso de razón, temió por su futuro.

En su último exhalo, le había regalado la primera pieza de aquella identidad no revelada. Lo había entendido con claridad. “Siento lo del tiovivo” eran sus últimas frases. La abuela había sido cómplice de su abandono y no era capaz de irse sin confesarlo.

En ese instante se sentía tan devastada que ya nada importaba.

4. Aquella Simona ya era pasado

La vida parecía no querer dar tregua, a pesar de que Simona sentía que su existencia comenzaba a cobrar sentido con Ellis y que comenzaba a vencer todos sus miedos.

Siempre luchó por tener una relación sana. ¡Quería encontrar a aquel compañero de vida! ¡Pero era tan utópica la idea de que hubiese alguien con quien compartir un proyecto en común y además con un espacio paralelo! Ellis había despertado algo en ella que ni siquiera sabía que existía: el instinto materno.

Había dejado de creer que el amor era sufrimiento, flagelación y destrucción. Y ya no repetía la situación una y otra vez. Ya no atraía a ese patrón de hombre estúpido y desvalido.

Las relaciones sentimentales de Simona estaban volcadas en el sufrimiento. Era una de aquellas mujeres que no entendían de amor si no sufrían. Adoraba amar a quemarropa. No era consciente del daño que se infringía a sí misma.

Todas sus relaciones tenían un comienzo de noche de verano con fuegos artificiales. Un sexo abocado al placer y la lujuria. Una entrega ilimitada que no entendía de identidades ni intereses, tan solo de nutrir al cuerpo a base de caricias, risas y atenciones. Se olvidaba de su bienestar, amigos, parientes, trabajo. Orbitaba nutriéndoles y protegiéndoles, como la luna lo hace alrededor de la Tierra. Solo hubo una cosa que comenzaba a salvarla de este enganche: su exitosa carrera como psiquiatra.

Ver cómo los pacientes alcanzaban límites de locura insospechados la colocaba en tierra firme y le devolvía la cordura, aunque, la mayoría de veces, cuando salía de la consulta, con sus zapatos de aguja, vestidos de licra y ropa interior de Lise Charmele, volvía a ser la atractiva y poderosa mujer, capaz de volver loco a un hombre, pero a cambio de ella, perder parte de su esencia más pura.

Todo parecía acentuarse cuando conoció a un cirujano de otra planta, Uriel.

Uriel significaba “el fuego de Dios”. Era un arquetipo perfecto para definirle. Uriel era cariñoso y bondadoso, pero cuando Simona pedía guerra, Uriel ardía en llamas. Simona era el quersoneso y Uriel el

fuego. Los desaires y gritos estaban a la orden del día.

Simona siempre quería más y más. Nunca tenía suficiente. Uriel concebía el amor de otra forma, más romántica y pragmática. Para él, las exigencias no eran compatibles en el arte de amar. Pero era orgulloso. Tenía mucho amor propio. Y si Simona le tocaba las teclas, éste podía llevarla al borde de la destrucción. Pero solo al borde; porque, en el fondo la amaba desde el primer instante.

Simona permaneció tumbada en la cama de su habitación durante toda la tarde.

Su estado de duermevela le recordaba aquel día no tan lejano, pero que parecía ya una eternidad, aquel día en que decidió partir.

—Me voy, Uriel. No aguanto más. Lo nuestro está tan roto que no tiene reparación.

— ¿Sabes lo que es el *Kintsugi*?

—No. La verdad es que me suena a comida japonesa.

—Bueno, es una palabra japonesa. Es el arte japonés de arreglar fracturas de la cerámica con polvo de oro, plata o platino. Forma parte de una filosofía que plantea que las roturas y reparaciones forman parte de la historia de un objeto y deben mostrarse, en lugar de ocultarse. De este modo consiguen embellecer el objeto, poniendo de manifiesto su transformación e historia.

—¿Crees que tú y yo podemos hacer eso?

—Sí, lo creo. Quiero arreglar lo que se ha roto. Porque todo otorgará otro valor y originalidad. Cada error cometido en nuestras vidas nos ha dejado una enseñanza, nos ha convertido en las personas que somos. Si, en lugar de ocultar nuestros errores mostramos nuestra fortaleza al superarlos, seremos como las pequeñas vasijas japonesas que, orgullosas de su historia, muestran sus imperfecciones cubiertas con el metal precioso de su cambio.

El comportamiento de Uriel era digno de estudio en consulta. Aparentemente era tierno y dulce como el almíbar. Acostumbraba a echar los hombros hacia adelante con gesto de fragilidad. Su mirada parecía pura y nítida. De hecho, utilizaba todos sus rasgos para que todo el mundo tuviera pena de él en cualquier asunto. Pero escasas personas sabían que Uriel era pura energía concéntrica que daba miedo que en cualquier momento brotase. Era un ser acostumbrado a jugar con el victimismo y la manipulación, con complejos e inferioridades escondidas en los rincones más recónditos de sus células. Además, Uriel era testarudo y poco voluntarioso a cambiar. Su carita de arcángel ya no funcionaba a ojos de Simona.

—Uriel, eso podría funcionar con muchos de mis pacientes. Y de hecho un día pensé que podría llegar a tomarme el café y las pastas en una vajilla rota con sellados de oro. Pero no soy una mujer sumisa. Y me gustan las vajillas lisas, sin roturas ni rebabas. Eso es lo que he

aprendido contigo. Gracias por enseñármelo. Ya no me queda nada aquí —dijo, mientras señalaba su corazón.

Las cosas llegaron en el momento perfecto, cuando pudo valorarlo y disfrutarlo. A veces le lloraba al viento, le gritaba al horizonte bien alto su anhelo. Pero nada llegó. En cambio, cuando empezó a focalizar poco a poco su equilibrio, conformándose con poco y trabajando con las pocas piezas de su escaso puzle, fue cuando la magia empezó a manifestarse.

Y fue en ese momento cuando apareció aquel viejo amigo de la universidad. El amor llegó sin pretenderlo. Sin mostrar miedos ni fantasmas. Sin pruebas de fuego ni juegos ilimitados. De ese modo, sintió lo que era amar sin control ni desconfianza. Entendió lo que era ser un compañero de viaje. Por eso deseaba casarse con Ellis, porque por fin había logrado entender la verdadera concepción sobre el amor.

Sin Agatha, la idea de planificar una boda dejaba de ser tentadora. Había soñado varias noches con su abuela. La imaginaba con un vestido recto color lavanda, un tocado lleno de plumas blancas y unos guantes blancos calados y labios rojos, como a ella le gustaba.

Ambos convinieron aplazar la boda. Por un lado, con intención de respetar el luto y, por otro, porque ahora la prioridad la establecía una búsqueda. La búsqueda de su verdad y su realidad.

5. Un presente sin Agatha

La ceremonia de despedida de Agatha fue bastante íntima. De nuevo quedó constancia de que su nieta era el único pariente directo.

Fue una mujer que se ganaba el cariño de la gente. Numerosas personas de edad superior a Simona acostumbraban a llamarla tía Agatha, a pesar de no tener parentesco alguno. Había alimentado a gente sin recursos, cuidado a niños de madres solteras y sus oídos habían sido pozo de confidencias y desahogo de muchos de sus vecinos. Así que fue madre, tía y abuela, además de vecina.

A pesar de haberse marchado, Simona sentía la presencia de Agatha impregnada en su hogar. Barajó la opción de pasar unos días en el apartamento que Ellis tenía en Manhattan, pero éste iba a pasar todo el mes en Miami, donde también atendía consultas. La casa se le caía encima pero tampoco tenía humor para salir o hacer otras cosas.

—Simona, tú debes elegir cuándo es el momento de registrar las pertenencias de tu abuela e ir tirando del hilo. No quiero ser yo quien te esté instigando a hacerlo —puntualizó su prometido.

La muchacha decidió empezar por lo más sencillo: desprenderse del vestuario de la anciana y donarlo a las fundaciones con las que la abuela tenía más asiduidad. Seguramente, sin evitarlo, iría encontrando pistas que la detendrían.

Mientras deambulaba por las estancias más frecuentadas, en su mente martilleaban unas palabras de Ellis: “¿No te parece extraño que no conserve fotografías de tu madre?” Sí, Ellis tenía razón. Nunca había visto fotografías de su madre o de su padre. Alguien había aniquilado su historia sin más.

Como psiquiatra se consideraba una gran profesional, la experiencia le ayudaba a detectar casos y a sacar rápidas y contundentes conclusiones. Sin embargo, nunca analizó su caso del modo que comenzaba ahora a analizar. Todo lo anormal lo había visto normal hasta hoy. De hecho, se había encargado de ser tan buena nieta que nunca había osado abrir cajones ajenos, ni siquiera los cajones de la cómoda del salón. Quizás el hecho de que la abuela actuase con normalidad, sin despertar curiosidades ni prohibiciones, facilitaba la actitud.

6. En busca de un tiovivo

Simona paseaba por el parque de atracciones de Coney Island, en el extremo sur de Brooklyn. Por inercia, trataba de acercarse hacia los inicios de dicha investigación en localizar el tiovivo.

Era uno de los parques más estimulantes del mundo. Era su primera visita. Curiosidades de la vida, detestaba los parques temáticos. Si alguna vez, en su temprana juventud, había visitado uno, además de acabar con un bronceado estupendo, se encargaba de custodiar las mochilas y chaquetas de sus compañeros, hacer las pertinentes fotografías y darle apoyo a aquel que, inesperadamente, se había echado el vómito encima, tras bajarse de la estrambótica atracción.

Nada convencida de su sistema de búsqueda, terminó aparcando su Ford Mustang blanco en el parking de Six Flags Great Adventure, un parque temático situado en Jackson, Nueva Jersey. En este fue algo más pragmática, el lugar tenía toda la pinta de diversas montañas rusas y solamente se decidió a preguntar si el recinto disponía o en el pasado había dispuesto de un carrusel.

—Creo que debería trasladarme a España y buscar allí el lugar donde fui abandonada —comentaba Simona a su prometido al otro lado del auricular.

—Simona, estás perdiendo el tiempo. Ese carrusel podría estar en cualquier confín del mundo. Céntrate en lo que tienes delante. Busca en sus pertenencias. Cuando vuelva de Florida haremos otra sesión. Nos concentraremos en el lugar donde estabas. Pero no vuelvas a intentar derribar helicópteros con un tirachinas. No funciona.

—No me hables como si fuera tonta. Me dijiste que buscara, pues eso estoy haciendo.

—¡No me meto contigo, cariño! Solo trato de decirte que las pistas las tienes más cerca.

—No lo hago porque siento que atento contra la confianza de mi abuela. Tengo ganas de verte. Creo que no tengo sangre para esto y contigo todo será más sencillo. No tienes ese vínculo directo y ves las cosas de modo más pragmático —dijo Simona con una voz temblorosa que sugería un llanto inminente.

—Yo también tengo ganas de verte y acompañarte en esto. Solo te

pido paciencia y que no se te ocurra visitar ningún absurdo parque de atracciones.

7. La segunda regresión de Simona

—Cierra suavemente los ojos. Ahora concéntrate en tu respiración, que debe ser profunda y regular, de abajo hacia arriba. Aspira cinco veces, profundamente, relajándote, inspirando por la nariz y exhalando por la boca… Relaja tus hombros, relaja tu cuello, concentra tu respiración en las extremidades. Poco a poco irás notando tu cuerpo más rendido al descanso, tu respiración más lenta y silenciosa. Ahora, con cada exhalación, expulsa los dolores y la tensión acumulados en el cuerpo. Con cada inhalación, aspira la apacible energía que te rodea. Relájate aún más.

Ahora visualiza, imagina o siente que todos tus músculos se relajan por completo.

Relaja los músculos de la frente y la cara… Y la mandíbula… Relaja los músculos del cuerpo y los hombros. Relaja los brazos…

Simona seguía las instrucciones de Ellis con serenidad. Tras la fase de relajación, comenzó el turno de las preguntas:

—¿Cuál es tu lengua materna?

—El alemán.

—¿Qué idioma hablabas cuando llegaste al internado?

—Alemán.

—¿Cómo te llamabas cuando entraste en el internado?

—Carmen Expósito.

—¿Qué te contaba Agatha el día que os encontrasteis?

—Que mi nombre de pila era Simona Himelbaum. Agatha me hablaba de su hermana Ingeborg. Cantaba ópera.

— ¿Te habló alguna vez de tu madre?

—Se llamaba también Ingeborg. Creo que no le gustaba.

—¿A quién no le gustaba?

—A la abuela.

—¿Qué más te contó Agatha?

—Hablaba de sus padres. Del Holocausto. Perdió a su hermano y marido en un accidente de avión. Su madre murió en Alemania.

—Simona, dentro de un momento voy a contar hacia atrás. Con cada número te sentirás más y más serena y tu relajación será más y más profunda. Cuando llegue a uno, te encontrarás en un estado muy

profundo, tu mente se habrá liberado de los límites normales del espacio y el tiempo. Puedes recordarlo todo. Cinco… Cuatro, te sientes más y más serena y relajada… Tres, más profundo… Dos, estás llegando… Uno… Estás profundamente relajada, pero si sientes alguna molestia, ahora o más adelante, tienes todo el control. Puedes ahora poner fin a la parte de relajación del ejercicio y no seguir con la regresión. Basta con que abras los ojos y regresarás inmediatamente a tu estado normal, con pleno control de todas tus funciones psicológicas y físicas, sintiéndote estupendamente, relajada y descansada.

—¿Y bien? —preguntó Ellis.

—No recordaba aquel detalle. Mi abuela tuvo una hermana que cantaba ópera.

—Podríamos seguirle la pista y dejarnos de buscar tiovivos.

—No es mala idea. Mañana se abre el testamento de la abuela. Quizás entonces nos llevemos alguna sorpresa. Pero, entre tanto, averiguaré detalles sobre mi supuesta tía Ingeborg.

—Mientras tú resuelves el tema testamentario, yo me encargaré de ir a la biblioteca y saber algo más de Ingeborg Himelbaum. Tengo la intuición de que vas a descubrir en ella a un personaje muy interesante.

8. Comienzos de Febrero de 1933

Ingeborg Himelbaum

Se empezaba a divisar la costa desde aquel vasto transatlántico. Les recibía un calor abrasador en pleno mes de febrero. Los pasajeros, embargados de emoción, se posaban sobre la barandilla y saludaban a la ciudad izando sus banderitas. Una nueva vida comenzaba. Bellos recuerdos del pasado se marchitaban con los últimos vestigios de la huida.

No era suficiente el calor del intenso verano para abrir los poros de la piel y provocar en los pasajeros una sensación de bochorno algo desagradable, pues la emoción y congoja de comenzar una nueva aventura ya les mantenía acalorados. Sin embargo, la brisa costera eludía la sensación de humedad que les recibía nada más tomar tierra. Las gruesas vestimentas, sombreros de fieltro y pieles, que durante la travesía tanto les habían protegido del arduo invierno, eran ahora un gran estorbo.

Todos estaban deseosos de bajarse de aquel transoceánico y disfrutar del lugar. Atrás quedarían aquellos días a bordo del *St. Louis* en los que mataban el tiempo y la impaciencia por llegar al destino, con actividades deportivas como natación, petanca o boxeo.

El *St. Louis* era un trasatlántico alemán que, en aquellas fechas, realizaba cruceros de lujo por el Caribe.

Solo tres miembros de la tripulación jugaban a ser turistas, cuando en verdad huían. Tres de los pocos privilegiados que escapaban de la masacre con discreción, sin ser el punto de mira de los nacionalistas. Partieron de Múnich hasta Hamburgo, donde el transatlántico *St. Louis* levaría anclas rumbo a las Américas. Eran privilegiados, lo sabían. No eran una familia convencional: un matrimonio y el hermano de la esposa.

Ingeborg era una conocida soprano lírica. Había iniciado su carrera con tan solo dieciocho años. Dotada de una voz muy ágil y ligera, con una extensión muy aguda y capaz de ejecutar rápidas coloraturas (a lo largo de la música antigua y en especial en la ópera barroca se encontraban múltiples papeles para esta voz). Amaba el *belcanto* de Donizetti, que había estudiado en Italia. Investigaba sus obras de

forma profunda, leía biografías tratando de entender personalidad y sentimientos del personaje. Con *La Traviata* hizo un estudio intenso del papel. Cuando llegó el momento del debut podía entender perfectamente a Violetta.

Había debutado con famosos tenores italianos como Tita Ruffo o Enrico Carusso, pero su fama vino de la mano de un tenor de culto, Fritz Wunderlich, de hermosísima voz, el más grande Tamino de La flauta mágica que nunca había existido: de voz diáfana y pura, con un bellísimo timbre, una interpretación refinada y una naturalidad para cantar, que resultaba sorprendente. *Die Zauberflöte,* como originalmente fue bautizada, fue la única ópera de Mozart compuesta para un público popular. Las melodías de los dos actos que componían la obra eran pegadizas, la más famosa las arias de "*La Reina de la Noche*", en las que Ingeborg lucía aquellos impresionantes fas sostenidos. De este modo, la solista se especializó en el *singspiel*, un tipo de ópera muy utilizado por Mozart, cantada en alemán, en el que se intercalaban partes recitativas expresando unos valores a modo de crítica.

Ingeborg, tras un estimable debut por todos los teatros teutones, decidió darse un breve paréntesis en su vida profesional y casarse con su amado: el músico húngaro Anastazy Himelbaum. Nunca abandonó por entero su profesión, que pudo compaginar con el rol de esposa. Le era imposible decir no a teatros como el Royal Opera House Covent Garden, el Gran Teatre del Liceu de Barcelona o el Teatro alla Scala de Milan.

Anastazy conciliaba su carrera musical con más flexibilidad que Ingeborg, y en numerosas ocasiones quedaba relegado en casa o entre bastidores como acompañante de la artista.

Las familias Levy y Himelbaum vivían en el barrio de Isavorstadt de Múnich. Como muchos ciudadanos de aquel barrio judío, no solo hablaban alemán, sino también yiddish polaco y húngaro.

Anastazy era hijo único.

Ingeborg tenía un hermano menor, Ezequiel, el cual no fue instruido en la disciplina del piano y tampoco en la del canto. Su padre veía en él a un sucesor.

Samuel, padre de Ingeborg, complementaba sus negocios de importación de productos de ultramar con su pasión y vocación: era un gran maestro cabalista y astrólogo. Le enseñaba a su hijo todo lo que sabía sobre las herramientas espirituales basadas en los principios cabalísticos para, si se consideraba conveniente, mejorar sus vidas, y al hacerlo, mejorar el mundo. Con la astrología cabalística conseguía elevarse por encima de las influencias del cosmos y tomar el control de su propia vida.

Con el incremento del antisemitismo y la xenofobia en la Alemania de los años treinta, todos los judíos de Múnich, especialmente aquellos que no eran alemanes, comenzaron a ser discriminados y marginados. El peligro de caer bajo la sospecha de las autoridades alemanas, con la consecuente expulsión inmediata, aumentó significativamente.

Ezequiel solo tenía catorce años. Aún así, como muchos otros judíos, intuía que algo gordo iba a suceder, algo que marcaría la historia para siempre. Esperaba que las actitudes le mostraran el camino. Y así fue. A finales de 1932, los miembros de las tropas de asalto y las SS marcaron en los escaparates de las tiendas la palabra *"Jude"* y, en portales, una estrella de David pintada en amarillo y negro. En las calles centrales, los miembros de la SA cantaban consignas antisemitas y canciones partidistas. No era el primer boicot, pero sí fue el que impulsó a los jóvenes amantes de la música a huir de la ciudad.

No fue difícil para Ingeborg conseguir los visados y huir de la barbarie que empezaba a gestarse en Alemania. Solo tuvo que decir sí a un contrato que la mantendría ocupada cantando por ultramar.

A pesar de la insistencia y la gran clarividencia de Samuel, éste y su esposa, además de los padres de Anastazy, se negaron a partir. Para ellos, orgullosos de su religión y origen, significaba ganarles la batalla a aquellos necios de las SS.

Y el comienzo de una nueva vida se iniciaba en aquel vasto buque que amarraba en el puerto de Cartagena de Indias. Poco conocían de su destino; solo que se encontraban en una ciudad más bella del mar Caribe, una ciudad tan variopinta en olores como en colores y sabores.

—Hermanito, ¿te gusta lo que ves? —preguntó Ingeborg.

—Sí, hermanita, estoy impaciente por descubrir los recovecos de este paraíso tropical.

—Yo estoy impaciente por vencer este calor tan bochornoso —dijo Anastazy sacudiéndose la camisa con las manos.

—¿Sabíais que Cartagena de Indias fue la primea ciudad en declararse independiente de España? En 1533 Pedro de Heredia quiso fundar la ciudad con sus islas, ciénagas y lagunas. A toda costa se fortificó con ejemplares murallas y castillos que cumplieron con bravura su función defensiva del imperio contra piratas e invasores, y, a día de hoy, se mantienen como fortaleza de la ciudad —comentó el señor Himelbaum.

—Tan pronto como nos hayamos registrado en el hotel, exploraremos la isla yendo de compras —dijo Ingeborg, con una sonrisa de lado a lado que mostraba una preciosa dentadura.

La presencia de brisa secó el sudor de los emigrantes, tan pronto como dieron sus primeros pasos por el muelle. Los meses de enero y febrero eran los que permitían apreciar una estancia agradable en la ciudad.

El recuerdo de cómo aquella familia tomó aquella mañana la bahía, permanecería por siempre en sus corazones. Cada detalle era mágico.

La histórica ciudad, pozo de oro en su tiempo para piratas y generales, se vestía de fiesta. Celebraban Nuestra Señora de la Candelaria. Tan pronto como se adentraron por la torre del reloj, símbolo representativo de Cartagena y puerta principal de entrada a la amurallada ciudad, contemplaron las coloridas guirnaldas colgando en medio de la calle.

Sonaba música por doquier. El ambiente olía a procesiones y a ferias.

Retumbando en los oídos, la cumbia y la bachata y el ballenato envolvían, a modo de recibimiento, a aquellos emigrantes.

—Anastazy, no hay que dejarse intimidar al ver a las parejas bailar como si hubieran ensayado toda la vida. ¡Hay que dejarse llevar! —dijo Ingeborg mientras tomaba a su esposo de la mano e improvisaban un baile en mitad de la calle, cerca de la iglesia de Santo Domingo. Ezequiel les miraba resoplando, resistiendo el calor sofocante y custodiando el equipaje. En su fuero sentía felicidad de aquella nueva vida con olores y colores caribeños.

Los recién llegados quedaron prendados por las viejas e intensas fachadas y el denso ambiente de las gentes. La Cartagena amurallada y diseñada en cuadrícula, el festival de cromados, elegantes balconadas, orgullosos portones y gratos detalles de las vías del amplio centro monumental.

Alquilaron una casa cerca de la plaza de Rafael Núñez, antiguamente denominada plaza de Colón —su estatua aún lo rememoraba—. Disfrutaban respirando la brisa de las calles desde una bonita balconada de madera de un azul intenso.

Cargados con sus pesados equipajes, miraban extasiados a unas señoras de atavíos africanos vendiendo exóticas frutas, acarreándolas con elegante equilibrio sobre su cabeza.

Los primeros días pasearon como la gente de allí, pausadamente, mirándolo todo y parándose ante el fulgurante cromatismo de la catedral, erigida en el siglo XVI.

Descansaron del acaloramiento, emocional y físico, en el apaciguado frescor de la iglesia del gran convento jesuita de San Pedro Claver (así llamado en honor al primer canonizado del Nuevo mundo), monje que luchó ardientemente contra la esclavitud. También asistieron a una función en el teatro Heredia, donde en unas semanas actuaría la virtuosa Ingeborg con otros de sus compañeros interpretando *La Traviata*. Pero esta vez disfrutaron del concierto con toque caribeño.

9. Finales de la primavera de 1935

Con los meses, Ezequiel había adquirido ciertos hábitos que le hacían sentirse privilegiado. Durante las tardes, cuando el sol se empezaba a esconder, daba cadenciosos paseos. Calle arriba, calle abajo, observando el donaire africano, español y mestizo de Cartagena. Le gustaba subir al cerro de la popa, no solo por divisar el mar Caribe a lo lejos, sino por inclinar la cabeza y contemplar las constelaciones.

La ardiente bruma del Caribe envolvía en densa quietud los colores enteros o desgastados de las coloniales casas de Cartagena de Indias. Habían resistido al calor y a los arrebatos de la historia. Los edificios tenían todo el empaque de las enhiestas construcciones castellanas o andaluzas y la sensualidad, cromática y parsimoniosa, del ambiente tropical.

El primer año de residencia en Colombia para Ezequiel fue como veranear eternamente. No solo conocía la ciudad como la palma de su mano, también había descubierto rincones paradisíacos. Acostumbrado a la bonanza de la naturaleza y los privilegios del buen vivir, algunas mañanas gustaba de acercarse al muelle de los Pegasos y montarse en uno de los barcos que lo llevaba a las Islas del Rosario.

Habituado al recorrido entre salientes y entrantes de la tierra que retenían la danza de las olas, mientras recorría las dos pequeñas fortalezas de San José y San Fernando, en la isla de Tierrabomba. Ya en plena mar y antes de llegar al famoso archipiélago, posaba su mirada frente a las costas de la gran isla de Barú, donde disfrutaba de los baños de sol mientras se sumergía en el turquesa del mar.

Otros días madrugaba con una leve brisa marina, y decidía subir al cerro de Popa para ver las vistas desde el convento del siglo XVI que ocupaba su cima. En momentos vespertinos, atravesaba los muros a través de la torre del Reloj metiéndose de lleno en la trama cartagenera hasta llegar a los célebres soportales donde se vendían distintas variedades de dulces, hechos con coco, piña, papaya, pomelo y algunos también con leche.

Ingeborg y Anastazy, como tutores legales de Ezequiel, no aprobaban que el muchacho estuviera tan ocioso. No era correcto para una familia pudiente tenerle vagabundeando por las calles, hablando con pescadores y carreteros. Ya tenía edad para empezar a aprender un oficio. La música siempre fue un refugio para ellos y también lo

sería para él. Lejos de las influencias del maestro cabalístico, Samuel, podría concentrarse aprendiendo a tocar algún instrumento o quizás instruyéndose en la lírica.

Anastazy decidió llevárselo con él. No era malo tocando la guitarra, así que ambos se enrolaron en su primer viaje a Buenos Aires, donde debutarían en el Teatro de la Ópera con el barítono italiano Titta Ruffo. Finalizada la obra, formarían parte del elenco musical de Carlos Gardel, el cual acababa de llegar de Barcelona y París.

Fue Ruffo quien formuló dicha sugerencia por telegrama, pues unos años atrás le había impartido de forma informal clases de canto al joven Gardel (que hasta entonces cantaba folklore). Tras su periplo con Gardel en Argentina, viajarían a los Estados Unidos, donde debutarían en la radio de la NBC de Nueva York y en películas estadounidenses.

Esta fue la última información que Ingeborg tuvo de su marido y hermano.

Desafortunadamente, no llegaron a Estados Unidos. El avión en que viajaba Gardel, un trimotor Ford, se desvió en pleno despegue y embistió a otro avión similar que esperaba su turno para despegar, incendiándose ambos. Fue en Medellín.

Falleció Carlos Gardel y otros colegas de la compañía.

10. Una solista, muchos destinos

Mientras su familia perecía en aquella explosión, Ingeborg representaba con su compañía en Moscú a "*la Condesa*" de Mozart, en *Las bodas de Fígaro.*

El contrato con la productora musical que Ingeborg había firmado fue el medio para concederle la libertad a ella y a su familia. No obstante, tuvo que pagar el precio de alejarse de ellos durante dilatadas temporadas.

Su gira musical la llevó a viajar y vivir en lugares como Buenos Aires, La Habana, Estambul, El Cairo, Miami y Nueva York.

El artífice de esta nueva vida era el jeque sirio Ahmad Al-Futtain, un enamorado de la lírica. Productor y distribuidor de ópera, ballet y conciertos de música clásica, dotaba a todos los artistas de una estabilidad en el trabajo brindándoles teatros de ópera de primera calidad. Sus artistas, considerados como un sello de excelencia musical, eran su mejor carta de presentación.

El motivo por el que trasladó su compañía lírica durante una temporada a América fue estrechamente empujado por su desatada pasión hacia los caballos. Finalizada la compra, cría y traslado de purasangres, dirigió su elenco de gira por Europa y parte de Oriente medio.

La joven judía, en sus comienzos, ya había tenido una colaboración estable con las producciones de los teatros de Viena, Odessa, Kiev o la Scala de Milán entre otros.

Ahmad, desde que descubrió a la virtuosa cantante, estaba volcado en el mundo lírico. Ella era su gran capricho. La hermosa Ingeborg se dejaba seducir por su carisma y poder. Sentía por Ahmad una arrolladora atracción sexual. La diferencia de edad acentuaba la poderosa tentación de uno hacia otro.

Él tenía una personalidad misteriosa y llena de contrastes, tanto que había quien le atribuía poderes más allá de los terrenales. Era inevitable percibir dicha intuición al conocerle y sentir su gran magnetismo hechizante.

A su faceta de tiburón de los negocios se le unía la de gobernante visionario. Entre sus impredecibles comportamientos estaba el de su indumentaria, ya que lo mismo vestía túnica o kandura en su país como lucía chaqué con sombrero de copa para acudir a las carreras de

Ascot.

Las malas lenguas decían que Ahmad tenía cuatro mujeres, que se había casado dos veces, y que tenía varios hijos no reconocidos. Su actual esposa, al modo tradicional musulmán, vivía en la sombra, reconocida como la madre del heredero Rashid, de 21 años, guapo, educado en Inglaterra, buen jinete como su padre y de Nabil.

Ingeborg recibió la noticia con el dolor, la rabia e impotencia de no poder reunirse y despedirse de su hermano y esposo en Medellín. Ahmad se apiadó de ella y la invitó a cenar aquella noche en la que la gélida Moscú congelaba su alma.

Ahmad esperaba en el bar del hotel a la mezzosoprano. Vestía un traje chaqueta de cuadros en tonos tierra conjuntado a la perfección con chaleco y zapatos marrones. Mantenía en su puño cerrado su magnífica pipa. A lo lejos divisó el movimiento de caderas de una joven de cabellos platinos con ondas. Su rostro reflejaba una profunda consternación pero lucía, como siempre, espectacular. No le servía a su pena excusa alguna para no lucirse con mesura.

Ingeborg dejó sobre la barra su bolso de asa corta.

Elegantemente, Ahmad ayudó a la dama a despojarse de su abrigo de lana color camel anudado a la cintura y estola de piel. Tomándola de sus finos dedos, la repasó de arriba abajo y contempló su blusa de raso con lazada al cuello, su larga falda de tubo y unas botas de mosquetera por la rodilla. Como de costumbre Ingeborg llevaba los labios y las uñas pintadas de rojo intenso. Tenía una fijación obsesiva con los labiales de tonos carmín; era capaz de reconocer muchos de ellos cuando los veía en los labios de otra mujer. Siempre había un momento especial para cada pintalabios rojo de su tocador. Esta vez, su elección era un carmín fucsia, uno de los mejores que había probado en labiales, muy cremoso, ultrapigmentado y con un suave aroma empolvado.

Ahmad brindaba con champán por el gran éxito recibido aquella noche en el teatro Bolshói. La desgracia personal de la concertista le había otorgado en la función un rol más profundo y melodramático.

—Esta noche tu voz sonaba distinta, como con un baño de oro, sin necesidad de forzar nada. Era mágica y era pura —dijo mirándola mientras la deseaba con esos negros y grandes ojos.

—Bueno, ya sabes que mis obras favoritas son las de Mozart y Donizetti. *La Condesa* de Mozart se presta mucho al canto *sul fiato* —respondió la joven alemana sin pretender dar lástima.

—Ingeborg, soy multimillonario, no tendría inconveniente en embarcarte a Medellín para que puedas despedir a tu esposo y hermano. Pero, ¿de qué serviría? Ellos ya no están aquí. Además, dejarías a la compañía colgada. Nos esperan los teatros de Kiev y Estambul. Después tendremos un par de semanas de vacaciones. Había

pensado pasar unos días en Siria, justo antes de embarcarnos a Egipto. Las cosas en Europa están demasiado revueltas. Me gustaría que me acompañaras en mis vacaciones, enseñarte mi ciudad. Debo reunirme con dos arqueólogos, han terminado trabajos importantes en Dura Europos y Rasafa, además hay otro yacimiento de enorme potencial, y les voy a financiar la investigación.

—Ahora mismo no sé qué contestarle. Estoy consternada. Si no es molestia, deme unas semanas y si su oferta sigue en pie le daré una respuesta.

Ingeborg se dio cuenta de que en numerosas ocasiones era demasiado prejuiciosa. Finalizada la sesión de ópera en Moscú, Ingeborg valoró la bondad ajena y aceptó la hospitalidad del generoso y buen hombre.

11. Descubriendo las mil y una noches

Se gestaba una década de apertura de nuevas rutas comerciales, como la recién abierta ruta del Cabo y de las Indias; la aviación comercial experimentaba un avance extraordinario. En la Unión Soviética, la Dobroflot pasaba a llamarse Aeroflot, convirtiéndose en una empresa estatal que realizaba una serie de actividades, aún no desarrolladas por el resto de las empresas europeas, como la vigilancia de los bosques, la prevención de incendios, el reaprovisionamiento, la protección de las cosechas o las operaciones de salvamentos. Ese mismo año habían entrado en servicio setenta y cinco Boeing 247 solicitados por la Air Lines. Uno de ellos fue encargado especialmente por el magnate de la realeza árabe Ahmad Al Futtain.

—Madre mía, ¡un avión privado! Pero esto, ¡esto es demasiado! —exclamó Ingeborg, admirada.

—No, no es demasiado cuando tienes dinero, muchos negocios que controlar y conoces dónde están los recursos. Gracias a este avión puedo tener frescos tulipanes de Holanda para adornar mi palacio o ricas moras de bosques Suizos en mis manjares.

—Eres muy generoso y espléndido, Ahmad.

A pesar de los conocidos rumores que hablaban de que el jeque poseía un palacio de doscientas habitaciones, en esta ocasión se alojaron en un palacete de unas diecisiete estancias en el centro de Damasco. La estructura estaba construida con un claustro lleno de vegetación y una fuente blanca que, con el sonido de su manantial, daba la bienvenida. Los interiores estaban pavimentados del mármol más fino y las paredes adornadas con enormes pinturas.

Cuando llegaron a la residencia, la noche caía. Los sirvientes se abalanzaron recelosos encima del equipaje del jeque y su invitada.

—Señora Himelbaum, Zaray será su asistente mientras se encuentre aquí. Ella le llevará a sus aposentos y le mostrará todos los recovecos del lugar. Zaray, lleve a la señora Himelbaum al *hamman* de invitados; en una hora la espero en el salón para cenar. Zaray le mostrará el camino.

Ingeborg se sentía halagada, algo mimada, algo intimidada y con un ligero estímulo al que se atrevía a llamar miedo. Confiaba en él. De no

ser así no hubiera aceptado la propuesta.

Era la primera vez que visitaba un *hamman.* Nadie le había hablado de ellos.

—Aquí le dejo toallas limpias. Desnúdese y avíseme cuando esté lista. Mientras, yo le colocaré el equipaje en los armarios.

Ingeborg apareció en la lúgubre sala envuelta en una toalla y con aires reticentes. Bajo su toalla conservaba su lencería de seda. Sentía un calor vaporoso y unas gotas de lluvia se mecían en su rostro. El suelo y las paredes eran de baldosas azules, oscuras y calientes, con una fuente de la que salía agua desde una de las balaustradas. En el suelo, había un par de cubos y un cazo de bronce.

Zaray, su doncella, entró en la habitación llena de vapor. Se había despojado de su ropa. Solamente llevaba unas sencillas y anchas bragas.

—Señora Himelbaum, siéntese en el suelo durante un rato para que el calor le abra los poros del cuerpo.

Ingeborg obedeció instantáneamente pero sin disimular su cara de asombro. Cuando la señora consideró oportuno, inició su faena. Primero boca arriba y luego boca abajo. Vuelta y vuelta. Ingeborg, no acostumbrada a este tipo de servicios, mostraba pudor y algo de incomodidad.

—Señora Himelbaum, quítese la lencería, me molesta para pasarle el guante con jabón. ¿Nunca antes ha estado en un *hamman*? —preguntó la sirvienta.

—No.

—Pues las ciudades árabes están llenas de *hammanes* públicos. Las mujeres, en Oriente Medio, solemos ir bastante tapadas por la calle pero, en estas situaciones, somos mucho menos pudorosas que las europeas y no dudamos en quedarnos completamente desnudas, mientras hablamos con nuestras vecinas o bañamos a otras compañeras. Ir a un *hamman* no es solo una cuestión de higiene; es un ritual que va mucho más allá y que, tanto hombres como mujeres, realizan para cuidar su cuerpo y su alma, relajarse y meditar.

—¡Oh, qué olor tan agradable! —dijo la joven, decidida a disfrutar del baño y tratar de liberar pudores.

—Es jabón Beldi, rico en aceite de oliva, ayuda a eliminar las células muertas.

Después de haber bañado y frotado con mucho garbo y esmero, con el guante *Kessa*, prácticamente todo el cuerpo, vertió nuevamente un cubo de agua ardiendo para eliminar el jabón. Un jabón natural, muy hidratante. Repitió el mismo proceso dos veces, con una fuerza y una energía que impresionó a la joven.

Cuando terminó con su cuerpo, la invitó a sentarse de espaldas para lavarle el cabello. Usó una arcilla llamada *Ghassoul*, rica en minerales

y provitaminas, ideal para limpiar el cabello graso. Una vez enjuagado, lo secó con una toalla, la trasladó al tocador y le pasó un peine de pequeñas púas.

Sola, ubicada en sus aposentos, la joven invitada acariciaba su piel sintiéndola suave y oliendo a aquel jabón dulce y especiado. Tenía la sensación de que no se había lavado tan bien en su vida.

Ahmad la esperaba en el salón. Sentado en un sofá de cuero fumaba de su pipa de madera de caoba. Su piel desprendía aromas cítricos y canela. Había afeitado su barba exponiendo aquellos hermosos hoyuelos. Vestido con un pantalón y camisa ancha de lino color beige y unas sandalias de cuero autóctonas, escrutaba los andares de su idolatrada invitada.

—¿Todo bien, querida? —pronunció, tras besarle la mano.

—Sí, Ahmad. Muchas gracias por su hospitalidad. Estoy algo abrumada. No quiero ser molestia para usted o su esposa.

Una carcajada estalló en él poniendo en exposición una bella dentadura y esos provocadores hoyuelos asomando entre las comisuras. Sin responder, la invitó a sentarse donde se iba a servir la cena.

La invitada había escogido para la cena un cómodo vestido azul marino de talle bajo y recto con un ancho fajín blanco. Había recogido su larga y platina cabellera mojada en una trenza y, a su vez ,la había enroscado bajo su nuca. Su calzado era lo único que no acostumbraba a variar, sus cómodos, clásicos y negros zapatos Mary Jane —llamados así en el mundo anglosajón porque tomaron el nombre de un personaje de cómic de 1902— comenzaban a lucirse algo desgastados.

—Querida, durante su estancia no se deje intimidar por las miradas. Los de aquí no acostumbramos a ver mujeres de tez tan clara y cabellos dorados. Le advierto que tanto varones como señoras la mirarán como si se tratase de un bicho raro. Pero no les tema, los sirios somos muy hospitalarios e inofensivos.

Durante la cena, ambos se habían observado con detenimiento. La mirada del jeque era hechizante y algo intimidante. No obstante, era todo un ritual verle comer. Con esas grandes y bellas manos, manejaba los cubiertos con galantería y resultaba algo seductor. Recordó la frase del atrevido de su padre: “Si quieres saber si un hombre va a ser un buen amante, observa sus modales comiendo.”

La invitada disfrutó de los sabores culinarios. *Falafel, hommos, arayes* de ternera y *shawarma* de pollo.

—Me gustaría compartir algo contigo. Mañana debo hacer unas gestiones en una de mis empresas. Ingeborg, te has convertido en mi musa, voy a crear un nuevo perfume inspirado en ti.

—¿Crear un perfume? ¿Así, sin más?

—Sí. Soy compositor de perfumes. Realicé mi formación de

aromaterapia en Egipto. Los egipcios descubrieron los aceites esenciales hace cinco mil años, utilizándolos en su vida diaria para efectos curativos, cosméticos y en la preparación de las mortajas para su preservación en el viaje a la eternidad. También los médicos los usaban como sus medicamentos para la curación de la enfermedad.

¿Nunca escuchaste hablar de los siete aceites sagrados?

—No, ¿cuáles son?

Son *musk*, jazmín, rosa, ámbar cachemir, sándalo y loto. Con el tiempo, te iré enseñando mis experiencias con ellos. Crear un perfume se parece mucho a componer una pieza musical. Y como todo artista, necesitaba una musa. No sabía dónde demonios había dejado la inspiración hasta que te conocí.

—Eso suena muy bonito y de nuevo me abruma. ¿Y cuáles son las notas aromáticas que le llevan a crear un perfume con mi identidad? Porque intuyo que esas gotas se bautizarán con mi nombre…

—Sí, querida, y no me cabe duda de que será la locura de las damas francesas. La pirámide olfativa será: azahar, jazmín, pachulí, madera de cedro, miel y notas amaderadas. Mañana en el laboratorio haré mis cultivos y no saldré de allí hasta llegar a enfrascar su perfume. ¿Me acompaña a la terraza? Quiero mostrarle el cielo más estrellado que jamás haya visto.

—Mohamed, ¿nos traerá el té y unas pastas a la terraza? Para la invitada *erisimo**, por favor.

—Por supuesto, alteza —dijo el sirviente, inclinando la espalda.

Ahmad, guardaba las formas delante de su séquito dirigiéndose ante Ingeborg como la señora Himelbaum. En la intimidad disfrutada llamándola Ingeborg, con ese acento que marcaba algo más la "g".

—Mi padre es, bueno, es una osadía en estos momentos hablar en presente, no sé si siguen vivos. Yo quiero pensar que lo están. Mi padre es astrólogo. Así que entiendo algo de constelaciones y zodiaco.

—Inge, ¿sabías que la herencia astrológica árabe proviene de los persas, turcos y sirios, quedando profundamente arraigada en nuestra cultura, pese a que Mahoma quiso quitarle poder a su influencia?

—Mi padre dice que el desarrollo de la astronomía árabe favoreció algunos progresos astrológicos, y los eruditos árabes proporcionaron técnicas matemáticas al horóscopo en general, como la determinación algebraica correcta de las casas intermedias.

—También, combinando el conocimiento de la astrología árabe con la numerología y la geomancia, crearon el arte adivinatorio que llamaron "ciencia de la arena" —defendió el anfitrión con firmeza.

—Ahmad, usted... —calló, miedosa de su petición, sintiendo arrepentimiento de lo que pretendía sugerir.

—Dime, Ingeborg —dijo él tomando con sus yemas su mentón, intimidándola.

—¿Usted podría averiguar si mis padres y suegros están vivos y, de ser así, podría darles refugio?

—Nunca hemos hablado de esto, Inge. Sé que eres una mujer culta y sabes de la eterna enemistad de los musulmanes con los judíos.

—Ahmad, soy su invitada; como anfitrión creo que no debería atentar contra la religión de su invitada. Los dos entendemos que en una guerra no hay amigos, sino aliados o enemigos. No le pido un asunto de carácter diplomático. Es un hombre poderoso, yo adoro a mi familia y me temo haberla perdido.

Ahmad quedó sorprendido por el fuerte carácter y firmeza de la joven.

—Querida, no solo le prometo rescatar a su familia: le doy mi palabra de que, incluso habiendo logrado salvarles, deseo encargarme de cuidar de usted y ser su familia. Se lo prometo ante el Sagrado Corán —enfatizó posando su amplia palma de la mano sobre un libro de cuero con letras arábigas doradas.

Ambos observaban el firmamento relajado, esperando que alguna estrella fugaz improvisara el espacio. Solo los bostezos de la joven interrumpieron el tenue silencio.

—Creo que me voy a dormir. Hoy ha sido un gran día. Mi cuerpo me pide una tregua. Si me lo permite, Ahmad, buenas noches.

Ahmad selló un húmedo y sonoro beso en su mejilla y, mirándola fijamente, le dijo:

—Que descanses y tengas un sueño reparador, Ingeborg —susurró mientras olía su aliento y casi paladeó su savia.

—Se me olvidaba —dijo la joven deteniendo sus pasos y girando su cuerpo hacia él—. Me ha encantado que comparta su sabiduría frente al firmamento. Gracias por divulgar su sapiencia.

Amaneció con el sonido del agua de la fuente que brotaba con más fuerza. Se colocó su bata lavanda y, descalza, atravesó las bellas alfombras que cubrían los regios mármoles hasta llegar al comedor. Educadamente, los sirvientes la saludaron con una leve reverencia y le sirvieron el desayuno.

La joven se aseó en su habitación. Esta vez, Zaray no se entrometió en su aseo. Hacía unos días que no calentaba su voz. Mientras paseaba de un lado a otro eligiendo cuál sería la mejor vestimenta, iba haciendo sus gorgoritos y sacando de su pecho notas agudas y dando voces manipuladas. Ya era una costumbre, ni siquiera era consciente de que lo hacía.

Esa mañana, Zaray la llevó a un patio cercano al domicilio. La vegetación de éste incluía naranjos, rosas de damasco, jazmines, limoneros y vides. La joven vestía pantalones blancos largos y bombachos, una blusa de cuello redondo y una sombrilla blanca con puntillas en los bordes.

—La cultura del jardín islámico se encuentra estrechamente relacionada con la cultura del agua. El agua y la luz, sin ser en sí motivos ornamentales, tienen un importante papel en la decoración. El agua es un complemento básico de la arquitectura islámica. A su valor ritual y simbólico como fuente de vida, de incesantes dones, se une su función refrescante —iba argumentando Zaray.

Con la intención de evitar ser observada por los autóctonos se adentró en una de las tiendas y compró un par de pañuelos para tapar su dorado cabello en venideros paseos, sustituyendo así el pañuelo por la sombrilla y aprovechando la intención de envolver su preciada garganta.

Era extraño habitar y visitar una ciudad tan recóndita. Damasco parecía un enclave fantástico para callejear y perderse por zocos, observando antiguas mansiones situadas en calles adyacentes a la denominada “calle Recta”, que discurría paralela al zoco al-Hamidiyah.

Y al igual que el día anterior, la noche se cernió en dicha esquina del oriente a las cinco de la tarde. Quizás se debía a la fuerte luz solar de la mañana, o tal vez a la huida de ésta de forma tan pronta, pero, de repente, Ingeborg sintió un profundo sueño. No escuchó a Zaray entrar con la bandeja del té y las pastas, ni el sonido tintineante de una campana que acostumbraba a usar Ahmad cuando requería asistencia de criados.

Una suave caricia en la frente unida a un especial olor a comida recién cocinada, mezclada con un denso perfume, la despertó del letargo. Ahmad la observaba con rendición.

—¿Quieres cenar? Hoy es sábado; los sábados se cena carnes a la brasa y tenemos espectáculo de *Raks Sharki*, lo que los occidentales traducís como danza oriental.

—Sí, huele bien. Pero tú hueles mejor. ¿Qué perfume es ese? —preguntó la joven mientras posaba su nariz en su cuello inspirando el aroma.

—Es tu perfume. Ingeborg Himelbaum. Ahora sí estás en mi piel, querida musa.

La joven empezó a sentir que la situación sobrepasaba los límites y, aunque emocionalmente lo deseaba, sentía que moralmente no correspondía a tales licencias.

—Me encanta la idea de no tener que ser yo quien amenice la velada. Estaré lista en diez minutos. ¿Puedes esperarme en el salón?

—Por supuesto, querida.

Aquella noche la cena se servía en la terraza. Se había improvisado un escenario con diferentes instrumentos. Uno de ellos en forma de pera, con diapasón corto y sin traste, con cinco o seis cuerdas de seda recubiertas de metal; un violín occidental afinado de acuerdo a las

necesidades de la música árabe; un *ney*, flauta de caña con seis orificios al frente y otro orificio para el pulgar que se tocaba de forma oblicua; era un instrumento de viento sagrado hecho de caña. Y un *derbke*, el instrumento de percusión de la música árabe por excelencia: un tambor en forma de copa.

Una de las damas vestidas con el *attrezzo* del baile se dirigió a los comensales y tocando unos crótalos, señaló el inicio de la velada.

Las mujeres tenían una belleza racial y hechizante. Danzaban moviendo su ombligo y caderas de forma sensual. Con el movimiento, sonaban los cascabeles que colgaban de sus pañuelos unidos, formando así una larga falda. La invitada observaba inmóvil los movimientos de ombligo y cómo las panderetas sonaban solo con el movimiento corporal de las mujeres. Era un baile excitante, inspirador de pasiones.

Como colofón del espectáculo, una de las bailarinas realizó la danza doble del sable. Con sus movimientos controlaba dos espadas de filo curvado colocadas en su cabeza. Se movía despacio, deliberadamente, destilando sentimiento y corazón a cada paso.

—Es una cimitarra forjada con acero pesado. La danza de doble espada encarna a la diosa guerrera de cada mujer. Da poder a la bailarina y le permite ampliar su visión para incluir imágenes increíbles de fuerza, riesgo, libertad, peligro y misterio —le susurraba Ahmad al oído a su invitada.

—Es increíble, fascinante —dijo la joven sin apartar su mirada de la bailarina.

Ingeborg tenía muy buen estado de ánimo. Era consciente de lo poco que había llorado a sus parientes abandonados en ultramar. Pero ¿qué se podía hacer? Llevaría el dolor dentro de ella. Entre tanto, mientras actuaron en Estambul, había recibido noticias de la apertura de instalaciones llamados campos de concentración. Sabía que la única esperanza de recuperar a su familia la tendría junto a Ahmad. Éste comenzaba a convertirse en su héroe.

No podía evitar sentir una intensa atracción por él. Se imaginaba acercándose hacia su cuerpo, sorprendiéndole con caricias alrededor de su espalda, introduciendo sus yemas por el interior de aquella camisa, notando el calor de su piel, el olor… Sin darse cuenta, inclinó su vista hacía la entrepierna, los pantalones eran exageradamente bombachos y el hecho de no poder delinear con la mirada la forma de su extremidad inferior, provocó en ella mucha más curiosidad y deseo.

—Ahmad, debo darte de nuevo las gracias por esta magnífica noche. *Choukran laka**.

—Para mí también es un placer tenerte en mi casa.

—¿Quiere que la acompañe hasta sus aposentos? —sugirió el jeque

con mirada lasciva.
—Sí, gracias.
Tan pronto como ella empujó la puerta de su dormitorio, él impulsó su cuerpo para lograr cruzar el umbral. La tomó por la cintura, lo correcto era sellarle un beso fraternal en la frente; estaba muy cerca de ella, olía su piel, su denso aliento, quería besar sus labios, no podía contenerse, una fuerza magnética la arrastraba hacia su carne. Ingeborg sentía escalofríos provocados por la cercanía de él. Sus dientes tintineaban.
Él no pudo reprimirse y extinguió ese tintineo con un tierno beso en los labios, beso infinitamente correspondido. Ingeborg deseaba usar sus manos, enredarlas en su cabello, mesar su densa barba, corresponder a su deseo con gemidos y miradas hambrunas, se dejó acariciar con suavidad.
Sus turgentes labios provocaban lujuria. Todos querían besar los labios de Ingeborg. Desde bien niña, ya fueron la tentación de algún espabilado; aunque se sentía orgullosa de poseer una boca tan sensual, siempre acababa pensando que los hombres solo la querían por besar sus labios, que solo deseaban su boca, para continuar con su cuerpo. Infinidad de veces, hubiera deseado tener unos labios más comunes y así poder sentir que besaban su alma, hasta que fue besada por Ahmad.
Despertó con el resplandor del sol, Ahmad ya no estaba, pero sí su silueta dibujada en la cama. Había sido una noche tierna. Había disfrutado de tener su cuerpo en su lecho sin necesidad de dejarse poseer. No había sentido su partida, su sueño fue demasiado profundo. La puerta estaba entreabierta. Zaray, como todas las mañanas, regaba las plantas y les brindaba un canto religioso que evocó en Ingeborg el recuerdo de los sábados en la sinagoga con su familia. Entonó silenciosamente el estribillo de una canción, aprovechando así para calentar la voz. Calibraba su voz, recordándole la coordinación correcta para enfrentar la actividad que habituaba a realizar sobre el escenario.
Intuyó que el jefe de la casa se habría ido. Esperó en la cama a que la doncella se acercara para saludarla, no le quedaba más remedio. Deseaba que tardara un poco, quería recuperar la conciencia y distinguir lo real de lo que pudo haber sido un sueño.
—Buenos días, señora Himelbaum —dijo con tono enérgico Zaray.
—Buenos días, Zaray, recuerda que, en la intimidad me puedes llamar Ingeborg. De hecho, te lo pido encarecidamente. Para ti soy Ingeborg o Inge.
—Tiene muy buen aspecto —afirmó ella, mientras le acercaba unas pantuflas—. Ayer por la tarde, cuando llegó, la noté un poco abatida, algo normal en su situación. En cambio hoy está diferente, tiene una

luz especial en su rostro.

Como si estuviera enamorada, ¿verdad?, pensó la doncella, y sonrió.

—Te he dicho que me tutees, por favor, Zaray.

—Disculpe, me cuesta. En la comunidad nos hablamos de usted, también entre médicos y otros discípulos del profeta Mahoma, e incluso a mis propios padres les hablaba de usted. No se lo tome a mal.

—De acuerdo, si se le hace difícil… —Vaya, ¡ahora he acabado yo hablándole de usted!, pensó Ingeborg—. En fin, que lo que mejor se nos dé. Yo soy pésima con los formalismos.

—¿Tiene hambre?

—Sí, me comería una vaca entera.

— ¡Eso es buena señal! Le he preparado un zumo de frutas y unos dulces típicos de la zona.

—Antes me gustaría tomar un baño. ¿Me quiere acompañar?

Zaray dedicó unos minutos a su higiene corporal; la concertista empezaba a habituarse. Desnudó a la joven, a la cual invitó a permanecer sentada un rato en el hamman. Posteriormente la conminó a tumbarse boca arriba para comenzar su labor. Limpiar a Ingeborg era cosa simple, no acostumbraba a ver desnudo un cuerpo joven y hermoso, sin ulceras ni infecciones, y con una buena circulación.

Comenzó a mojar la larguísima cabellera de la bella joven, la cual con los ojos cerrados y un rostro completamente aquietado gozaba de la caída del agua tibia. Meciendo su cabello, gozaba del placer de sentirse mimada y cuidada por aquella mujer que seguramente tendría la edad de su madre. Le atusó el cabello con las manos, mientras lo aclaró. Se sentía fresca como una diosa descansando sentada bajo las rocas de su manantial.

Aplicó un masaje con aceite de argán, manzanilla, romero y enebro, insistiendo en las zonas de fácil escoriación. Posteriormente se concentró en sus pies y practicó un masaje con la idea de estimular el sistema energético y aumentar el inmunológico.

Sin preocuparse por su desnudez y con el cabello envuelto, se tumbó en la cama, sonriente, mirando al vacío, sintiendo la serenidad y lozanía de su cuerpo. Comenzaba a sentirse muy recuperada.

—Buenos días, señora Himelbaum. Tiene un aspecto excepcional — dijo mientras sellaba sus labios en su frente.

—Buenos días, señor Al-Futtain.

—Hoy vamos a ir al desierto. Quiero mostrarle una de las maravillas de Siria. Zaray, prepare el equipaje para la señora. Ropa cómoda y resistente al clima del desierto. Y no olvide las cantimploras y algunos dátiles para el camino.

12. Amor entre dunas y un cielo estrellado

Ahmad se dirigía el norte de Damasco en un verde y encerado *Rolls-Royce* convertible de 1920, con capota de loneta beige. Parecía un automóvil robado de los estudios de cine. Ingeborg acariciaba los nobles acabados, se sentía como si fuera una celebridad; sentada firmemente y mirando a un lado y otro, tardó en acomodar su cuerpo. Bajó el parasol y comprobó, tras el diminuto espejito escondido, que sus labios seguían luciendo ese rojo coral que había seleccionado de entre sus variantes labiales.

—La mujer de los eternos labios rojos —sentenció Ahmad con una sonrisa picarona.

—Es porque en las obras me maquillo mucho. Me gusta el color de mis labios con un labial.

—Una pregunta algo curiosa: ¿por qué decidieron llamarte Ingeborg y no un nombre hebreo?

—Es de origen germano, deriva del nombre del dios germánico Ing combinado con Björg, significa "*protección, ayuda*". Fui la primogénita de unos padres que emigraron de Israel a Alemania. Era una forma de consagrar su agradecimiento a una tierra que les dio cobijo. Madre dice que, cuando me vio con los cabellos tan platinos y la tez tan clara, no le cupo duda de que su hija fuera a ser una judía germana ejemplar. ¡Qué paradoja! ¿Verdad?

La conversación dejó unos minutos de silencio y reflexión.

—Inge, ¿te apetece cantar para mí? Así el trayecto se hará más corto —apostilló él para romper el silencio.

—Solo con una condición, que tú me acompañes.

—Trato hecho. Pero no te burles de este viejo hombre. Canto bastante mal.

—No le pongo música a ninguna canción de Charleston. La única que me sé un poco es *El Relicario* de Raquel Meller. ¿La conoces?

—No, pero prefiero algo de Josephine Baker —sugirió él.

—De *Temps en temps*. ¿Te sabes la letra?

—Sí, cómo no. La he escuchado en directo en un teatro de París.

—Allá voy:

Ne me dis pas que tu m'adores
Embrasse-moi de temps en temps
Un mot d'amour c'est incolore
Mais un baiser c'est éloquent
Ne me fais pas de longs poèmes
Ne parle pas de tes émois
Pour me prouver combien tu m'aimes
De temps en temps embrasse-moi

Dans tes bras quand ma vie se case
Monsieur me quitte
Tu dois m'indemniser
Il faut bien que je fasse provision de baisers

Quatre jours c'est bien long
Sois prudent chéri et surtout rappelle-toi
Si tu m'écris
Ne me dis pas que tu m'adores
Mais pense à moi de temps en temps
Car bien des fois le cœur ignore
Ce que la main écrit souvent
Ne jure pas d'être fidèle
Je veux le croire malgré toi
Mais si les filles là-bas sont belles
De temps en temps, dis, pense à moi

di-di di da-da li-li la-la

Ne laisse pas mourir nos rêves
De temps en temps rappelle-toi

Ingeborg llevaba un vestido largo, de un verde pálido con estampados de aves, y sus botas de caña ancha. Zaray había improvisado un recogido austero para paliar el fuego del desierto, y lo cubría con un pañuelo anaranjado. Ambos delinearon sus ojos de un polvo muy fino, de color negro, como los usaban los bereberes hace miles de años para protegerse del sol, del polvo, de la arena, de las infecciones y de las bacterias. Se lo conocía como colirio natural o del desierto por las propiedades desinfectantes y protectoras que poseía.

Tras unos doscientos kilómetros, en mitad de un aislado poblacho, Ahmad detuvo el automóvil y saludó efusivamente a un guía beduino. Se adentraron en uno de los desiertos menos conocidos del mundo

árabe, paseando entre campos desérticos y paisajes ondulados de estepa. De camino, pararon a descansar y tomaron un té en las tiendas de los orgullosos y hospitalarios beduinos.

Continuaron la travesía hacia los castillos olvidados de los romanos y los omeyas. Las ruinas de Palmira se encontraban en el corazón del desierto sirio. Sobre la ciudad de ésta se encontraba el castillo Qalah ibn Maan, que databa del S.XVI.

—Es como si a Roma se la hubiera comido el desierto y surgiera hecha pedazos en el corazón de Siria, en su aridez más extrema —dijo la joven, asombrada.

—Palmira fue, al principio, una ciudad de comerciantes en medio del desierto, que abría a las culturas del Mediterráneo, una puerta hacia Asia. Pero se convirtió en capital de un imperio. Los romanos conquistaron el resto de la actual Siria, la ciudad de Palmira no dejó de ser independiente. Cuando la visitó el emperador Adriano, regresando de Persia en el año 129, comprobó que era tan fuerte y distinta aquí la visión de las estrellas que decidió dedicar toda una noche a observarlas.

Las reliquias de la Palmira romana fueron uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del mundo, y el hecho de haberse quedado enterradas bajo cuatro metros de arena en mitad del desierto había permitido que llegaran a nosotros en un excelente estado de conservación.

En el 41 a.C. los habitantes de Palmira huyeron de las tropas de Marco Antonio al otro lado del Éufrates. En el siglo I, Siria se convirtió en provincia romana y la ciudad prosperó con el comercio de caravanas, gracias a estar situada en la ruta de la seda. Palmira tuvo como reina a Zenobia, una figura tan importante como Cleopatra.

Aquella tarde de finales de agosto, el valle parecía estar reservado solo para ellos. Descendiendo desde el castillo hacia las ruinas de Palmira a la hora del ocaso, ante derrumbados enormes capiteles, sentados frente a colosales columnas, contemplaban uno de los atardeceres más espectaculares del Oriente Medio.

—Me parece todo un sueño estar aquí. Me acuerdo tanto de las clases de historia clásica, cuando nos hablaban del rio Éufrates y Tigris y la antigua Mesopotamia.

—Yo era buen alumno de historia, de inmediato le encontraba el gancho al guión.

Una lujosa *jaima* digna de la realeza les esperaba a una hora de camino. El séquito se había encargado de preparar el campamento de lujo en el corazón de las bellas dunas.

La entrada de la *jaima* estaba decorada con alfombras y lámparas de aceite. El interior, ornamentado con artesanías bereberes de materiales tradicionales y amueblados con moderno equipamiento de

colchones e iluminación. A lo lejos se oían instrumentos de percusión acompañando la velada.

El apetito se apoderó de sus cuerpos extasiados de una inolvidable jornada, ambos disfrutaron de una suculenta comida local.

—Esta mañana estuve unas horas en la oficina firmando algunos documentos importantes y revisando la correspondencia. Me han llegado algunos periódicos americanos e ingleses. Vi la noticia del accidente aéreo en el que viajaba Gardel con tu marido y hermano. Las causas del accidente no han sido establecidas con claridad. Ambas empresas aeronáuticas mantienen una dura competencia, detrás de la cual se encuentran los intereses estratégico-militares de los Estados Unidos y Alemania. Tan pronto como sucedió el accidente, cada una de las empresas se apresuró a atribuirle a la otra la responsabilidad. El propio presidente de Colombia culpó con dureza a la empresa alemana. La justicia, por su parte, ha decidido que las causas del accidente se debieron a las características de la pista y a un fuerte viento proveniente del sudeste.

— ¿No hubo supervivientes?

—No, al menos, la prensa no los menciona.

— ¿Y de Alemania? ¿Hablaba el periódico de la situación en Alemania?

—Nada relevante. Solo hablaba del campeonato mundial de futbol.

Todavía no había aprendido a decir adiós. Quizás no había sabido despedirse. No acostumbraba a llorar, de nada servían las lágrimas. Pero dudaba si había sabido decir adiós a un marido al que ni siquiera había aprendido a amar. Adiós a una familia con la que compartía sangre, religión y raíces. Y adiós a una tierra que renegaba de ella por su condición religiosa. Siempre había alguien más fuerte que lo destruyera. Intentaba disfrazar sus momentos de incertidumbre y preocupación. Con Ahmad, solo había presente, un presente intenso que saborear.

Tras una agradable cena acompañada de un exquisito vino, las palabras empezaban a ser más osadas y, con ellas, las ideas más lujuriosas. Ahmad no podía controlar más sus deseos, lo demostraba con largos momentos de silencios intimidatorios y llenos de ansias, y, como por la boca muere el pez, se arriesgó a confesar sus fantasías.

—Te estoy imaginando haciéndome el amor y me estoy volviendo loco de deseo… —dijo, mientras la miraba de soslayo al bordear con su anular la copa de vino.

—Eso quiere decir que… ¿quisieras que fuera yo quien te hiciera el amor?

—No, solo imaginaba que te gustaría ser tú la persona que lleve las riendas en el sexo. Te imagino con tu pelo platino alborotado, moviéndote sobre mí como una amazona, con tus senos deslizándose,

gritando de placer, acercando tus labios a mi boca.

Ingeborg mostraba intimidación y pudor en su rostro.

Ahmad entonces destapó la parte superior de la *jaima*. Y tumbó a Ingeborg en la cama.

—Mira este techo. Lo he comprado para ti. Este oscuro cielo plagado de estrellas. Seguro que jamás en tu vida llegaste a ver tantas.

—Parece que el firmamento nos quisiera engullir. ¿Has visto nuestra preciosa luna llena? Es toda una experiencia mística.

Ingeborg le contemplaba en silencio. Todo era más fácil de lo que generalmente el cortejo de los hombres acostumbraba a ser.

Ahmad desvistió minuciosamente a Ingeborg, posteriormente la acarició y besó ferozmente, posó la mano sobre su seno izquierdo como deseando medirlo, bordeó con sus yemas algunos pliegues de su interior y empezó a poseerla sin medida.

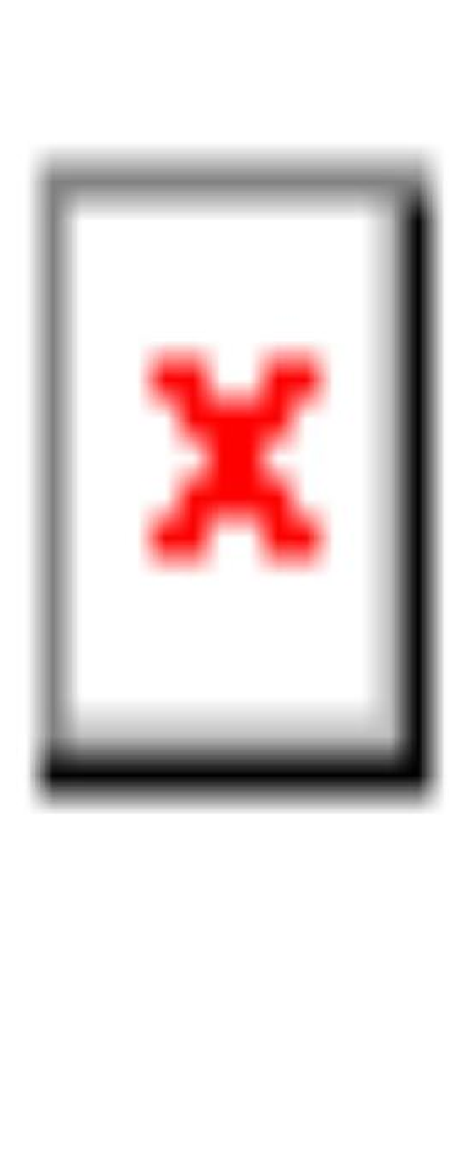
—Tesoro, poseámonos a la luz de las estrellas, dejemos que los destellos de los cometas caigan sobre nuestra piel mientras nos fundimos en uno solo.

Ingeborg cayó fulminada en los brazos de Morfeo, tras haberse entregado al dulce y encantador Ahmad.

El sol penetraba tras la lona; al despertar e inclinar el cuello a ambos lados, encontró sentado a su infatigable guardián. Quiso creer que llevaba escasos minutos, no le interesaba que fuera testigo de la actividad de sus sueños.

—Buenos días, mi dulce musa —dijo inclinándose hacia ella—. Haces que mi corazón galope como un purasangre.

Y de nuevo entregó su cuerpo al de ella.



1.El legado de Simona

Simona Himelbaum

Como intuía Simona, todos los bienes de Ingeborg Himelbaum habían pasado a pertenecer a Agatha Levy y, tras su defunción, pasarían a pertenecer única y exclusivamente a Simona Himelbaum. No hacía mención alguna de su hija biológica, pero sí de la hija de ésta, algo que la joven ya intuía que sucedería. Imaginaba que su madre debió hacer algo terriblemente inhumano, carente de sentido para que su madre, la abuela, la fulminase así de su vida. Algo mucho más difícil de digerir que abandonar a su pequeña en un tiovivo. O quizás no. Quizás la abuela nunca fuera capaz de perdonar aquel acto tan cruel y gélido. Ella nunca lo hubiera hecho. La abuela era muy buena mujer. Demasiado confiada con la gente y generosa con quien más lo necesitaba.

Los bienes eran dos propiedades. La casa ubicada en Los Hamptons, único hogar familiar de Simona, y algo que dejó a la heredera estupefacta: una propiedad en una población costera de España, concretamente en Sitges, Catalunya. La escritura describía el inmueble como una casa colonial construida por los llamados indianos que volvieron de América a principios de siglo XIX. La casa se encontraba en una amplia parcela de 1.000 m2. El albacea destacaba la ubicación de la magnífica casa en pleno paseo marítimo, en el casco antiguo de Sitges. Nunca antes le habían hablado de esta casa. De hecho era la primera vez en su vida que escuchaba el nombre de aquella población.

Simona deseaba encontrarse con Ellis para darle la gran noticia. Pero este también traía sorpresas bajo su brazo.

—He hecho copia de todo lo que he encontrado en la biblioteca sobre Ingeborg Himelbaum. Fue una virtuosa cantante de ópera. Huyó con su familia a Colombia antes del estallido nazi. Actuó en muchos teatros del mundo. En uno de los periódicos rescatados he conseguido una fotografía suya.

—Déjame verla.

—Déjame primero terminar. En el artículo en el que aparece su fotografía hablan de su muerte. Fue brutalmente asesinada en su vestidor tras finalizar la obra.

— ¿Y dónde fue? —preguntó.

La voz de Ellis era algo ahogada. Su corazón galopaba sobre su cuello, nervioso por los acontecimientos.

—En Barcelona, en la primavera de 1956.

—Ese es el año en el que me ingresaron en el orfanato.

—Cariño, nos estamos acercando. ¿Quieres que sigamos con las sesiones de hipnosis?

—No. Creo que ha llegado la hora de palpar con mis manos el pasado. Siento que estoy poseída por el pasado de mi familia. Por sus errores. Y me cuesta encontrar el camino. Mi experiencia como psiquiatra me dice que la psicogenealogía es un lenguaje de precisión matemática, pasa de una generación a otra. Debo desatar todos los nudos para poder lograr liberarme. Mañana pediré unos días de permiso en el hospital. En cuanto pueda, tomaré el primer vuelo a Barcelona.

Tras la defunción de su abuela, la doctora Himelbaum todavía no se había incorporado. Desde su ruptura con Uriel, no soportaba permanecer en dicho recinto. Temía encontrárselo de improviso en cualquier esquina. No soportaba su mirada de víctima, sus ojos siempre decían lo que otros compañeros de confianza habían escuchado de él: soy un desgraciado por culpa de esa zorra. Esa mujer que dice ser psiquiatra está loca. Deberían retirarle la licencia. Desde que salía con Ellis, la situación empeoraba. En ese caso el victimismo de Uriel se acentuaba. La doctora Himelbaum no lo comentaba con el doctor Herzog, por miedo de crear un conflicto en el hospital que fuera la comidilla de todos. La mejor opción sería solicitar un traslado. Sería sano incluso para lograr una mejor relación con Ellis. Sí. Hablaría con el director del hospital y le plantearía el caso con realismo, de modo que pudiera tramitar el traslado cuanto antes.

—Hola, Simona. Me alegra verte de nuevo por el hospital —la saludó una enfermera que trabajaba en la planta donde se encontraba su abuela.

—Hola, Felicity. Bueno, vengo para pedir un mes más de permiso. No me siento todavía preparada para atender pacientes.

—Entiendo. Quería comentarte algo. ¿Recuerdas que yo estuve asistiendo a tu abuela en sus últimas horas de vida?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo, Felicity.

—La noche que falleció tu abuela quería decirnos algo antes de que tú entraras. Decía un nombre. Le costaba mucho de pronunciar pero lo consiguió, no me arriesgaría si no lo hubiese oído con claridad. Dijo Ingeborg. No sé si hay algún pariente tuyo llamado así. Es un nombre poco común. Después entraste tú y yo salí de la habitación. Estaba en sus últimos momentos. Intuí que fueron sus últimas palabras y pensé que sería importante que lo supieras.

—Gracias, Felicity. Creo que sí, creo que me va a ayudar.

—Cuídate mucho, Simona. En este hospital, todos te queremos y respetamos.

—Gracias de nuevo, Felicity.

Entre el silencio y vigilia del avión, afloraban los recuerdos con Ellis. Aquella ilusión por formar un hogar y solidificar un futuro eternamente juntos le despertaba congoja y tristeza. Quizás formaba parte del luto. Un luto unido a un recuerdo, una ilusión, un proyecto. Un luto por Manhattan, por el barrio de Brooklyn, donde compartía apartamento con Uriel, por la abuela más maravillosa del mundo que quizás ahora, desde lo alto, compartía un mismo cielo.

En su retina mantenía el rostro de Ellis saludándola con la mano mientras embarcaba. Con cuatro meses de relación, ya habían coleccionado muchísimos encuentros y despedidas en aquel aeropuerto. Quizás ese sería su sino. "Tengo la intuición de que vas a descubrir en ella a un personaje muy interesante", había comentado Ellis con optimismo. Sin embargo su intuición le decía que aquella mujer, de la cual intuía desde hacía unos días podía ser su madre biológica, había tenido una vida dura y muy fallida.

2.Escenarios de Oriente

Ingeborg Himelbaum.

Recuperada tras los días de asueto, la compañía reinició la actividad en El Cairo. De nuevo se trasladaban en aeroplano, las distancias eran demasiado largas como para recrearse en automóvil.

Una vez hospedados en El Cairo, Ingeborg pudo hacerse con diferentes periódicos y averiguar qué sucedía en su país. Las noticias no eran nada conciliadoras. Hacía quince días que se habían promulgado las leyes de Núremberg, leyes de carácter racista y antisemita, cuyo objetivo central era evitar mezclas raciales judías con el pueblo alemán. Las leyes definían como judío incluso a aquellos judíos que hubieran abrazado la religión del cristianismo por conversión.

—¡Al cuerno con todos los nazis! ¡Me parece una vergüenza! ¡Que en mi propio país seamos considerados unos *untermensch** —Exclamó Inge, llena de rabia—. Ahmad, necesito que rescates a mis padres de esta pesadilla.

—No te preocupes, tesoro, ya he realizado mis gestiones para localizarles. Ten paciencia, por favor.

—Pero, ¿qué demonios hemos hecho? ¡No hemos cometido ningún mal! Esto parece una pesadilla. Qué va a ser de mi patria… Me he quedado sin raíces. Hemos perdido a nuestra patria —decía la bella alemana, inquieta, llenando su corazón de nostalgia.

—Lo lamento, pero la situación es nefasta. Como decía mi viejo amigo Sir Lawrence de Arabia, “los rebeldes, y especialmente los rebeldes victoriosos, suelen ser malos súbditos y peores gobernantes”.

En El Cairo siguieron representando la misma obra que en Estambul: *Aida*. Un papel exótico e intenso en el que se representaba a una princesa etíope. En esta ocasión, se rememoraba su estreno en la misma ciudad, cuando en 1869 la ópera de El Cairo abrió sus puertas. Rigoletto y el arqueólogo Auguste Mariette convencieron al gobernador de Egipto para que encargara una ópera egipcia a Verdi. De este modo, Mariette inventó la historia conocida como *Aida*.

Los vestidos, con aires egipcios, tenían un valor histórico incalculable. Los responsables de sastrería no perdieron un solo detalle. Venían confeccionados en talleres especializados de Milán; lo

más destacable era la elección de los tejidos —lujosos plisados en su mayoría— y los materiales con profusión de dorados y complementos llenos de matices y texturas.

Se hizo una exacta réplica de la corona que Auguste Mariette creó para Amneris, en oro y en plata. También se reprodujo la espada de Radamés.

A finales de año, la concertista actuaba como Violetta Valèry en *La Traviata* en Le Théâtre Royal de Marrakech. Lucía el hermoso vestido blanco que tanto caracterizaba al personaje de Violetta. Y como siempre, el momento más hermoso, donde todos se lucieron y divirtieron, además de mantener el equilibrio, fue en el primer acto, el brindis eterno. Era de vital importancia la coordinación de los actores que estaban detrás de la escena.

Su voz había madurado, estaba soberbia, también ayudaba la gran complicidad que en el escenario fluía con Alfredo, un nuevo tenor que acababa de unirse a la compañía. Para Ahmad era todo un acierto, pero no podía evitar tener unos celos incontrolables por ello.

Zaray y la joven habían creado un vínculo especial. Ahora la sirvienta del jeque trabajaba a las órdenes de su productora. Sus dotes como costurera y manos de curandera hacían que se sintiera protegida y mimada entre bambalinas. Al ser la mujer más adulta, los compañeros italianos de reparto la llamaban coloquialmente la mamma.

Esa noche cenaban en una terraza de Marrakech, con comida autóctona, rodeados de vegetación y música de folclore. Ingeborg se había acostumbrado tanto a aquel sonido de crótalos, tambores y flautas, que ya casi ni lo percibía.

Las noches después de debutar, en las que se citaba con su amado, la joven solista no necesitaba ocuparse de su vestimenta. Alguien, mientras ella actuaba, se ocupaba de dejar en su dormitorio la prenda de vestir pertinente, que algún otro, en nombre del poderoso jeque, había elegido para ella. La joven solista sonreía excitada al ver los exquisitos diseños con olor a taller parisino —incluidos zapatos y lencería—. Si Ahmad se molestaba en tomar su avión privado para comprar unos tulipanes en Holanda, ¿por qué no iba a concederle a su amante vestir como una verdadera dama?

Lucía un precioso vestido largo, de seda gris moderna y atemporal diseñado por Madame Grès. Era un vestido soberbio, carente de costuras, de líneas depuradas y volúmenes muy elaborados. Parecía una estatua salida de un museo clásico. Madame Gres modelaba las telas como si se tratara de piedra, esculpiéndolas, convirtiendo a la mujer en una diosa griega. Llevaba el cabello recogido en un moño alto mostrando su bonito cuello. Una cinta de *strass* cernía su coronilla. También estrenaba unas sandalias de tiras de ante rojo y

suela con plataforma de madera labrada.

Ahmad, como siempre, vestía elegante, importando las tendencias americanas, calzaba unos *spectators*, zapatos bicolores, que constituían un símbolo de identificación social, muy típicos en los músicos de Jazz. Su barba, perfectamente recortada, delineaba sus carnosos y rosados labios.

—Esta tarde hemos tenido un público entregado.

—Sí, lo he percibido. También ayudaba la conexión de Violetta con Alfredo. Conocí a Ariel en mis primeros conciertos de Sudamérica. Es uno de los grandes.

—Oh *habibi*, no me hables de ello. Me irrita.

— Ahmad, ¿estás celoso del nuevo tenor?

—Solo un poco.

—Eso me gusta, significa que soy algo tuyo. Me gusta sentir que te pertenezco.

—*Habibi,* ¿todavía no te ha quedado claro que me perteneces? ¿Qué debo hacer entonces?

—Amarme, mirarme con esos ojos hambrientos que me desarman.

—Hoy tengo una sorpresa para ti.

—Me fascinan tus sorpresas.

—Esta creo que es de las mejores. Pero primero bebe, este champán está delicioso, brindemos por el futuro.

La joven obedeció, dando pequeños sorbos a su copa. Mientras, sus ojos no perdían de vista a su apuesto e idolatrado jefe.

—Hemos localizado a tus padres. Están vivos.

—¿Cómo? —dijo sobresaltada la joven.

—Bueno, tu madre está algo débil. Tiene una fuerte neumonía. Tu padre se encuentra bien, algo abatido y devastado. Ha sido una tortura lo que han vivido, pero se recuperarán.

—¿Dónde están?

—En un hospital de campaña en Winterthur, Suiza. Cuando mejore tu madre, decidiremos nuevo destino. Pero de momento están a salvo de las garras de esos nazis.

—Ahmad, eres mi héroe —dijo ella con voz temblorosa, sin poder controlar el llanto.

El apuesto jeque se posó junto a su lado y la abrazó fuertemente.

—Lo que sea porque mi musa cree emoción y magia en el escenario y en mi lecho —respondió él, tomándola con sus grandes y hermosas manos.

—¿Y dónde les refugiarás cuando se recuperen?

—Donde la compañía se dirige finalizado el contrato con el teatro de Marrakech. Os traslado a todos a Nueva York. No es nada seguro teneros pululando por Europa. El gobierno alemán ha impedido la participación de judíos en las competiciones deportivas y, además, han

prohibido tener judíos dentro de su plantilla de personal contratado. En España las cosas no huelen bien. En general, me gusta velar por la seguridad de mi gente, pues también es la mía. De este modo, concentraremos nuestras actuaciones en América, hasta que todo se aquiete.

El campamento base de Ahmad no era Siria, ni ningún otro país árabe. Su residencia más estable estaba en Reino Unido, donde estudiaban sus hijos. Cambridge y Oxford eran los destinos más habituales para la formación académica de sus dos retoños, los cuales combinaban con la formación militar en la Mons Officer Cadet School. Su primogénito y heredero, Rashid, se había licenciado en economía en Oxford, y su segundo hijo, Nabil, era un consumado jinete, que se entrenaba para participar en los juegos olímpicos. Ambos habían heredado la pasión equina de su padre.

La familia Al Futtain poseía un campo de golf propio en Escocia, un palacio cerca de Richmond, una mansión cerca de Lake District y un palacete en Belgrave Road, Londres.

Ahmad acostumbraba a salir a cazar por los parajes de la isla británica, pero también era un aficionado a la cacería de animales salvajes. Anualmente realizaba varias incursiones a la selva para matar leones, venados, cocodrilos. Y estaba gustoso después de exhibir los cuerpos disecados en sus palacios.

3.Nueva York. Año nuevo 1950

Estados Unidos se había unido pronto a la ópera, gracias a su vasta población de inmigrantes europeos. Durante la Segunda Guerra Mundial, el gran *Orpernhaus* de Viena fue atacado y cerrado. Todos los teatros de ópera de Alemania habían sido bombardeados. Curiosamente, este era el país que contaba con más templos para dicha lírica. El Royal Opera House, de Convent Garden, se usaba como salón de baile y el teatro Sadler´s Wells, como refugio de indigentes.

Se iniciaba una década de resurgimiento del *bel canto* de Rossini, Bellini y Donizetti. Los solistas se preparaban para obras de melodías intensas, donde había que aguantar frases largas y alcanzar notas muy altas. Una de las obras que más gustaban de este subgénero, por ser la más cómica y de veloces actos, era *El barbero de Sevilla*.

Ingeborg y Samuel observaban desde el televisor la escena de todos los años. En Time Square todo estaba en orden para que millones de ojos de todo el mundo quedaran concentrados en aquella brillante pelota fabricada por la lujosa firma de cristales Waterford. A las 23:59, empezaría a descender mientras millones de voces al unísono iniciaban la cuenta atrás, festejando así el inicio de un año nuevo, lleno de esperanzas, retos, cambios y sueños.

—Luce mucho más romántico verlo por el televisor. La experiencia real no es tan idílica como parece; hay que asistir muy temprano para ubicarte en un buen sitio y te pasas el tiempo aguantando apretujones —comentaba la joven a su querido padre.

Comenzaba un nuevo año. Un año que en el futuro recordarían por un duro invierno que batió records, de hecho, se registraron menos 14ºC, un frío tan extremo que causó problemas en las vías de los trenes. Un año en el que por vez primera se pudo inmortalizar a los NY Watertaxi funcionando lentamente por el hielo formado en el río Hudson y el río Este.

Ingeborg, enferma de nostalgia, solo podía pensar en los años de atrás. Era como si hubieran pasado sin darse cuenta. Más de una década había transcurrido desde aquellos dulces y amargos tiempos llenos de censura, miedo, abatimiento y escasez.

Trataba de ordenar en su mente los más bellos recuerdos y a su

cabeza emergía aquella gloriosa tarde de primavera de 1936 en el Metropolitan de New York.

Entre bastidores, moldeaba sus cuerdas vocales como si estuviera jugando con la cuerda de un tirachinas, consiguiendo así que estas comenzaran a irrigarse de más sangre. Se sentía impaciente, deseaba salir al escenario y comenzar en aquel gran teatro. No solo por su estética o por su acústica, ni por cuánto intimidaban a los solistas los 3.800 asientos. Su impaciencia tampoco se justificaba porque, después de varios años de interpretación, por fin se había atrevido con la ópera de Mozart, *La flauta mágica*. Esa tarde había un espectador muy especial, un superviviente, un luchador, un hombre inexpugnable a quien le debía la vida. Samuel, su padre, se encontraba en primera fila y su *Reina de la Noche*, engalanada con aquel vaporoso y encolado vestido azul eléctrico y aquella regia corona de veinte centímetros de altura, le miraba a los ojos desde el escenario, entregada en cuerpo y alma a él. Su trabajo fue tan impecable que el público, sometido por la escena, se puso de pie, pidiendo un bis en medio de su primera función. Pocos sabían el principal motivo de tanta dedicación en el escenario.

Hacía muchos años que no veía cantar a su pequeña que, si no recordaba mal en aquel momento debía tener ya veintisiete años. Su voz había cambiado. Se le hacía más fácil cantar. Percibía en ella que escenas más difíciles en otra época ahora resultaban naturales. Inge unía baile, canto e interpretación con sintonía y emoción.

Tras aquel recuerdo, difícil era no olvidar la situación vivida tras cerrar el telón e ir a su encuentro en el vestidor. En los ojos de Samuel se vislumbraba un intenso sufrimiento que le diezmaría por siempre, pero esos ojos decían mucho más.

No fue esa noche el día electo para que esos ojos expulsaran la decepción y molestia. El encuentro milagroso, después de llegar a temer que no volverían a ver jamás, lo importunaba. Inge notaba a su padre diferente. Sabía que había algo más. Algo más allá del dolor de que su madre Sarah muriera en sus brazos con un rostro irreconocible. La hambruna y la neumonía le habían dejado una cara demacrada en la que solo había sitio para unas profundas cuencas en los ojos y unos flácidos carrillos que apuntaban a un vacío en su mandíbula (celebraba que su hija la recordara bella y con un cutis sedoso), un dolor que atravesaba la inquietud eterna de no tener una tumba donde llorar el cuerpo de un hijo convertido en amasijo de cenizas. Un dolor más allá de la humillación por ser judío, en aquella ciudad de adopción donde vio a sus hijos crecer. Inge sabía que su padre un día arrojaría esa pena. Y no era nada de lo que cualquier conocedor de su historia pudiera deducir.

Años después, ya asentados en su apartamento de Queens, Inge

repasaba sus cabellos y colocaba los tres indispensables accesorios para salir a la calle: guantes, sombrero y bolso. Estrenaba un vestido color rosa palo de Christian Dior, de talle ceñido con falda amplia, larga y ahuecada, con enaguas y escote en forma de uve.

Ahmad la esperaba en un Dodge Coronet Limusina color negro, iban al cinematógrafo, al estreno de *Ana Karenina*. Canturreando una melodía sin letra, perdía la atención de su entorno. Una mirada turbia la enmudeció. Con inquietud, miró a Samuel.

—Padre, ¿qué pasa? ¿Por qué me mira así?

En su mirada se escondía una fuerte bofetada silenciosa. Un grito sin sonido y un dolor que al final salió en su defensa.

—Nunca pensé que mi hija tuviera tanta frivolidad. Has priorizado el dinero y el poder por encima de tu religión, educación y moralidad.

—Padre, ¿de qué me habla?

—Bien lo sabes, no me hagas hablar más claro.

—Padre, le pido que me hable más claro porque no le entiendo

La joven dejó su bolso negro de asa corta y sus guantes del mismo color sobre la cómoda, donde acababa de calarse un favorecedor sombrero, y se acercó con paciencia y ternura hacia él. Era fácil atisbar un ligero temblor en sus manos y en sus labios al hablar. Olfateaba este momento y lo temía, pero debía extirparlo del alma de su padre.

—Inge, has recibido una educación de clase media exquisita. ¿De qué modo recibiste el luto de un marido? ¿Cantando? ¡Retozando con un multimillonario! ¡Un musulmán! ¡Almibaraste tu luto! Has permitido ser su presa, su meretriz vestida de sultana aria. ¿No te das cuenta de que eres una más en el harén? ¿Cómo demonios se te ocurrió meterte en ese mundo? ¿No ves que tú ahí eres como un *edelweiss* en el desierto?

—Padre, ¡no siga porque me acuchilla con sus palabras! —dijo sollozando—. ¡No puedo lamentar nada! ¡Lloré a mi marido y hermano en el escenario! ¡Le dediqué todos los actos y escenas! ¡Brindé los aplausos del público a mis padres, a quien ya creía muertos! ¿Qué quería que hiciera? ¿Volver a Múnich y dejar que me encerraran y torturaran los nazis? ¿Morir por la causa? ¿O dejar la gira e irme a Medellín a llorarle un puñado de cenizas?

—Sí, hija, eso hubiera sido lo más correcto. Volver a Colombia. El trabajo hubiera vuelto a ti, eres una de las mejores. De eso no deberías haber temido. Hubieras tenido una vida más estable.

— ¿Y qué hubiera pasado con vosotros, padre? ¡Hubierais muerto torturados! ¿Qué conciencia me hubiera quedado a mí?

—Eso qué importa. Tenías que haber pensado más en ti.

—No, padre, no me hable de moral, ni de lo que debía hacer. Porque duele. ¡Duele tanto como le duele a usted! Es cierto que me

dejé llevar por el lujo y el poder de Ahmad. Pero también vi en él a alguien que os podía rescatar. Suena mal pero el dinero y el poder mueve el mundo. No olvide, padre, que él nos protegió y nos salvó la vida.

—Hija, y tú encárgate de recordar que de la misma manera que nos salvó la vida, será capaz un día de arrebatárnosla.

Ingeborg permaneció impávida. Sus ojos retuvieron las lágrimas y permanecieron abiertos y paralizados durante cinco segundos mientras absorbía la sentenciadora frase de su padre. Dio un giro de noventa grados, tomó su bolsito y sus guantes del tocador y salió de un portazo en dirección a cualquier lugar. Había incluso olvidado a dónde se dirigía cuando decidió salir de casa. Las palabras de Samuel fueron una verdadera bofetada y su alma se sentiría magullada por un tiempo. Pero lo que más dolió fue el saber que las palabras de Samuel, el astrólogo, eran siempre contundentes, absolutas y reveladoras. Deseó de corazón que, esta vez, el amor fraternal confundiera sus intuiciones, porque Inge amaba infinitamente a Ahmad.

Durante aquellas primeras horas del año, el sonido de la televisión la sacó de su melancolía. Emitían en el televisor la película británica *The Red Shoes*; su padre le había sugerido verla juntos, pero Ingeborg no se sentía bien. Las clásicas molestias de un embarazo y las consecuentes preocupaciones por éste enturbiaban aquella noche de Año Nuevo. Todavía no se podía creer que esperaba un hijo de Ahmad. Ese mismo año cumpliría cuarenta y un años. Durante catorce años habían sido amantes. Cierto es que se veían de tarde en tarde y que, con los años, cada vez se hacía menos evidente la opción de darle un hijo, algo que ella descartó desde el principio, pues si no sucedió durante el tiempo en que estuvo casada y encontrándose en la cumbre de la fertilidad de una mujer, supuso que Dios no le había otorgado el don de la procreación. Si todo salía como el doctor Hoffman había planeado, el bebé vendría al mundo a mediados de agosto.

El rostro de Samuel, cuando supo la noticia, fue el de un semblante similar al de aquella tarde de reproches. Para Ingeborg, era un hecho consolidado que era la mayor decepción de su padre, a pesar de haberle salvado de las garras de la muerte, así que, ¡ya era tarde! Nada repararía su reputación o buen hacer.

Ahmad era el que mejor había reaccionado ante la noticia. Estaba entusiasmado. Contaba ya con cincuenta años y se jactaba de seguir reproduciendo su especie, además de que amaba profundamente a su belleza germana y festejaba la idea de compartir algo suyo. Deseaba con fervor que naciera una hembra. Desde que supo la noticia, los mimos y atenciones hacía la concertista habían aumentado exponencialmente, e incluso le había regalado una hermosa casa en

España, al borde de un trocito del Mediterráneo, donde quería que, cuanto antes, se trasladara a vivir como residencia principal.

4.Sameera, un ejemplo de elegancia e inteligencia

La princesa Sameera, única esposa del jeque Ahmad, era una emblemática y admirada dama en la sociedad inglesa. Su residencia estaba ubicada en Grosvenor Crescent, en el barrio de Belgravia.

Era un estandarte en la moda, pues todas las revistas la definían como sinónimo de elegancia y referente de nuevas tendencias. No se perdía un solo desfile y se declaraba admiradora del refinamiento francés y del apasionamiento español de Cristóbal Balenciaga.

Gran anfitriona en las fiestas de la alta sociedad, estrechaba lazos con los diferentes miembros de la realeza europea. Ávida lectora, no solo idolatraba a los célebres autores del momento sino que les financiaba en el caso de que fuera necesario.

Contaba entre sus amigos más cercanos con amantes de la literatura como Ernest Miller Hemingway, del séptimo arte amigas como Joan Fontaine, protagonista de la película *Rebeca* y musa del célebre Alfred Hitchcock, y en un reportaje para una revista del corazón había declarado, tras la inesperada muerte de Virginia Woolf, que había perdido a una verdadera hermana.

Como mujer apasionada por el arte, era por todos conocida su afición de ir a las subastas organizadas por Sotheby´s. Se decía que fue ella quien adquirió el cuadro *Dama con abanico* de Francisco de Goya por 1.400 libras esterlinas.

La cultura y el ocio eran de magna importancia en su día a día, por eso siempre que la compañía de su esposo actuaba en el Royal Opera House se dejaba ver en palcos preferentes. Disfrutaba viendo cantar a la virtuosa Ingeborg Himelbaum, pero los celos la descolocaban. Detestaba saber que su marido amaba a aquella judía por encima de todo lo que poseía. Aunque no gozaba del título de esposa y la relación durante más de diez años era discretamente clandestina, Sameera detestaba ese amor pasional y arrollador que les envolvía.

Supo del embarazo de la cantante a través de Ahmad. Este lo comentó con naturalidad delante de íntimos amigos, al comienzo de una reunión en su residencia, donde acostumbraban a jugar al ajedrez y fumar excelentes habanos, mientras las mujeres recibían desfiles privados de virtuosos diseñadores franceses. Delante de todos,

alardeaba que le había pedido a Alá que, de una vez por todas, le diera una hembra, pues ya tenía ambiciosos y poderosos planes para su futura princesa, a la cual deseaba llamar Zenobia. Sin reservas, adujo que le había regalado a la solista una bonita casa colonial en el Mediterráneo catalán, donde deseaba que se instalaran antes de primavera.

Desde entonces Sameera no tuvo duda de que era cuestión de tener paciencia. Ella misma se encargaría de borrar las huellas de esa mujer y ese vástago del destino de su amado esposo. Y pensaba ser muy desalmada en sus acciones en el caso de que ese bastardo fuera una niña.

Ahmad hacía acopio del mito de los marineros, teniendo una dama esperándole en cada puerto. Tenía dos vidas paralelas. Con Sameera, era un hombre tradicional, con quien compartía amigos, estatus y negocios. Su monotonía consistía en paseos a caballo, salidas de caza por la campiña inglesa, recepciones, fiestas o diversos cónclaves familiares en sus palacios de mil y una noches en el corazón de oriente.

Con Ingeborg, todo era como un eterno noviazgo del que nunca se hastiaba. Con ella, los días eran como una brisa fresca de la campiña francesa en primavera. Su virilidad era un portento. Ambos deseaban yacer juntos amándose eternamente. Disfrutaba poseyéndola. Algunas veces, los encuentros eran únicamente deseo y amor a quemarropa, como si no hubiera un mañana. Las estancias en Nueva York pasaban tan rápidas como un cometa y siempre eran la excusa perfecta para asistir a estrenos de cinematógrafo o teatro, como en el estreno de la obra teatral *Un tranvía llamado deseo* en Broadway, protagonizada por el joven Marlon Brando. Volvía a sus quehaceres regenerado y pensando cuándo sería el siguiente encuentro con su musa. Se llevaba con él su olor. En su silencio y aislamiento, Ahmad simulaba rezar a su profeta, pero simplemente rememoraba el olor de su amada. Aquellas notas que, a pesar de haber enfrascado, olían mejor en sus labios y mucosas.

5.Bienvenidos a Sitges

Mientras Ahmad y Sameera disfrutaban de los deleites de la alta sociedad británica, Ingeborg y Samuel se instalaban en una hermosa casa en la pequeña localidad de la provincia de Barcelona, lugar denominado como el Saint Tropez de España por su belleza y también por ser el tercer municipio con los precios de inmuebles más caros de Europa.

La población se llamaba Sitges. Estaba rodeado por el Mediterráneo y por el macizo del Garraf, produciendo así una barrera natural que impedía la entrada de vientos fríos del norte. Esta situación privilegiada hacía posible que Sitges fuera una población que disfrutara de un microclima propio, con veranos e inviernos suaves. Era un pueblo tranquilo y sereno. Tenía todos los tópicos de un mundo pacífico. Las actividades primarias eran la ganadería y la industria. El turismo empezaba a ser un sector incipiente. Durante el verano, los vecinos salían con sus sillas a tomar el fresco. Era famoso y recién estrenado el rotulado de las calles a base de mosaicos de diversos colores y cuyo tema los artistas del municipio habían plasmado bellos dibujos al nombre y motivo alegórico de cada calle.

Siguiendo la arquitectura colonial, la construcción presentaba techos altos y simetría en la fachada y, al igual que el interior, estaba pintada en blanco, lo que proporcionaba luminosidad y sensación de amplitud. En la planta baja, se encontraban varios salones y el comedor, todos ellos conectados entre sí y con vistas al jardín.

—¡La casa está totalmente ajardinada y con piscina! —exclamaba Ingeborg desde el extremo opuesto al que se encontraba su padre.

— ¡Ven a ver el porche! Desde aquí se respira una brisa marina renovadora —comentaba Samuel.

—Pero lo mejor de esta casa deben ser las terrazas, seguramente podamos ver el mar y parte del pueblo.

En los dos pisos, a los que se accedía por la escalera, situada en el recibidor, se ubicaban los dormitorios y una buhardilla.

—Ahmad no da puntada sin hilo —afirmaba la joven, admirada desde la terraza apoyando sus brazos en la hermosa balconada y mirando el horizonte—. Aquí seremos muy felices, padre —dijo,

acariciando su incipiente barriga.

Junto a la familia, se planeaba instalar a dos personas dedicadas al servicio doméstico e intendencia. Una de ellas sería Zaray, la cual, tras cumplir los cincuenta, solicitaba a su patrón un domicilio más estable. Ahmad había observado cómo, durante todos estos años, se había creado un fuerte vínculo entre ambas mujeres, muy similar al de madre e hija, y entendió que dicha complicidad merecía un reconocimiento por su parte. El otro componente al servicio de la familia recién llegada sería el conductor del nuevo automóvil estacionado en la cochera del nuevo hogar: *un Pegaso Z-102*, un caballo alado, cuyas altísimas prestaciones y aplaudida estética sorprendían al público y a la crítica nacional y extranjera, un automóvil deportivo creado por la empresa española ENASA. Su producción estuvo muy limitada por el bloqueo de las exportaciones fuera de España y el precio desorbitado de *500.000* pesetas, en un país de posguerra.

Samuel, algo irritado, se declaró de inmediato conductor oficial de su familia. En su sencillez y humildad, no albergaba la idea de tener en plantilla a alguien que realizara las tareas encomendadas al hombre de la casa, como la de arreglar el jardín o pasear a su prole. ¿Qué demonios iba a hacer, si no?

A Ingeborg no le hizo mucha gracia aquel ostentoso regalo. Sus honorarios eran buenos, ella misma podría haberse comprado un automóvil con las mismas prestaciones pero algo más sencillo.

6.B’nai B’rith

Samuel Levy

Samuel, como muchos judíos de aquella época, se adaptaba al ambiente como un camaleón en la jungla. Ya en Nueva York, había formado parte de un grupo del *B’nai B’rith* (significa, en hebreo, “los hijos de la alianza”), una masonería exclusiva para hombres judíos que organizaba la liga antidifamación y luchaba contra el antisemitismo. “*Los hijos de la alianza*” era la organización judía más antigua y activa en el mundo. La finalidad principal era construir un sistema de apoyo a los emigrantes judíos que se enfrentaban a condiciones de vida difíciles. La primera acción concreta fue la creación de una póliza de seguridad asignada a los miembros. Las mujeres judías viudas recibían un dólar por día durante el resto de sus vidas, además de correr con los gastos del funeral. Los niños recibían becas de estudios para aprender un oficio.

Una vez trasladado a Cataluña, Samuel siguió con la labor de promover la vida judía, sus valores culturales, educativos, sociales y religiosos.

Era complicado hacer renacer la vida judía en aquellos tiempos de dictadura en los que el general Franco usaba a menudo en sus discursos el término contubernio judeo-masónico, refiriéndose a una supuesta coalición secreta entre judíos y masones, donde especulaba con teorías conspirativas que atribuían a la francmasonería y al judaísmo un papel protagonista en situación de influencia, alianza o subordinación. Era conveniente como “enemigo de reemplazo” en los casos en que la propaganda anticomunista podía ser contraproducente, consiguiendo así difamar y estigmatizar a la izquierda política y también justificar actuaciones antisemitas o persecuciones políticas.

No obstante, era de vital importancia la unión en aquellos años de calumnias contra una asociación de personas libres, que gozaban de un ganado prestigio en otras democracias del mundo.

Por la judería barcelonesa, casi todos eran judíos sefardíes, originarios de Sefarad, provenientes de Turquía, Bulgaria, Yugoslavia o Grecia.

Muchos naturales de Esmirna, segundo puerto de Turquía,

localizada junto la costa egea, llegaron a Barcelona a principios de los treinta. Gracias a un decreto de Primo de Rivera en 1929, con la intención de congraciarse con los judíos, todo judío sefardí podía pedir la nacionalidad española. Para ello, solo tenía que ir a ver al cónsul. Esta resolución salvó a muchos judíos búlgaros y griegos, los cuales emigraron a España, ya que no sufrieron en primera instancia la Segunda Guerra Mundial.

En 1948 se creó un comité, y en 1950 habían empezado las reuniones para construir una sinagoga en la calle Casanova. Se había adquirido un pequeño terreno, muy cerca de donde estaba la oficina de la Falange. Por ello habían hecho un trueque: cambiaron el domicilio de la calle Casanova por uno en la calle Avenir, donde en 1954 se había inaugurado la Comunidad Israelita de Barcelona aprovechando la celebración del *Rosh Hashaná**.

Curiosamente, celebraban oficios y *tefila** pero en las fachadas no podía haber ningún tipo de simbología judía. Esa era la condición en un país católico, apostólico y romano. Ese mismo año, llegó la inmigración de África. El exilio del rey de Marruecos, Mohamed V, quien apoyó abiertamente a los judíos, hizo que potenciara la inmigración judía. Vinieron de Melilla, Tetuán, Tánger, Larache… No hubo problemas de integración. Quizás tenían un acento diferente, para los que venían de Esmirna, pero el rezo era el mismo. Los que venían del norte de África notaban en estos otros un acento muy especial, pronunciaban las "eses" como si se tratase de una *shin* hebrea, lo que les daba cierta melodía.

Samuel logró vincularse estrechamente a la comunidad. Se encargaba de informar de los precios de los asientos de la sinagoga. Se vendían los sitios buenos, los de delante, por doscientas cincuenta pesetas al año, y los de detrás y los de las mujeres por cien pesetas. Se reunía con unos y con otros para decir quién podía sentarse en un sitio y quién en otro. Como se decía en hebrero, *Yesh mammon, yesh Kavod* ("tienes dinero, tienes bendición").

La comunidad judía de Barcelona había vivido muy integrada con la sociedad en el *call* de Barcelona desde el año 850. (Call es el nombre en catalán que reciben los barrios judíos, y proviene del hebrero *kahal.*)

La plaça Sant Felip Neri, romántica, silenciosa y superviviente (pues aún guardaba restos de un bombardeo aéreo de la guerra civil española) y con un toque decadente, ejercía de puerta de la Judería de Barcelona. Solo rompían su silencio los niños de la escuela de Sant Felip Neri cuando jugaban en la plaza a la sombra de las acacias, ajenos a ese pasado. Desde allí comenzaban las pequeñas y laberínticas callejuelas del Barrio Gótico, que desembocaban en ese rincón impensable de la ciudad, una plaza pequeña presidida por una

encantadora fuente octogonal recién inaugurada en la que en su parte alta, se hallaba una escultura llamada “el estudiante”, dominada por la iglesia barroca de Sant Felip Neri. A lo largo de las callejuelas del antiguo call, quedaban todavía algunas señales de la época en la que ese barrio era habitado por judíos como *mezuzás** en los portales.

El punto culminante del recorrido era la Sinagoga Mayor, en la calle Marlet. Pocos eran conocedores de que ésta era la sinagoga más antigua de Europa. De hecho, pasaba desapercibida para los viandantes. A veces, el hecho de no ser visto contribuía a hacer y deshacer como uno creía o debía.

La universalidad de la Masonería atraía a muchos judíos, que la consideraban una vía para ser aceptados en la sociedad, la cual, en aquel tiempo, todavía imponía restricciones al ingreso de no-cristianos en diversos círculos.

Muchos rabinos, desde siglos atrás, habían aportado formación a lla Gran Logia de Barcelona. Entre otras tareas, recopilaban los antiguos manuscritos de las cofradías masónicas medievales para redactar los principios según los cuales se regirían los masones en el futuro. También se sentían atraídos por la masonería hombres que profesaban otras religiones, como por ejemplo los musulmanes, que ingresaron entusiastamente a las logias en Egipto, donde la Orden prosperó y atrajo los más altos círculos de la sociedad egipcia.

El primer ceremonial masónico reconocido en Tierra Santa fue la reunión organizada por Robert Morris. Este norteamericano había venido al Medio Oriente para buscar reliquias masónicas de la antigüedad. El 13 de mayo de 1868 condujo a su grupo a la caverna de Sedecías, constituyendo una Logia Provisoria llamada Reclamation Lodge, y simbolizando así que la Masonería recuperaba su presencia en su lugar de origen. Del mismo modo estableció la primera Logia en Palestina.

La idea de una alianza conspirativa entre judíos y masones germinó por primera vez en la Francia a principios del siglo XIX. Desde las filas católicas, los enemigos seculares de la cristiandad eran los judíos, que además presentaban ahora una nueva amenaza contra la Iglesia: la masonería. Ese mito judío masónico se difundió en la Europa católica sobre todo a finales del siglo XIX, en la época de la “cuestión romana”. Los masones sefardíes tenían una propensión natural a afiliarse a Logias españolas, en las que se practica el ritual en su lengua.

Los emblemas y las enseñanzas de las Logias mostraban que la Kabbalah era la doctrina, el alma, la base y la fuerza oculta de la masonería.

Y en este círculo de personas instruidas, Samuel era un bastión más. Los judeo-masones apostaban por un judaísmo dinámico que fortaleciera su identidad, enriqueciendo sus vidas y aportando al

conjunto de la sociedad.

Ambas partes estaban unidos por lazos de historia y memoria, de origen y de destino.

Todos respetaban y reconocían a Samuel Levy como un gran cabalista, conocedor y recopilador de los escritos de antiguos maestros, pero sobre todo se basaba en el texto fundamental de la sabiduría cabalística, el Zóhar, el cual decodificaba los misterios y el sistema espiritual universal descrito en la Torá.

7.Sameera e Ingeborg

El primer encuentro entre ellas tuvo lugar en la inauguración de la ópera nacional de Gales, concretamente en 1946, aunque aquí ambas se esquivaron sin llegar a saludarse. Tras las diversas celebraciones originadas con la coronación de Isabel II, la solista debutó en Londres. En esta ocasión, se encontraron en una recepción con diversos invitados de la realeza. Ingeborg se acercó a Sameera con vehemencia y la saludó. Sameera respondió a Inge de forma educada pero con gestos desafiantes.

El siguiente encuentro fue en 1955, en la reapertura del Orpernhaus de Viena que, tras su reconstrucción, pasó a llamarse Staatsoper Wien. En esta ocasión, evitaron saludarse jugando al escondite.

El nacimiento de Simona provocó en todos más bien una vorágine de sentimientos emociones y una reconfiguración del futuro.

Ahmad pasaba más tiempo en el noreste de España, dándole prioridad a su vida extraconyugal.

Cuando Sameera supo que el esperado bebé había nacido y era una niña, durante unas horas su rostro parecía el de una momia embalsamada y durante mucho tiempo estuvo irascible, viviendo en completa discordia con el ambiente. Su carácter se agrió, excepto cuando estaba con Ahmad, a quien trataba de despistar con halagos y zalamerías. Pero él conocía su perversidad, sabía que siempre pretendía controlar el entorno y las personas cercanas dañándolas con el fin de obtener unos beneficios propios.

Ahmad trató de adelantarse a su retorcida esposa aquel primer día de agosto de Simona; tres “monjes shaolin”, provenientes de Zhengzhou, la capital de la provincia de Henan, en el corazón de China, se trasladaron a su residencia en Sitges protegiendo así, las espaldas de su otra familia día y noche.

8.El lado oscuro de Sameera

Durante los primeros años de edad de la pequeña, la ingeniosa y perversa mente de Sameera trabajaba planeando eliminarlas de sus vidas. Los pequeños avances en la relación de aquellos amantes furtivos le provocaban rabia, desidia y un profundo odio.

Para su desgracia, la niña era la viva estampa de su padre. Había heredado de él su poblado cabello color azabache y rizado, su sonrisa seductora, su nariz prominente y su piel color canela. De Ingeborg solo había heredado los intensos ojos azules pero, incluso la forma de éstos, eran una copia de los de su progenitor.

El hecho de que la solista apareciera del brazo de su marido, en la fiesta que Hemingway y Mary, su cuarta y última esposa, organizaron en Pamplona, en conmemoración a su Premio Pulitzer, provocó en Sameera un intenso odio y deseo de venganza hacia la madre y la hija. No consolaba nada ver cómo las miradas de los invitados se desviaban hacía la belleza de Inge, envuelta en una falda de kilómetros de bello tejido, que nacía en su cintura de avispa con una blusa de seda color perlada. Ese día llevaba su cabello platino suelto y con ligeras ondas, al estilo de Marylin.

Sameera comenzaba a parecerse mucho a la madrastra del cuento *Blancanieves*.

—Deseo que su rostro se arrugue como una pasa de corinto, que le caiga ese cabello oxigenado a raudales. ¡Que se le cierren todos los orificios del cuerpo y se hinche como una pelota! ¡Como la que tenemos en la piscina! —Sus ánimos se elevaban fuertemente imaginándosela despelucada como una momia—. ¡Y esa mocosa bastarda! Me gustaría tanto que se cayera de un caballo y se lisiara para dejar de ser el orgullo de papá.

En la mente de Sameera, acontecían múltiples tretas para acabar con sus dos enemigas. Un atropello de automóvil fortuito o una manipulación de la mecánica de su vehículo. Un envenenamiento, en este caso incluso, había valorado la idea de manipular su tinte de pelo. Un complot en el mundo operístico. Crear un rumor a través del papel *couche* que la perjudicara. Ahora que la Callas había entrado en

escena, con diez años más joven, podía intentar que todos los papeles en las obras fueran para la griega. La perversa jequesa había urdido diferentes planes, utilizando todo tipo de contactos para desacreditar y destruir a la hermosa amante de su esposo.

Ninguno de sus perversos planes proveían el efecto que ella deseaba. Cierto era que desde el nacimiento de Simona y con la llegada de la portentosa María Callas, la artista Ingeborg Himelbaum era menos demandada en el elenco operístico. Día tras día, iba urdiendo diferentes ideas, pronto encontraría la idónea. Recordaba que una vieja amiga escritora le dijo un día:

—El crimen perfecto existe. No te quepa duda.

Llevaba varias horas en vela, dando vueltas alrededor del vacío lecho. Hacía meses que no compartía somier con su apuesto esposo. La cabeza no hacía más que darle vueltas y vueltas. El sol empezaba a filtrase por los ventanales. Miró el clásico reloj sobre la mesilla. En quince minutos serían las seis.

Sameera acostumbraba a despertarse alrededor de las ocho y media. La doncella puntualmente traía a esa misma hora el desayuno a la cama. Si la señora aún dormía y estaba en fase de vigilia, con voz debilucha, decía buenos días y dejaba la bandeja sobre la mesa, marchando del dormitorio con discreción. La doncella, siempre escondiendo su pudor, se sorprendía de no haber encontrado nunca a la pareja en posiciones dignas de un matrimonio, pero embarazosas para ella.

Esa mañana Sameera rompía con la monotonía. Había soñado con su esposo y la amante de éste. Les había visto en la playa ubicada a escasos metros de su domicilio. Ambos contemplaban la luna llena sobre una toalla. Ella llevaba una falda vaporosa de fina tela y el viento jugaba con ésta. Entre besos y arrumacos, finalizaban la velada amándose en la arena a expuestas de la brisa marina y de los faros y luces de los pescadores. El canto de unas golondrinas en la orilla del mar, les despertaban al amanecer y sigilosos, regresaban a casa acaramelados. Sabía que esa escena era real. Y por ello la sensación era aún más angustiosa.

Estaba hambrienta y lo suficientemente espabilada como para saltar de la cama como un canguro, colocarse la bata y dirigirse a la cocina a buscar algo para saciar el apetito.

—Buenos días.

—Buenos días, alteza. ¿Se encuentra mal? ¿Quiere que le llevemos el desayuno a la cama?

—No, gracias. He pasado una noche tediosa y lo último que deseo es estar encerrada en habitación. ¿Puedo desayunar aquí con vosotras?

—Por supuesto, alteza. Lo que usted prefiera. ¿Quiere que le prepare unas tostadas?

—Sí, por favor —respondió Sameera.

La familia Al-Futtain tenía la reputación de ser muy considerados con la gente que trabajaba para ellos. Eran generosos en los honorarios y cálidos en el trato. Se habían ganado el respeto de éstos con naturalidad y sin intimidación. Quien trabajaba para la familia Al-Futtain se sentía muy valorado y privilegiado y, a pesar de ver cosas poco éticas o algo excéntricas, nunca incurrían en la crítica o la ordinariez de hablar por hablar. Por ello, ambas empleadas siguieron su rutina como si la señora no estuviere.

—Pues como te decía, Theresa, con el tiempo entendimos que lo que le pasaba a este hijo mío era cosa de un trabajo —decía Marta mientras preparaba un pudin de coco.

—¿Cómo que un trabajo?

—Un hechizo. Porque no era normal. Llevaba ya tres años con desgracias y no creo que todas las mañanas el niño se levantara con el pie izquierdo. Ahora anda feliz, le ha cambiado hasta la carita, pobrecillo. Creo que fue aquella joven que se insinuó y él la rechazó.

—Bueno, pero explícame lo del trabajo

—Pues el brujo se llama Aldo Christian Pérez, es procedente de La Habana, vive en una angosta habitación del barrio de Islington en un cuchitril de apartamento donde residen diferentes emigrantes latinos. Fui a verle. Hizo unos rituales, e invocaciones, estuvo un día entero en ayunas para purificar su alma. Y desde entonces la suerte le sonríe a mi santo varón.

—Entonces, ¿quieres decir que alguien le hizo un hechizo?

—Sí, porque, como te digo, desde hace muchísimo tiempo que tomaba decisiones equivocadas y su intuición siempre fallaba. Su vida estaba siendo un sinsentido. Un día vino a casa con la cara llena de golpes. Ah, y el pobre siempre estaba cansado y ojeroso. Ahora ha recuperado su buen color, ya no tiene esas ojeras y hasta ha recuperado su sentido del humor.

—Disculpa, Marta, ¿dices que ese como se llame hace hechizos?

—Hace o deshace, alteza. Se llama Aldo Christian Pérez.

— ¿Y cómo lo hace? —inquirió, la jequesa.

—Utiliza hierbas seleccionadas. Conjuros escritos y hablados para obtener fuerte poder. Se concentra tanto en el trabajo que hasta entra en trance.

—Marta, ¿tú podrías traer a ese hombre aquí?

—¿Aquí, señora?

—Sí, Marta, ordénele al chófer que vaya hasta Islington y le traiga aquí cuanto antes.

La falta de sueño le había mantenido a la princesa la mente totalmente despejada. Ya sabía qué tipo de conjuro encomendar para su enemiga. Con la niña hacía un tiempo que tenía urdido un buen

plan, todo era cuestión de tiempo. Primero empezaría con la madre. Le pediría a Aldo Christian Pérez que conjurara para que la voz de esa mujer migrase, deseaba que esa mujer enmudecería ante el público. Y ella formaría parte de este.

9.Sitges

Simona Himelbaum

El taxi amarillo y negro que había tomado aquella mañana en el aeropuerto de El Prat circulaba por una carretera de curvas que bordeaba la costa del Mediterráneo.

Mar y montaña daban paso a través de las llanuras de acantilados para que la especie humana disfrutara de la belleza de la naturaleza.

—Espero que no se maree, señora, son en total ochenta y seis curvas las que bordean estos acantilados que se precipitan hacia el mar.

—Vaya, bueno, intentaré no marearme contándolas, no me quiero perder estas vistas de vértigo. El mar parece muy sosegado hoy.

En la agencia de viajes, había escogido un sencillo hotel en el centro del pueblo que parecía encontrarse muy cerca del domicilio recién heredado. Dejó sus pertenencias, se recogió su poblada y densa melena azabache en un coletero y se acercó impaciente a aquel misterioso domicilio, antes de que la luz del sol cayera y no pudiera iluminar el área a observar.

A lo lejos, pudo adivinar, cuál de todas las casas era la suya. Entre todas las lujosas casas de estilo colonial, una de ellas tenía rostro de abandono. La pintura había caído en pedazos y alrededor de la fachada habían nacido grietas y enredaderas. En los bordes de las rejas, asomaba la salvaje vegetación que había crecido sin otra intención que tapiar la fachada y porche de la finca. Eligió la llave que más se adecuaba a abrir la cancela y con un poco de maña y empujando intencionadamente, la verja se abrió acompañada de un intenso chirrido.

Simona dudó si entrar o permanecer un tiempo impertérrito ante la situación. Sus pasos minuciosos, pisando las hierbas silvestres, hicieron el resto. Unas gruesas y atrevidas avispas, se habían adueñado de parte del jardín.

En el porche, unas desgastadas hamacas y una mesa de mimbre hablaban de un tiempo en el pasado con hermosas tardes de verano o asueto, donde pasar la mayor parte del día. De repente, tuvo una sensación extraña. A su imagen emergió con gran nitidez aquel lugar, pero en su mayor esplendor. Ignoró la sensación y buscó la segunda llave que le llevaría al interior. Esta puerta se resistió a ser abierta tras

varias intentonas, empujando hacia afuera, hacía adentro; presionando con el pie hacia el interior y con el pomo hacía afuera, logró abrir la puerta con cierta brusquedad. En ese instante, una oleada de aire estanco envolvió su campo magnético, sintiendo respeto por usurpar aquel espacio enfadado por el abandono de sus propietarios. Se adentró con lentitud y respeto a cada estancia. El espeso ambiente empezaba a nublar su vista y oprimir su respiración. Decidió entonces, abrir las cortinas y posteriormente las ventanas. Una nube de polvo atacó a la joven, que de forma compulsiva comenzó a toser sin cesar. Tenía la sensación de que se había quedado sin oxígeno. Asustada salió al exterior, abrió la boca y robó todo el oxígeno posible. Recuperada del espontáneo ataque de asma, volvió a entrar colocándose el jersey en su boca, dio un ligero paseo a su alrededor y decidió que la visita había terminado.

Simona se dirigió a la recepción del hotel para recoger la llave de su habitación.

—Señorita Himelbaum: le ha llamado el Sr. Ellis Herzog.

—¿Cuánto hace?

—Pues aproximadamente hace una hora.

—Muchas gracias. Ahora le devolveré la llamada.

Simona subió las escaleras del primer piso de dos en dos, se quitó los zapatos forcejeando con sus pies, se lanzó en plancha hacia la cama y pidió a la recepcionista que realizara la solicitada conferencia.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? —preguntó Ellis eufórico.

—Bien, echándote mucho de menos. ¿Y tú?

—¿Quieres escuchar la verdad?

—Sí, claro.

—Tengo el equipaje en la puerta y el pasaporte en el bolsillo.

—¿Te mandan de nuevo a Miami?

—No, cariño, he pedido unos días de vacaciones, voy por mi propia voluntad a Barcelona. Quiero estar contigo.

—Ay, Ellis, ¡no sabes cómo me alivia escuchar esto! ¡Era concretamente lo que te quería pedir! ¡Que vinieras!

—¿Has visitado la casa?

—Sí, vengo ahora mismo de allí.

—¿Y?

—Ellis, es una casa fantasma. ¡Destila a vieja felicidad, dicha y amor! Pero la sensación dentro es un tanto extraña. He sentido muchas cosas. ¡Demasiadas! No sé por dónde empezar. Ahora mismo, mis palabras salen de forma atropellada. No sé cómo decirte, ni qué sensación es la más importante. Ellis, me da miedo lo que me ha transmitido ese hogar. He tenido la sensación de que los habitantes de esa casa, tuvieron que marcharse de forma inesperada. Es como si alguien les hubiera obligado a salir súbitamente de su hogar. Pero lo

curioso es que nadie lo sitió. Todo quedó como ellos lo dejaron. Pero hay algo más.

—Cariño, lo que me cuentas es demasiado importante. Odio tener que interrumpirte. Tengo que tomar un taxi hacia el aeropuerto, mi avión sale en dos horas y media. ¿Puedes esperar a contármelo en persona? Estaré toda la noche volando, mañana comeremos juntos y seguiremos las pesquisas. Tú, mientras, disfruta de la playa y las tapas, pero no vuelvas a entrar sin mí.

—De acuerdo, te esperaré en el hotel.

—Simona, lamento no haberte acompañado antes. Pensé que era algo tuyo y tampoco sabía cómo burlar mi trabajo por unos días.

—No te preocupes, has reaccionado a tiempo. Venga, sal del apartamento, ya. ¡Que ya te estoy esperando!

Simona optó por disfrutar de la larga y solitaria tarde que le esperaba. Y sobre todo, entendió que era momento de pedir ayuda.

—Buenas tardes. ¿Ustedes podrían recomendarme a un jardinero o aficionado a la jardinería que viva por la zona?— preguntó la joven a la recepcionista del hotel.

—Sí, claro. Podemos recomendarte a nuestro encargado de mantenimiento; es jardinero y electricista. Se llama Joan. ¡Tiene unas manitas! Viene casi todos los días; de hecho, vino esta misma mañana a reparar unos enchufes de la cocina. ¿Para cuándo lo necesitarías?

—Cuanto antes. Hoy o mañana.

—Bueno, hoy no creo que pueda pero, déjeme que mande a alguien a buscarle; es muy servicial.

Afortunadamente, Joan, el manitas del pueblo, apareció en el hotel esa misma tarde. Simona percibió que era un buen hombre y sin dudarlo le entregó las llaves de la casa, comentándole el estado en el que se encontraba, para que éste supiera a lo que se atenía.

—Sé de qué casa me habla. Cualquiera del pueblo mataría por esa residencia tan elegante, lleva cerrada unos veinte años. Me alegra que alguien se haga cargo de ella. Es muy bonita, merece mantenimiento y que la quieran.

Las cosas se veían desde otro prisma con el apoyo de Ellis y del sitgetano Joan, el cual había engrasado la cancela y cambiado el pomo, no quedaba vegetación alguna, excepto una hermosa y turgente palmera. Cuando Simona se acercó con su prometido, Joan estaba vaciando la piscina; la esperaba para preguntarle; si debía comprar las baldosas que se habían levantado para arreglarla. La limpieza del espacio le dio a Simona una visión nítida de un vago recuerdo.

—Ellis, ya lo sentí ayer, pero ahora la sensación es más nítida. Creo que pasé aquí mi infancia.

—Es muy posible. Sería otra pieza en el intrigante puzle de tu pasado. Venga, entremos, esta casa tiene mucho que contarte.

Esta vez, conscientes de la falta de salubridad en el ambiente y la numerosa presencia de arañas y sus telares, trajeron con ellos un par de plumeros atrapa-polvo de diferentes tamaños que les abrirían el paso.

Los muebles del salón, todos de haya maciza de un color oscuro, tenían un estilo imperial de años cincuenta con una apariencia elegante y sofisticada, combinados con algunos de estilo retro, consiguiendo un contraste entre estilo y clasicismo.

Reinaba en el salón un clásico sofá azul eléctrico de terciopelo. Un chéster de estilo inglés, con aires de haber sido fabricado de forma artesanal.

Ellis se acercó hacía un lado de la pared para contemplar de cerca la imagen de un cuadro. Pasó con ligereza el plumero y observó el color y las formas de sus composiciones

—Un Kandinsky, Simona.

—¿Crees que es auténtico?

—Yo diría que sí y más viniendo de una dueña alemana y cantante. Kandinsky muestra siempre grandes explosiones de color y siluetas que constantemente se transforman ante el espectador. Él visualizaba sonidos como parches de color. Se llama arte sinestésico. Era amante de la música de Wagner, y esta emergía en sus más abstractas creaciones.

—Vaya, veo que esta casa, nos va a hacer entender la personalidad y autenticidad de sus habitantes. —Afirmó Simona, mientras subía las escaleras

En la planta superior, se encontraba el dormitorio principal. El cabecero, la cómoda y las mesitas de noche estaban compuestos de estéticas curvas que aportaban un enfoque muy clásico, rozando el carácter imperial y conservador. En el sillón de estilo Luis XVI, había un bonito camisón de seda extendido. Al tocarlo, la tela parecía disolverse en las manos por la impregnación de polvo del ambiente. En la cómoda, reposaba un camafeo de nácar, tallado a mano unido a un cordón de oro. El hogar no estaba recogido. Ambos sentían con más contundencia que, quien vivió allí, tuvo que abandonar el hogar de forma precipitada, sin poder llevarse nada consigo.

En el lado opuesto, se encontraba otra habitación individual. Algo más sencilla, pero con muebles de estilo clásico. Próxima a esta, se hallaba una enorme habitación llena de juguetes: muñecas, un caballito que se balanceaba, una cocina con utensilios en tamaño infantil, una pizarra frente a un pupitre y una preciosa e inmaculada casita de muñecas de estilo victoriano. Al fondo de la estancia, se encontraba una pequeña cama con dosel, de madera laqueada en blanco.

El silencio se había apoderado de ambos. Ellis, inquieto, necesitaba

conocer las emociones de su pareja.

—Simona, ¿estás bien? ¿Quieres que nos marchemos?

—Sí. Estoy bien. Concentrada simplemente. Pero quiero seguir —dijo mientras se adentraba a una sala que en su día hizo función de despacho.

—¿Me dejas que baje al sótano, mientras tú buscas por aquí algunas pistas? ¿O prefieres que esté aquí, contigo?

—Sí. Me parece bien, baja; estaré por aquí —respondió ella tal y como él previamente había intuido.

Ellis buscó la pequeña linterna y se adentró con sigilo y preocupación en el sótano de la casa.

Un billar *vintage* y un noble mueble-bar daban la bienvenida a una ,acogedora en los años cincuenta, sala de juegos donde el *rock and roll*, no dejaría de estar presente, tras aquel tocadiscos y sus luces atrayentes.

El joven se dirigió al garaje, con intención de darle algo más de tiempo a Simona a encontrar documentos u otras pesquisas

Una alfombra ancha de cenefas orientales, marcaba el camino hasta llegar a la mesa de despacho. Un sillón alto, daba distinción y cobijo a quien en su momento, tuvo la última palabra en decidir o firmar cualquier contrato, sobre aquella mesa de madera de caoba.

Un retrato en la mesa introducía a los miembros de la familia. Papá, mama y la pequeña Simona, sobre una mesa bastante despejada de papeles. A la izquierda, un reloj de pared parisiense y a la derecha un cuadro de Sorolla, le daban el toque de esplendor decimonónico a aquel lugar.

Los dedos de Simona acompañaron a aquel tirador de organza en forma de pompón y visualizó el interior de los cajones: un diario, la funda de unas gafas y un bolígrafo Montblanc. El otro cajón lo ocupaba un puñado de cartas. Algunas con remitente: Ahmad Al Futtain desde Londres o desde Qatar; otras de Ariel Duarte.

La joven pensó, que lo mejor sería despojar aquellos tesoros grabados en puño y letra de la escribanía y leerlos con calma, en otro ambiente con oxígeno más purificado. Pero su corazón galopaba impaciente por saber más. Tomó el diario de fino cuero y policromados dorados, dejando que sus ojos siguieran los trazos.

Diario de una concertista refugiada.

Ya no disfruto tanto yendo de giras. Siento que ya no me entrego como antes. Temo que no esté dando lo mejor de mí.

A veces, no sé si creer en mi padre. Está obsesionado en protegernos a mí y a Simona. Se pasa el tiempo mandándonos protección áurica, observando nuestras cartas astrales y haciendo los rituales paganos que aprendió de

sus progenitores.
Lo único que consigue con ello es tenerme mucho más asustada. Desde que nació Simona, vive obcecado en que una mujer poderosa quiere hacernos daño y que no cesará en su misión hasta que lo consiga.

Ahmad no creé la versión de padre de que Sameera nos hace rituales de magia. Cuando lo comentó esta tarde, una carcajada disparatada estalló de su hermosa boca, mostrando esa bella sonrisa que le arruga el entrecejo. Ahmad es muy terrenal, no cree en la magia y menos a distancia.

"Sameera es una dama con mucha clase, anda demasiado ajetreada con eventos sociales y personales, como para hacer esos trabajos de magia dignos de una analfabeta altanera", me dice, mirándome con cara de: ay, tontita, no creas a tu padre…

Ahmad está tranquilo; piensa que todo lo soluciona la protección de los guerreros que custodian nuestro hogar y son expertos en kung fu, traídos del lejano oriente.

Ha llegado el momento de tomar las riendas de esta situación, de ganar la batalla sí o sí. Padre dice que si mi carrera va en picado, es por su culpa. Yo soy feliz, no me falta nada. Me conformo con lo que tengo; me siento dichosa, no hay motivo para andar debilucha y con este rostro alicaído. Caí en la cuenta cuando empecé a perder mi cabello de forma compulsiva. Empecé a creer a padre cuando nos quedamos sin frenos en plena carretera de curvas. Pero lo que más repugnancia, hastío y dolor me provocó, lo que ha hecho que dé este paso, ha sido que intente hacerle daño a mi pequeña. Han sido muchas agresiones, todas muy sutiles y bien ideadas. Creo que voy a hacer caso a padre. Se lo debo, él piensa que debí haber hecho las cosas de otro modo. Amo a Ahmad con todo mí ser, pero no tengo herramientas para vencer a esa serpiente envenenada de Sameera. Solo quiero a mi hija, estoy dispuesta a dejarme vencer si con ello salvo su vida. Ahmad está en El Cairo comprando esencias. Esta noche vamos a planear con padre el proyecto, afortunadamente, la comunidad judía es tremendamente entregada con las causas de los otros hermanos. Parece ser que ya cuentan con cómplices. Me desgarra abandonar a Ahmad. Pero mucho más me consume pensar en que mi hija pierda a su madre.

—¡Cariño, esta casa es un museo de los cincuenta! Menudo coche hay aparcado en el garaje. Un clásico de los cincuenta con tapicería de cuero blanca. Y en el sótano, un billar. ¿Estás bien?—Ellis aquietó de inmediato la sensación de sorpresa al ver la expresión de Simona—.

—Sí. Estoy encajando la información, me siento tan impresionada como tú. Vámonos de aquí, el ambiente es muy cargante, me siento como si estuviera incubando un resfriado, me voy a llevar las cartas y el diario.

Salieron de la estancia, como los ladrones que nunca se atrevieron a mirar aquel lugar. Joan recogía las herramientas y las cargaba en la furgoneta.

—Gracias, Joan. Has hecho un trabajo impecable —dijo la joven mientras le entregaba un sobre con el dinero convenido.

—De nada, a mandar. Quería comentaros; si necesitáis ayuda para limpiar el interior de la residencia, mi mujer y su hermana, a menudo limpian casas, les vendrán bien ganarse unas pesetillas.

—¿Y crees que podrían venir mañana mismo?

—Sí, claro, no habrá ningún problema.

—Entonces te daré algo de dinero para comprar productos de limpieza. No, por eso no se preocupe, marchaos a la playa y disfrutad de la brisa costera, acercaros mañana por la tarde y ya echamos cuentas, como decimos aquí

Querida hija:

E*scribo esta carta con miedo de que nos separen. Si llegas a leerla, será porque nos hemos perdido la una a la otra. De lo contrario, no sería necesario contarte nada, ya estaría yo para revelarte mis confidencias entre café y pasteles.*

Si tuviera que contarte cómo empezó todo me olvidaría de las desgracias y empezaría diciéndote algo así como:

"Eran días de copla y de tango".

Te invitaría a que mientras me leas escuches "El día que me quieras" compuesta por Carlos Gardel. Permite que la música te transporte a la Cartagena de Indias de los años treinta, e imagíname comiéndome una guayaba, paseando por el portal de los dulces. A mí alrededor, pasan carruajes y se oyen a lo lejos serenatas salsa, merengue o ballenato, hay un ambiente de lo más jovial y ameno. Como ves, hija, la música siempre estaba en mi vida. La música tuvo mi razón de ser y la culpa de no ser.

Desearía que, al igual que yo con la música, en tu vida encontraras una pasión que te arrastre, que salga de tu interior, del diafragma. Como mi voz. Porque todas las cosas bellas y auténticas salen de nuestro vientre, vienen de dentro de nosotros, por eso, no busques afuera.

A través de la música me enamoré de Anastazy, mi primer esposo. Fue una unión algo prematura, yo tan solo contaba con diecinueve años. Había firmado un contrato que me mantendría viajando todo el tiempo y decidimos sellar nuestro amor con el matrimonio. Sin embargo, no supe lo que era amar hasta que conocí a tu padre.

Eres muy pequeña para conocer mi profesión, en la ópera la historia, las letras, la partitura, el libreto, la música, el coro, la orquesta y los solistas, se unen para expresar apasionados sentimientos. Es un arte donde se alardea de tramas intrincadas, letras incomprensibles, actuaciones

recargadas, puestas en escena excéntricas y cantantes temperamentales.

Hasta hoy, no me había dado cuenta de que había hecho de mi vida una ópera. ¿No te parece algo extravagante? Quisiera poder decir que me gustaría borrar algunas cosas de mi vida y haber llevado una vida normal, pero no soy capaz. No cambiaría nada.

Solo temo perderte. Espero que tu padre te proteja. Él tiene para ti planes muy ambiciosos. Eres su princesita y no te quepa duda de que pretende convertirte en eso. En una princesa de Oriente, pero no temas, él nunca negociaría tu boda. Tu padre sabe lo que es casarse sin amar y por consecuencia, tener una doble vida. En fin, hija, espero que, en caso de que me leas, no te haya fallado él.

Cuídate, hija, protégete de las malas miradas y envidias. Sobre todo de las de la madre de tus hermanos.

Estarás en mi corazón. Aquí y en otros mundos.

Tu madre.

Ingeborg.

*S*imona permanecía sosegada mientras leía las cartas y el diario con cautela. Finalizada la lectura, colocó las palmas de sus manos sobre su cara mientras tomaba todo el aire de la habitación, para después expulsarlo. Se levantó y se dirigió al lavabo, necesitaba encontrarse con su reflejo en el espejo. A través de él, vio a otra mujer, una mujer con identidad. Observó y acarició su piel canela con delicadeza, como jamás antes hizo, pulsó sus lunares como si de unos botones se tratarán, levantó sus pupilas para reconocer aquella densa melena de cabellos duros y brillantes que tanto habían elogiado. No hacía falta un microscopio para contemplar su ADN. Distinguió en su rostro la mezcla y la química de sus creadores.

Ellis empezaba a despertarse de la breve siesta, conciliadora para el *jet lag*. Simona se descalzó y se tumbó en la cama junto a él. En silencio se abrazaron.

—Dime, ¿en qué piensas? —preguntó Ellis intuyendo que probablemente su chica, podría empezar a recordar o tener visiones de su infancia.

—¿Recuerdas aquella anécdota de mi infancia, en la que unas niñas me acorralaron para que escuchara la ópera de Carmen?

—Sí, recuerdo.

—Yo quería juguetes, viví mi infancia enfadada con los demás niños, porque no tenía juguetes. En cambio, en esa habitación —mi habitación—, había juguetes para todos los niños del barrio.

—Sí. Suena raro.

—¿Qué debió suceder? Y ¿qué será de mi padre?

—Pienso que nuestro siguiente paso se llama biblioteca, necesitamos no solo saber qué fue de tu padre y hermanos, es

importante buscar más información sobre Ingeborg; es muy probable que aquí encontremos datos diferentes o variados. A Ariel, sería importante seguirle la pista.

—¿Y luego qué, Ellis? ¿Viajamos para conocerles? Esta historia está diezmando nuestras vidas.

—Pensaba que lo que más ilusión te hacía, era descubrir tus raíces. Y, ciertamente, no tuviste unos padres normales. Un jeque y una cantante de ópera, creo que debes disfrutar de este espacio personal. Y sí, si hay que viajar a Sebastopol, pues se viaja.

—¿Y tú, que harás? ¿Qué pasa con tu brillante carrera?

—Simona, llevamos años trabajando. Ambos hemos ido alumnos precoces, nuestros amigos han tenido tiempo incluso de tener el segundo hijo con la segunda mujer. Mientras ellos hacían hijos, nosotros dábamos conferencias, nos preparábamos el doctorado o hacíamos un posgrado. Nos ha encantado nuestra profesión, creo que no está mal darnos un paréntesis.

—¿No tienes miedo de que lo que has cultivado hasta hoy, se escurra de tus manos como agua de un manantial?

—No, Simona. Confío en mí y en ti, en segundas oportunidades, la vida está llena de segundas oportunidades. Como la que estas iniciando tú ahora con tu familia biológica. Además, hace unos meses que no vas a gusto al hospital, cuando siempre te apasionaba lo que hacías. No tenemos por qué volver donde vivimos. Mis raíces son austriacas, las tuyas, aún no las sabes, pero tu madre se expresa en su diario en alemán. No sé cómo llegaría Agatha a Los Hamptons, pero nosotros, tenemos flexibilidad en elegir.

—Me estoy acordando del inicio de nuestra relación, cuando me dijiste que nada te encadenaba, que amarías de verdad, pero pedías poder volar libre. ¿Cómo te atreviste entonces a pedirme que me casara contigo?

—Porque tú no tenías raíces, sabía que las buscarías y extenderías las alas.

—También recuerdo que insistías en que como buenos psiquiatras, debíamos de atender nuestra salud mental. Gracias, Ellis, por sacudir mis fantasmas y ayudarme a entenderlos.

10. Barcelona

La ciudad condal, albergaba una de las bibliotecas más importantes de Europa sobre el movimiento social y obrero del siglo XIX y comienzos del XX, así como una valiosa colección de libros y documentos relativos a la francmasonería. La biblioteca pública Arús, fundada en el año 1895, gracias a Rossend Arús, estaba situada en el Paseo de San Joan. Era un escondite estrechamente dirigido a investigadores y personas interesadas en la cultura y la sociedad del siglo XIX y principios del XX.

Se accedía a ella a través de una majestuosa escalera con columnas Boaz y Jakim a los lados, semejantes a las que flanqueaban el original templo de Salomón. Tras subir las escaleras, se alzaba una réplica de dos metros de altura, de la Estatua de la Libertad.

Ambas mentes se fusionaron trabajando en equipo. Empezaron por la protagonista estrella: Ingeborg fue asesinada en 1956. Finalizada la obra *Madama Butterfly*, se retiró al camerino a desvestirse. Las compañeras del teatro se la habían encontrado en el vestidor, muerta. Declararon no haber escuchado gritos ni forcejeos, tampoco el sonido de un revólver, por lo que se dedujo que el asesino había usado una pistola con silenciador. Junto con la noticia, se veía una imagen archivo de los funcionarios del Gran Teatre del Liceu, acordonando la zona y curiosos viandantes de expresión gélidos. La función quedó suspendida. No se consiguió demasiada información y se cerró el caso. Finalizada la búsqueda de pistas de la cantante, emprendieron la pista por el poderoso jeque Ahmad. La información aparecía muy cerca de la bibliografía de la solista.

MISTERIOSO SUICIDIO DE UN MILLONARIO JEQUE.

La espesa madrugada embutió ayer una mezcla de sonidos estridentes; una ambulancia aclamaba el paso, a continuación la sirena de la policía hacía de acopio con la misma contundencia, como si un solo sonido ensordecedor no fuera suficiente para despertar a toda la población costera de Sitges

Nada se ha podido hacer, más que acordonar la zona, cerrar la playa y esperar a que llegara el médico forense y el juez y, que este último, levantara el cadáver.

Miquel, un joven estudiante y disciplinado atleta de competiciones, había salido a correr por la playa. Conocía demasiado bien el paraje y quién solía perderse por aquel precioso rincón escondido de la costa. A mediados de enero, solo acostumbraban a transitar por esa playa, fanáticos del buceo o gente del lugar habituada a llevar un ritmo de vida disciplinado y saludable. Por ello, desde lejos, intuyó que aquel cuerpo tumbado no era el de un borracho aturdido durmiendo la mona, sino el de un cadáver. Aun así, mantuvo el ritmo cardiaco hasta llegar al lugar de los hechos. Al llegar al punto, sintió que la mejor opción hubiera sido detenerse antes, volver a casa y llamar a la policía.

Ahmad Al Futtain tenía una herida de bala en la sien. Según el forense, la muerte se debió a un suicidio planeado. En caso de fallar, la caída en picado por el acantilado, le remataría. Pero, ¿qué motivo podría llevar a un hombre apuesto y poderoso, en pleno uso de sus facultades, a quitarse la vida de una forma tan dramática? Muchos piensan que el suicidio del jeque está vinculado con el homicidio de una de sus solistas que trabajaba en su compañía y que, a la vez, se les atribuía un romance.

El albacea del jeque, constata que entre las voluntades del príncipe Ahmad, solicitaba, ser incinerado y arrojar las cenizas a orillas de la playa de San Sebastián de Sitges, lugar divisado desde las hermosas balconadas, del domicilio de su amada asesinada hace unos meses.

Una idea firme afloró en la mente de la joven:

—¿Y el cuerpo de mi madre? ¿Dónde está enterrada? Por qué si no hay cuerpo, no hay delito.

—Sí, eso mismo he pensado yo, en ningún lado se habla del sepelio de ella. Supongo que tu abuelo Samuel se haría cargo de ello, imagino que estará enterrada en el cementerio de Sitges. O quizás en el cementerio judío del Montjuic.

—Encontrar su tumba debe ser como buscar un alfiler en un pajar —afirmó abatida.

Otra pieza del rompecabezas, era saber de Ariel Duarte. En la biblioteca pública Arús, habían localizado escasa información de este enigmático hombre.

Las cartas de Ariel tenían diferente remite; vivía a galope entre Buenos Aires y Mexico DF; en las últimas cartas, insistía en que, le gustaría que ésta la visitara con su hijita. Era algo difícil, seguirle la pista desde el otro rincón del mundo, y más, si se intuía que, como todos los artistas, debió llevar una vida algo bohemia y nómada.

—Se me ocurre escribirle a Ariel: dos cartas, una a México y la otra a Buenos Aires. Quiero tener fe, seguramente, alguien se encargará de entregársela, además, imagino, que en uno de los dos países o en ambos, escuchar hablar de Ariel Duarte debe resonar como aquí lo hace la gran Montserrat Caballé.

—Simona, deberías ponerte en contacto con tus hermanos, puede que ellos te faciliten más pistas. Además, os debéis la oportunidad de conoceros.

—Buff. No sé qué decirte. Quizás entonces, destape una herida ya curada y olvidada. Yo soy feliz contigo; me gusta mi vida, no quiero buscarme problemas con poderosos del islam. Yo prefiero seguirle la pista a Ariel Duarte, algo me dice que ese hombre sigue vivo y nos puede allanar el camino.

—Tienes razón, pero no te desvíes del tema. No se trata de reclamar nada, se trata de hacer justicia.

—Todas las piezas encajan, Sameera fue una pérfida mujer. La esposa de mi padre, debió ser la artífice de todo.

—¿Tienes miedo de Sameera, verdad?

—Obvio, Ellis, ella es la que conspiró todo. Después de leer las cartas, tengo algo muy claro; si yo terminé abandonada en un tiovivo, fue gracias a ella.

—Entiendo, entonces yo me encargaré de investigar sobre los vástagos de Ahmad y el destino de su esposa. Usaré mis dotes de psiquiatra para analizarles de modo exhaustivo, si les veo reticentes, no insistiré demasiado. Pero intuyo que si, en su momento conspiraron, salieron ganando la batalla y se les habrá pasado ese deseo de hacer el mal.

La pareja salió del recinto pensativa y acaramelada. Atravesaron el paseo de San Joan, llegando al Paseo de Luis Companys, en busca de la Sagrada Familia.

—¿No te da la sensación de que parecemos una pareja televisiva a lo Remington Steele? ¿Puedo empezar a llamarte Laura Holt? —preguntó mientras le robaba un beso.

—Vaya que sí. Tú en el papel de Pierce Brosnan; aunque si debo elegir detectives de la ficción, me quedo con Jessica Fletcher de: Se ha escrito un crimen, me gusta la forma en la que destapa a los criminales sus vergüenzas. Ahora habrá que esperar a recibir noticias de Duarte… Si todavía vive. Lamento tener que dejar aquí la investigación.

—Deberíamos permanecer un tiempo en un destino cerca del lugar del crimen. Un destino estable, donde Ariel nos pueda localizar ya sea telefónicamente o por carta, en caso de recibir noticias nuestras.

—¿Qué te parece si nos trasladamos unas semanas a Austria con mis padres? Y ya que nos estamos dando un tiempo precioso en nuestras vidas, ¿qué te parece si preparamos allí la boda? Siempre he imaginado mi boda en una ceremonia al aire libre entre los viñedos de Graz.

—¡Me parece una idea estupenda! —exclamó la joven, dibujando una exquisita sonrisa que hacía tiempo no bordeaba sus orejas—.

Pero, Ellis, tengo un último deseo.

—Dime, amor —respondió solicito.

—Me gustaría que me volvieras a llevar a la ópera de Viena.

—Por supuesto, iremos a la ópera siempre que te plazca —dijo sacudiéndole el brazo mientras la tomaba de la mano.

Ellis y Simona se dirigían a la casa "encantada". El día anterior, habían estado implicados en su rol de detectives y paseando por las calles de Barcelona. Llegaron al pueblo algo tarde y cansados, así que, esperaban impacientes visitar aquella casa y comprobar, si una buena limpieza, había desencantado las estancias. Para su sorpresa, la mujer y cuñada de Joan seguían atareadas en su cometido.

El hogar seguía teniendo un ligero toque decadente, pero con otro olor y se respiraba otro tipo de energía. La esposa de Joan se dirigió a los jóvenes para recibirles.

—Buenos días, parejita, ayer alrededor de las cinco se nos hizo de noche. Como no hay electricidad, tuvimos que dejarlo y venir esta mañana. Hoy íbamos a terminar con la planta de arriba, en un par de horas habremos terminado. Hemos ido con sumo cuidado, había demasiadas reliquias a nuestro alrededor, siempre se ha rumoreado en el pueblo sobre esta casa. Pensaba que eran habladurías, pero ambas lo constatamos ayer; es como si los habitantes hubiesen tenido que huir, sin poder recoger sus pertenencias. El tocador de la señora estaba lleno de cosméticos, perfumes y broches para el cabello. Algunos de los tarros o neceseres estaban abiertos, pero donde más se percibía la partida inesperada era en la cocina.

Ellis y Simona se acercaron a la cocina para comprobar el estado del lugar. Un calendario de la marca Coca-cola, con imágenes de una pareja con ropas y cabellos de los años sesenta: ella de cabellos platinos ondeados y una rebeca en los hombros y él, con un traje chaqueta elegante y sujetando una botellita de cristal de Coca-Cola. Observó el año del calendario: 1956, el mismo año que ella había ingresado en el internado. El mismo año del asesinato y homicidio. El tiempo se había detenido en ese calendario.

11. Graz

Desde que Simona había desenredado el oculto pasado de sus ancestros, su actitud era diferente, era una mujer más confiada, menos rígida, más serena, dulce y habladora. Era como si sus miedos y traumas de la infancia se hubieran diluido de sus células. Tenía demasiado valor haberse encontrado con su verdadera partida de nacimiento, una carta astral hecha a mano por su abuelo Samuel y otros muchos más detalles estancados en aquella residencia.

La visita a Graz, sin fecha de regreso, había sido todo un acierto. Se sentía más segura, su mente no se nublaba con ideas ridículas de ser traicionada o de que fueran a hablar mal de ella o desconfiar en los seres que la querían, pues nunca le harían algo malintencionadamente.

Disfrutaba de la puesta de sol en la terraza con la familia Herzog, tomando una limonada y unos sándwiches variados. Había traído de la casa de Sitges las cartas, los diarios y las fotografías de su familia. Compartía la información con Michael y Theodora.

—Te noto más relajada que la vez anterior.

—Sí, Simona ha recuperado mucha paz interior —afirmó Ellis.

—Puede ser, y eso que solamente sabemos matices, nos queda mucho más por descubrir. Aunque hay detalles que ya se intuyen, pero soy consciente de que quizás, nunca sepa más cosas. Y quizás, el querer saber, me lleve a buscar la justicia y ésta acabe conmigo. Vivo conformada con lo que sé, me gusta saber que mis padres me quisieron.

—La verdad es que todos estos acontecimientos, os han cambiado considerablemente. Habéis transcendido de ser dos reputados y ambiciosos médicos adictos al trabajo, a querer recrearos con la verdad como dos detectives vocacionales — sentenció Michael.

—Se trata de darse un paréntesis. La vida nos ha alertado, debemos poner atención e intención. Papá, pienso que nos faltaban cosas, que no éramos lo suficientemente felices para sellar un matrimonio. Nos dedicamos a diseccionar y entender la mente humana y su comportamiento con sus circunstancias; era vital echar el freno. Últimamente no veía feliz a Simona en el hospital, y yo estoy algo

cansado de Nueva York.

—Di que sí, hijo, además no era factible organizar una boda íntima desde el otro lado de charco. Yo estoy contentísima con vuestra decisión y me gustaría que os quedarais en Europa —señaló Theodora.

—Sí. Ahora que no tengo a Agatha, yo tampoco me veo viviendo en Nueva York.

—¿Y en la casa de tus padres? —preguntó Theodora.

—Esa casa necesita una pequeña mano de pintura y un toque más actual. Cuando la visitamos ya limpia, me di cuenta de que era hermosa, un hogar privilegiado frente al Mediterráneo.

—Mamá, ya lo discutiremos. Ahora nuestra prioridad es organizar la boda. Queremos algo íntimo aquí, en la casa de Graz; unos veinte invitados.

—Y otra prioridad es mi vestido, Theodora, confío en que me asesores, ¿Lo compramos en Graz o nos vamos a Viena?

—¡Por supuesto que en Viena! La moda de Viena tiene un toque muy vibrante y mágico. Ya verás.

Pese a pertenecer a una de las culturas más antiguas de Europa Central, Graz era un país casi desconocido en el mundo de la vitivinicultura. La extensión de sus viñedos se veía limitada por las montañas y solo se cultivan alrededor de cincuenta y dos mil hectáreas del total de la superficie del país. Los vinos austríacos destacaban por la calidad de algunas variedades autóctonas de características únicas. Un claro ejemplo era la Grüner Veltliner, la más cultivada, con un carácter completamente diferente a cualquiera de las otras uvas blancas, siendo una variedad de aroma cítrico de la que resultaban vinos intensos que maridaban de manera excelente con múltiples comidas.

La boda se celebró sobre un intenso cielo azul despejado, como escenario los viñedos a ambos lados y las montañas a lo lejos formando un escudo protector. Utilizaron un prado, que separaba un viñedo de otro. Colocaron las sillas de los invitados, decoradas con flores y un estrecho y acogedor pasillo nupcial. Una blanca tela servía de pérgola para reunir a los novios junto con el juez de paz.

La novia llevaba un vestido de mangas mariposa y escote cruzado, diseñado y confeccionado por una modista de la ciudad de Viena. Zapatos de Lodi y una trenza de espiga coronada con paniculada, igual que el ramo, en tonos rosados y melocotón.

Ellis, también muy elegante, vestía un esmoquin de Hugo Boss y zapatos de Martinelli. Alternó dos pajaritas, una negra más formal para la ceremonia y otra para la cena, con un toque más desenfadado de estampado escocés con los tirantes a conjunto. Cuando pronunciaron el “sí, quiero”, los invitados lanzaron al cielo unos globos de gas de diferentes colores.

La decoración del banquete era de estilo campestre, con las mesas en marcos de madera y el menú escrito en pequeñas pizarras. No faltó el vino de Estiria, fresco y afrutado.

Los felices novios, fueron aclamados con la música de un vals, El Danubio azul, y ambos, cogidos de la mano, se ubicaron en el centro de la sala e iniciaron su baile.

—Se me ha olvidado decirte que tengo una sorpresa para ti —dijo Ellis con naturalidad.

—Ah, vaya. ¡Ese tipo de cosas se te han olvidado!

—Bueno, miento. Es que es una sorpresa que preparaba hacerte al finalizar este baile. No conoces a todos los invitados, ¿verdad?

—No, ahora, cuando finalicemos el baile, me los irás presentando.

— ¿Ves aquellos hombres apuestos con chaqué?

—Cariño, casi todos van con chaqué.

—Me refiero a esos dos hombres morenos, de unos cincuenta años, de cabellos copiosos y encerados con nariz prominente, uno lleva la barba canosa, bien recortada y el otro es algo más bajito, ambos muy apuestos. Están hablando entre ellos y sujetan una copa de champán, ambos llevan una pajarita roja.

—Sí, les veo. ¿Quiénes son?

—Son Rashid y Nabil. Hijos de Sameera y Ahmad, tus hermanos.

En ese instante el vals finalizó, dando paso a música de otros ritmos. Música proveniente del desértico oriente. Sonidos de tambores y armónicas, acordes de una guitarra y ruidos de cascabeles, era una música diferente, poco familiar, pero con tañidos y voces intensas y muy rítmicas. Todos los invitados se apoderaron del ritmo sobre sus caderas.

Simona, ahogada entre sollozos, escondió su rostro sobre el hombro de Ellis.

—La música fue idea de ellos, dijeron que no podían faltar en tu día ritmos arabescos. De este modo, quieren darte la bienvenida a tus raíces y desean que las abraces como tu padre te abrazó; con amor y pasión.

Simona seguía inmersa en sus sollozos. Bloqueada, incapaz de hablar o de moverse de sitio, Ellis la movió hacia donde se encontraba Rashid y Nabil, pero primero la arrinconó para que se calmara. La invitó a tomar aire y con sus yemas le retiró los restos de rímel y kohl en párpados y ojeras.

—Cariño, toma aire y expúlsalo, hazlo tres veces seguidas. Son bastante inofensivos, si no, no se me hubiera ocurrido invitarles a nuestro enlace.

—¿Cómo les localizaste? —dijo algo más calmada.

—Mi padre me ayudó; Rashid es un hombre conocido en la sociedad, posee una cadena de restaurantes sirios en Europa.

Localizamos su dirección corporativa, Michael le mandó una caja del mejor vino de nuestras bodegas y le ofreció patrocinar sus eventos equinos. Respondió muy amigablemente al teléfono, así que mi padre, concertó una visita en sus oficinas de St. Paul, en Londres, aprovechando mí despedida de soltero en la ciudad.

—Dios mío, la que habéis tramado. ¿Y no se sintió amenazado ni acorralado?

—¿Tenemos mi padre y yo pinta de amedrentar a alguien? Fuimos unos caballeros, en un buen restaurante, un buen guiso, delicioso vino y excelente ambiente, todo se digirió bien. Fue una tarea fácil.

La música árabe había finalizado, ahora se escuchaba una romántica balada india que invitaba a bailar agarrados.

—Ven, te los voy a presentar —dijo Ellis mientras tiraba de su brazo.

—Sin necesidad de pronunciar palabras, una energía magnética, hizo que Simona se lanzará a los brazos de su hermano mayor. Se parecía mucho a su padre. De hecho, era idéntico al hombre de las fotografías encontradas. Simona reemprendió de nuevo el llanto está vez de forma algo más descongestionante.

—Felicidades por tu enlace, estás muy hermosa; soy Rashid y él es Nabil. Estamos felices de que Ellis y Michael nos hayan invitado —dijo su hermano mientras la abrazaba fuertemente.

—Estoy sorprendida, no sabía de vuestra existencia.

—Nos parecemos bastante —dijo el pequeño.

—Es verdad, puedo ver rasgos míos en alguien. ¡Por fin! —dijo mientras abrazaba esta vez a su otro hermano.

—Ellis fue muy sutil, empezó a hablar de vuestra investigación, como algo anecdótico. Yo de inmediato me di por aludido. ¿Entonces yo soy el siguiente punto de la investigación? —afirmé.

—Sí. Por eso me he casado con él, hace las cosas sencillas y bien hechas. Caballeros, hoy es un día en el que me siento pletórica de por sí, pero el hecho de que estéis aquí, me llena de dicha. No puedo estar por vosotros, he de saludar a todos los invitados, pero esta noche me encantaría que cenáramos juntos.

—No, Simona. Es vuestra noche de bodas, nos alojamos en un hotel en Graz, hablaremos, claro que sí, pero vosotros merecéis pasar una noche de bodas íntima sin hermanos pululando.

Tras el baile, no hubo grandes ocasiones de la pareja de conversar, solo de compartir muestras de afectos, sonrisas y guiños. Mientras todos saboreaban el pastel nupcial, Simona pudo jactarse de su ya esposo, regalándole elogios:

—Ellis, eres un gran estratega; tienes el don que todo detective debe tener: zalamería, empatía y, sobre todo, mucha psicología.

—De algo me ha tenido que valer tanta inversión universitaria —

respondió Michael sin poder disimular que escuchaba.

Quedaban los últimos estragos de una divertida y emocionante fiesta. Los invitados ya se habían marchado. Era el momento de que los organizadores del enlace retiraran mesas, sillas, manteles y vajillas. Simona venía de su habitación, de cambiarse los zapatos, había observado su bonito vestido y deseó llevarlo unos minutos más. Al salir al patio, buscó con la mirada a su estrenado marido. A lo lejos, divisó su silueta mirando el ocaso declinar en las montañas. Simona aligeró el paso con sus zapatillas en busca de su amado, el cual permanecía quieto y pensativo.

—Hola.

—Hola, cielo. ¿Has visto qué vistas?

—Sí. Qué bonito, las viñas, los viñedos, la pradera, la montaña, las casas a lo lejos, las luces titilando; un verdadero paraíso.

—Son mis raíces, Simona.

—Lo sé, y estoy orgullosa de tus raíces, son mágicas.

—Siempre quise huir de Graz, mis sueños tenían un nombre: Estados Unidos. Con los años, he empezado a valorar lo que un día tuve delante.

— ¿Sabes una cosa? El otro día, cuando me encontré con aquella fotografía con mi padre tomándome en brazos, yo vestida de bailarina, con un tutú, mi moño estirado, una sonrisa enorme, y aquellas otras fotografías en la playa, con esos bikinis anchos y pudorosos y aquel gigantesco sombrero de Ingeborg, las guardé en el bolso y me fui a la playa de San Sebastián; me senté sobre la arena y me quedé mirando el hermoso mar. En ese momento, sentí que la arena de la playa tiraba de mí, anclándome en sus húmedas raíces. Esa tierra blanda me recordó que las olas me trajeron, que había nacido en una casa, unos metros atrás, que mi primer inhalo, olía a sal de mar.

—Me alegra saberlo, Simona, creo que hemos encontrado nuestro sitio, es hora de decir muchas gracias y hasta pronto, al sueño americano —sentenció mientras la tomaba por la cintura y ésta posaba el cuello sobre su hombro.

12.Notas de Himelbaum

Los novios amanecieron algo tarde. Se recrearon un tiempo entre besos y arrumacos. Michael y Theodora decidieron improvisar un *brunch* para cuando éstos despertaran. De este modo, aunarían todas las comidas en una sola. Rashid y Nabil, habían sido invitados a aquel almuerzo en la hermosa terraza, con vistas a prados y viñedos. Los dos vestían ropa elegante pero casual, ambos tenían unos profundos ojos negros, como los de Simona, que podían llegar a intimidar si te cazaban observándolos con detenimiento.

Ellis y Simona bajaron con cara de no haber dormido mucho. Ella llevaba su acaudalado cabello negro suelto y lucía un vestido largo con estampados de flores. Ellis vestía unos cómodos Levi's y una sencilla camiseta de la época universitaria rescatada de su viejo armario.

Sobre la mesa, no faltaba un solo detalle. Ensaladas variadas, *quiche* Lorriane, tarta Sacher, tarta de frutas del bosque, jugos, café. Podrían ser las ocho de la tarde y aún quedarían sabrosos manjares.

—Rashid, ¿cómo recuerdas las muertes de mi madre y nuestro padre? —dijo Simona, impaciente por conocer la verdad.

—Fue todo una tragedia, yo ya estaba casado, era lo suficiente mayorcito para analizar la situación desde una perspectiva realista —dijo Rashid.

—Yo lo viví de cerca —respondió el benjamín—. Tú desapareciste el mismo día que tu madre fue asesinada. Te encontrabas en París con tu abuelo, no sabemos qué sucedió, nuestro padre culpó de inmediato a nuestra madre por tu desaparición. Llegó a amenazarla con azotes y encerrarla en las mazmorras de su palacio en Irán, pero le faltaba valor para hacerlo. Él solo vivió dos meses más que tu madre, tiempo que dedicó por entero a barrer todos los orfanatos de Francia, poner anuncios en todos los periódicos europeos, contratar a unos buzos para que rastrearan la parte del Mediterráneo, cercana a vuestra residencia. Metió por medio a la Interpol, estaba devastado y lleno de impotencia, solo le faltó rastrear el océano, por eso decidió acabar con su vida, el mundo se desmoronaba a sus pies. Su asistente y doncellas nos dijeron que le costaba mantener el equilibrio, desde el otro lado del palacio escuchaban sus gemidos, gritos y lloros que, durante unos días, se apoderaron de su silencioso despacho. Sentimos que hubiera

dado su vida por evitar que vosotras vivierais y al mismo tiempo, se sentía culpable.

—Simona, el hecho de que seamos musulmanes, árabes, millonarios o poderosos, el arquetipo que quieras, no exime que tengamos sentimientos; quisimos a nuestra madre por encima de todo, pero siempre fuimos conscientes de que teníamos una hermana y de que nuestro padre vivía la mayor parte del tiempo con su amante y la hija que tenían en común.

—¿Cómo está vuestra madre?

—Murió hace unos años. Tras la trágica muerte de nuestro padre, dejó de ser la de antes. Aun así se mostraba bella ante la sociedad, le encantaba salir en la prensa del corazón y codearse con la burguesía europea. Pero su salud fue decayendo poco a poco. Decidió ingresar en un hospital psiquiátrico de Londres, a la prensa, les dijimos que se trasladaba por unas semanas a una casa de reposo para recuperarse, pero nunca mejoró, cada día estaba peor, sus crisis eran difíciles, desmejoró notablemente, sus funciones vitales fallaban, sobre todo su corazón, pero lo que la destruyó, fueron los repentinos ataques epilépticos; de hecho, ese fue el motivo de su muerte.

Simona escuchaba de forma activa pero no lamentaba el final de Sameera. Pensó que era la expiración que se merecía.

—No os hemos hecho entrega aún del regalo de bodas, tenemos dos regalos; uno de ellos lo podemos transportar a la mesa —dijo Nabil, finalizado el argumento de Rashid sobre su madre y tratando de romper el silencio mientras colocaba encima de la mesa de la terraza una bolsa con una bonita lazada.

—Vaya. Muchas gracias. ¿Lo puedo abrir aquí?

—Sí, por favor.

Era un grande y bonito estuche de un perfume, decorado con variadas filigranas doradas. El perfume se llamaba Notas de Himelbaum, el frasco, de cristal ahumado pesado, tenía forma de silueta de mujer vestida con ropa del silgo XVIII, emulando, quizás, a alguno de los personajes predilectos de la concertista. El tapón del frasco, tenía forma de cabeza. Se percibía un cabello recogido color dorado y un rostro fino y elegante, su boca tenía forma de O y, acompañada de la mímica de sus brazos, se percibía que ensalzaba el momento más álgido de una soprano.

—Nuestro padre poseía una fábrica de perfumes, la vendió a un millonario empresario de origen egipcio, llamado Nasser. Pero él se quedó con la licencia del perfume que más ventas aportaba. Era un perfume creado por él, inspirándose en el aroma de Ingeborg. Y, obviamente, lo llamó como ella —afirmó Nabil.

—¿Queréis decir que el olor que desprendía mi madre esta embotellado en este perfume?

—Parece ser que sí; al menos según él. Decía que ella había sido su musa y a decir verdad, fue el sello de su marca. Es un producto estrella en las perfumerías, se lanzó en el mercado en 1937 y, desde entonces, es el más demandado en todo Medio Oriente.

Simona, impaciente, destapó el precinto, abrió la caja y presionó del difusor perfumando su muñeca. Inesperadamente para ella y todos los demás, ese perfume le rememoró sensaciones. Fue un recuerdo carente de imágenes. Ternura y arropamiento en un seno. Todo se intuía bajo esa expresiva cara de quietud y amor, bajo ese rostro lleno de sentimentalismo y deseo de permanecer olfateando aquel perfume durante toda una eternidad. Pasados unos minutos y con los ojos acuosos y un nudo en la garganta— dijo con voz trémula:

—¿Podríais abastecerme de este perfume siempre que se me termine? Quiero que mis hijos me huelan a él cuando les meza.

Ellis se acercó a ella y la abrazó fuerte, consiguiendo así que soltara todas aquellas emociones atascadas durante un buen tiempo.

—¿Estás embarazada y no me lo has dicho todavía? —preguntó curioso al ver esa dulzura en su rostro.

— ¡No! —Exclamó la joven—. Todavía no.

—No, querida hermana. No seremos nosotros quien te abastezca de este perfume. Nuestro padre te donó en herencia las Notas de Himelbaum, entre otras cosas. Todos los beneficios aportados de dicho perfume te pertenecen, en este sobre tienes los movimientos financieros que Notas de Himelbaum, ha acaudalado desde el suicidio de nuestro padre. Lamento no haber podido exportar dicho perfume a Europa, América y el resto de Asia, donde soy consciente, de que conocían a la célebre Himelbaum. Pero nuestro padre nos hizo responsables de otras empresas, tuvimos hijos y nunca encontramos el momento para darle la pomposidad merecida.

—Dios mío. ¡Qué bello! ¡Un perfume con mi apellido! ¡Y el de mi madre! ¿Cuáles son las Notas de Himelbaum?

—Son azahar, jazmín, pachulí, madera de cedro, miel y notas amaderadas.

—¿Puedo olerlo, Simona? —preguntó Theodora.

—Por supuesto.

La joven tenía un nudo en la garganta, no era capaz de seguir disfrutando del bonito *brunch* ni llevarse nada al estómago. Solo quería abrir bien su olfato y oler a su madre.

—Bueno, ahora falta la siguiente sorpresa —dijo Nabil—. Os hemos regalado un viaje por el Medio Oriente. Comenzaréis por Egipto, donde os embarcaréis en un crucero por el Nilo. Continuáis en Israel y Jordania y termináis en Damasco, donde os alojaréis en un acogedor palacete, propiedad de nuestro padre y donde él y tu madre, vivieron el inicio de su romántico idilio. Queremos que conozcas un poco la

cultura de tu familia, nuestra ilusión es encontrarnos con vosotros en Siria, compartir unos días de inmersión en el desierto y visitar las ruinas de Palmira. No sé si sabéis que los árabes somos grandes anfitriones, pero no os quepa duda de que con nosotros lo constataréis. Además debemos reunirnos para hacerte entrega del legado que nuestro padre dejó a tu nombre.

—Bueno, no teníamos planificada una luna de miel; puesto que llevamos unas semanas sin trabajar, estamos en un punto de inflexión en nuestra vida. No sé qué decir —dijo Simona buscando la aprobación de Ellis.

—Son solo once noches fuera. ¡Es vuestra luna de miel! —exclamó Rashid.

—Simona, no podemos rechazar un regalo, nos iremos de viaje. Nos vendrá bien un descanso. Gracias, Rashid; gracias, Nabil, será un placer poder compartir vuestra cultura y gastronomía.

—Gracias, chicos. Está siendo un comienzo muy hermoso conoceros —afirmó la hermana.

Simona y Ellis compartían un cálido baño en su segunda noche de bodas. Necesitaban relajar las emociones acaecidas durante aquel intenso día y un baño sería mejor solución que tomar una aspirina.

—Ellis, ¿crees que me debo fiar de Rashid y Nabil?

—Simona, nunca te expondría al peligro. Tú y tu familia ya habéis tenido suficiente, ¿desconfías de ellos?

—No lo sé. Pienso que lo que deseo es justicia, pero no la voy a encontrar. Sameera ya no habita en este mundo, desearía tenerla delante de mí y darle una buena tunda, siento rabia, Ellis, no lo puedo ocultar y no quiero pagarlo con los hijos de ella, pero esa mujer, destruyó nuestras vidas. Parece mentira que esos hombres apuestos y educados, sean hijos de esa víbora.

—Simona, sabes que te entiendo perfectamente y que tus sentimientos son los lógicos frente a semejante situación; los hijos no tienen culpa de los pecados de los padres. Pienso que, siendo injusta con ellos, acabarías siendo injusta contigo.

—Sí, lo sé. ¿Y qué me aconseja, doctor? —dijo con voz sensual mientras se sentaba encima de su cuerpo y éste la tomaba por la cintura.

—Antes de irnos de viaje, pasaremos una mañana en el gimnasio de mi amigo Thomas, es boxeador profesional, te pondremos unos guantes y le darás al saco con ganas hasta acabar agotada, quiero que grites, que te ensañes con él, que saques toda esa rabia. Y cuando no puedas más, que te lances a los brazos de tu marido, este te abrazará de un modo tan duro que recolocará los huesos desgastados. Luego, vendremos a casa y prepararemos el equipaje.

13.El padre protector

Samuel Levy

Para Samuel Levy, era siempre un placer ayudar a la gente de su congregación. Cada vez que aconsejaba o trataba con sus dones, se sentía algo más elevado hacia Dios. Sin embargo, en raras ocasiones llegó a ser un hombre feliz. Quien le había visto sonreír más de una vez, era un privilegiado. Samuel era esclavo de su destino y del de los suyos. Su principal objetivo, era proteger a su única hija y nieta del fatídico destino escrito en sus cartas natales. Noche tras noche, sobre su pequeña escribanía y la luz de una lámpara de mesa, calculaba los tránsitos y progresiones, basándose en su viejo y desgastado libro de efemérides. Sabía que se acercaba la fecha en la que algo malo ocurriría. Había logrado convencer a su hija, ardua tarea, pues su estado de intenso enamoramiento, no la permitía valorar la situación. Con el tiempo y basándose en los hechos, Ingeborg empezaba a entender, que la protección de su amante, era algo escasa. Siempre justificaba a su esposa y la tomaba por paranoica, cuando ésta atribuía responsabilidades a Sameera por todo lo negativo que empezaba a sucederle. Y es que, su carrera y su vida iban de capa caída de una forma intermitente. Ahmad sonreía irónicamente, Inge detestaba ese rostro seductor y burlón de su amado. La trataba como si fuera una inmadura y supersticiosa, había perdido ya las ganas de rebatirle. Junto a él, Sameera siempre ganaba la batalla. La decepción le tomó la mano al desamor y las cosas dejaron de ser tan idílicas como antes. Habían vuelto a tener una relación meramente profesional.

Estrenaban *Las Bodas de Fígaro,* en La Fenice de la ciudad de Venecia, uno de los teatros de ópera más famosos, por haberse estrenado en él muchas óperas italianas.

Era la obra favorita de Ingeborg, para ella, la mejor escrita. Cuatro actos de unas tres horas aproximadamente. Mozart y el libretista Lorenzo da Ponte, se unieron por vez primera, combinando unas impresionantes arias y conjuntos con una trama poderosa y muy entretenida. Era una música que revelaba psicología y carácter en los personajes principales. La arrogancia del conde, la melancolía de la condesa, la furia de Fígaro y la picardía de Susana. En medio del humor y la confusión, la partitura expresaba emociones reales,

combinando arias y recitativos con tal perfección, que gran parte de la narrativa resultaba igual de melódica que las piezas compuestas. El teatro se encontraba lleno, la actuación de Ingeborg, como siempre, dotada de una excelencia intachable. Ya había debutado esta obra anteriormente y era uno de los roles que más había cantado.

Su técnica se había desarrollado mucho en los últimos cinco años. Ahora tenía cuarenta y seis y su voz había pasado por una especie de proceso de solidificación.

Conforme transcurrían los actos, la solista empezaba a sentirse algo torpe. Había tropezado con el vestido y su pie izquierdo se había torcido, algo le había entrado en el ojo que la desconcentraba. Se sentía débil, como si estuviera incubando un fuerte catarro, la cabeza le iba a estallar, nunca antes había sido presa de sus malestares. Siempre que subía al escenario, se olvidaba de dolores y penas, canalizando al personaje con una excelencia intacta. Cuando llegó al tercer acto, cantó con una marcada afonía hasta el Recitativo y Aria Nº 19, en el cual debía lucirse durante casi diez minutos. La bella *contessa* hizo entrada en la sala y no pudo siquiera exclamar:

E Susanna non vien!

Se quedó sin voz. Casi muda. Apabullada escuchó el murmullo del público. Extendió los brazos hacia la audiencia, en señal de disculpa, a cambio, recibió un caluroso aplauso de los asistentes, que hizo que no pudiera reprimir las lágrimas. Con un grave hilo de voz, dijo al colectivo que habían pagado un dinero por verla cantar, no podía hacerlo, y no pensaba cobrar ni una sola lira. Aun así le pagaron, pues el teatro había cobrado las entradas. No obstante, la soprano donó el dinero a un hospital infantil.

En ese momento, creyó las palabras de su padre y recordó aquella frase:

—Hija, Sameera está haciéndote magia negra, quiere destruirte y te dará donde más te duela. No te quepa duda.

También recordó aquella dura frase una tarde en el apartamento de Nueva York, cuando defendía a Ahmad:

—No olvide, padre, que él nos protegió y nos salvó la vida.

—Hija, y tú encárgate de recordar, que de la misma manera que nos la salvó, será capaz un día de arrebatárnoslas.

Fue entonces cuando decidió obedecer a su sabio padre, esta vez le regalaría a él su libre albedrío y el de Simona, sentía que se lo debía. Era un hombre sabio, respetable, con el poder de curar, predecir y enseñar. Todos respetaban y obedecían a Samuel, era un gran consejero y rara vez se equivocaba. Ingeborg había sido la oveja negra, no le prestaba demasiada atención a la religión ni a las enseñanzas de éste. Pero esta vez, sentía que el único hombre en su vida que podría protegerlas era su padre, Samuel.

Samuel lo tenía todo preparado: documentación, pasaportes, todo el plan fríamente hilvanado, gracias a la inestimable ayuda de poderosos amigos compatriotas, todos ellos, pertenecientes al movimiento judeo-masónico del momento.

Debía viajar a París y Londres, donde visitaría nuevos centros recién inaugurados de enseñanza cabalista. Eventualmente, daba intensas y magistrales charlas en dichos centros. No era propio llevar a la niña consigo, pero formaba parte del plan, era una niña bastante educada, con el abuelo, siempre se comportaba con la mesura y delicadeza de una dama.

Tal y como el sabio anciano había prometido, si se portaba bien durante toda la mañana, a media tarde la llevaría a un parque de atracciones improvisado en un cercano parque parisino. Para la pequeña, los monográficos del abuelo eran algo tediosos. La mayoría de veces se intercalaba el yidish como idioma principal, del cual ella tenía unos conocimientos escasos. Por suerte, podía dedicarse por entero a pintar y colorear unos cuadernos que el abuelo le había comprado en una tienda del barrio Montmartre.

En el centro de Kabbalah de París, habían recibido un telegrama para Levy de parte de Winston Churchill, uno de los masones cómplices en ayudarle en el plan de proteger a su familia, este, le citaba para reunirse esa misma tarde en la Gran Logia de Francia. La noticia de que planeaba trasladarse de nuevo a Estados Unidos daba un giro de ciento ochenta grados a su posición como filántropo y judío masón. Sabía que era requerido por Churchil, por ello había viajado a Francia. Estaba convencido de que la reunión la realizarían durante la mañana siguiente, quizás algún imprevisto les habría obligado a adelantar aquel encuentro.

Entre los invitados provenientes de Estados Unidos, cabía citar al célebre músico Louis Armstrong y el productor, director y guionista Walt Disney. Otro de los invitados destacados era Gerald Ford, miembro republicano de la Cámara de Representantes de EEUU por Míchigan, del cual todos pronosticaban que en unos años se convertiría en presidente de Estados Unidos. Todos ellos conocían del problema de Samuel y tenían la completa intención de ayudarle. De hecho, gracias a ellos, había conseguido facilitarles un salvoconducto.

Samuel se sentía orgulloso de pertenecer a una fundación, donde el sentimiento de la fraternidad constituía el nexo de unión para los hombres de espíritu libre, de todas las razas, nacionalidades y credos. Había intuido previamente, que aquel lugar no era el más indicado para una niña de cinco años y medio. Aun así, sabía que varios miembros de la congregación, padres y nietos de niños de edad aproximada, estarían gustosos de encargarse por unas horas de la pequeña Simona.

Etienne Gout contaba con cuarenta y ocho años. Personificaba la modestia, la erudición y la gentileza. Toda su vida masónica pasada en el seno de la Gran Logia De Francia. Había sido iniciado en *1936* en la Logia: El Pórtico en París. La familia de Etienne se había ofrecido a quedarse con Simona durante la tarde, tan solo serían dos horas. Sus hijos, eran lo suficientemente mayores y responsables para poder tutelar por una tarde a la pequeña.

—Le prometí que si se portaba bien la llevaría al parque de atracciones que hemos visto, viniendo hacia aquí, el parque de atracciones instalado en Buttes-Chaumont, se ha quedado encandilada con un tiovivo.

—No te preocupes, mis gemelos Mildred y Thierry ya tienen quince años, se encargaran de llevarla. Ambos son muy cercanos con los niños —dijo Etienne—. Cuando finalice el consejo, mi chófer nos llevará a casa, donde podrás recoger a tu nieta. El mismo chófer os acercará también a vuestro hotel.

Samuel le dio a su pequeña un billete de diez francos y susurró al oído.

—Esto para que te compres el algodón de azúcar más grande de todas las tiendas y para que puedas montarte en donde te plazca. Yo estaré reunido con gente importante y muy seria. Pero no te preocupes, *monsieur Gout* tiene dos hijos jovencitos que se encargarán de llevarte al parque. Mañana por la mañana partiremos hacia Londres, donde nos reuniremos con mamá. Pero acuérdate de que eso es un secreto. No se lo cuentes a nadie, ¿me lo prometes?

—Sí, te lo prometo —afirmó Simona sacudiendo la cabecita.

—Te vas a portar bien, ¿verdad?

—Sí, abuelo. —Simona volvió a asentir con su cabeza.

Éste selló sus labios sobre la lisa frente de la pequeña, llevándose con él aquella colonia fresca de bebé que acostumbraban a usar cuando cepillaban su cabello. Jamás pensó que aquel sería el último beso y el último recuerdo.

Los hijos de *monsieur* Etienne Gout, eran bastante responsables y disciplinados como para poder encargarse de una invitada de cinco años.

Sameera había logrado filtrar a alguien de plena confianza en el ámbito de Samuel, alguien con la suficiente flexibilidad, capacidad, frivolidad y mente logística, como para actuar a su libre antojo. Aquel intruso parecía todo un caballero colmado de educación y maneras, era el que realizaba el trabajo limpio, contaba con algunos valientes pendencieros del tres al cuarto, carentes de escrúpulos, que con bravuconería sabrían desenvolverse e improvisar.

Tan pronto como supo que los hijos de *monsieur* Etienne Gout se dirigían al parque de atracciones, buscaron a tres simpáticos hombres

disfrazados de payasos de mimo que realizarían un carismático espectáculo, mientras la jovencilla se recreaba en un mundo mágico llamado, carrusel.

Los actores de mímica realizaban espectáculos de mimo para colegios y hospitales infantiles. Se escondían entre los setos, despistados, observando el momento en el que la pequeña ya se había aposentado en el tiovivo. Salieron haciendo malabares y bromas con ademanes, de inmediato, consiguieron la completa atención de todos los viandantes que, con ilusión, envolvieron la atracción con un ancho y apretado círculo. No solo robaban sonrisas a la gente con gestos gesticulación exagerando torpezas, la chispa del espectáculo, fue cuando uno de ellos, tras mover las caderas con un aro amarillo de *hula hoop*, invitó a que otro compañero se tumbara en el aire sobre el aro. Todos quedaron asombrados sin encontrar el truco. El payaso flotaba en el aire sobre el aro, en completa quietud y equilibrio. ¡Qué sorprendente truco de magia! El tiempo había transcurrido de una forma veloz; el público, joven y adulto, atrapado por una chispa de hechizo, desconocía que a pocos metros unos osados zíngaros raptaban a una niña subida en un caballito.

Se trataba de una familia gitana proveniente de España, que habían ido adquiriendo fama por sus fechorías y su frivolidad. Eran dos hermanos y las esposas de éstos. En sus círculos, les conocían como los Vargas, el apellido troncal. Ramona y Wenceslao eran un matrimonio. Eleuterio y Raimunda otro. No tenían reparos en cualquier encargo solicitado, con tal de recibir un buen fajo de billetes, viajaban en una vieja furgoneta, quizás robada, quizás prestada, esta era la base de su sustento. En el interior, dormían, se vestían o cargaban género. No importaba que fuesen ajos, melones o toallas de Portugal. Vivían de una inestable y agradable vida ambulante. Cuando les localizaban en un punto geográfico, huían hacia otro. Les habían encomendado la tarea de llevarse a una niña hasta un orfanato de España. Para ello, tras haberla tomado dulcemente en brazos y rescatarla del circulante y repetitivo tiovivo, la habían dormido con cloroformo, y cuando se despertó le embutieron un sedante con agua.

A pesar de que el verdugo que les había contratado les había invitado a quedarse con la niña y criarla como propia, a ninguna de las parejas le resultó la idea tentadora. Mientras la niña, sedada, descansaba sobre un jergón de la furgoneta, una de las mujeres la despojaba de su bonita ropa y la vestía con otra, ropa vieja y zapatos desgastados, abastecidos por aquel hombre, con la intención de que ésta, aparentara provenir de una familia con escasez.

En el orfanato, las monjas estaban habituadas a los abandonos de niños y niñas. Los motivos eran principalmente la pobreza, la prostitución, las relaciones desiguales entre patrones y servidumbre,

de hijos de padres que no reconocían o no querían proteger al niño.

Ramona, la misma que había vestido a Simona mientras ésta dormía, salió de la furgoneta con la niña en brazos. Anduvo unos cuantos metros hasta acercarse al orfanato. Esperaba que el maquillaje y ropaje elegido por su hermana diera en el clavo con el papel de prostituta que pretendía improvisar. Su castellano, mezclado con el caló, variedad del romaní que hablaban los gitanos, la convertían en una mujer tosca, ordinaria y poco recomendada para criar hijos. A ojos de mujeres encomendadas a la iglesia, a hacer el bien y proteger a aquellos seres tan indefensos como eran los niños, no cabría duda de que conseguiría el fin contratado y se llevarían un buen fajo de billetes. No sabía quién se escondía detrás de aquel misterioso hombre con cara de pocos amigos, pero con el dinero que recibirían podrían dejar de manejarse como feriantes o ladrones de poca monta. Comprarían dos casas anexas en el Algarve, cerquita de la playa, y dejarían de malvivir por siempre.

No interesaba abandonarla en orfanatos fronterizos, esa era una de las imposiciones del sicario. Pero no podían drogarla más, temían excederse en la dosis, por eso eligieron dejarla en un orfanato cerca de Burgos.

Agustina, la madre superiora, se acercó a la puerta de la inclusa. De inmediato dedujo por los ropajes de la madre que se trataba de una meretriz.

—Yo malvivo por las calles, depende del clima duermo en un sitio o en otro. Temo que mi niña coja una epidemia, mira la pobre churumbel, con los zapatos rotos y los *pinreles* al aire. No he podio bautizarla. Si tiene todos los piños de leche bien puestos, es por la de veces que me he *encomendao* a la virgen del Carmen. Por eso la llamo Carmen, como la virgen de Fuengirola, que mira que le hacen una fiesta bien bonita hermana, una procesión marítima, los marineros entran en la mar, portando a la Virgen del Carmen. Yo *pa* vivir tengo que hacer muchas cosas feas, hermana. No quiero que mi Carmela lleve la misma *vía* que yo —dijo mientras le entregaba a la pequeña en brazos.

La monja en ese momento comprobó que el sopor de la niña era demasiado intenso como para reaccionar, su cuerpo era como un bloque, de hecho, se esforzó en sentir su corazón acercando el oído a su pecho, pues llegó a temer por la vida de ésta.

La Hermana Agustina no tenía pelos en la lengua y menos con esa clase de gente carente de escrúpulos.

—¿Está sedada la nena? —dijo con un rostro sentenciador.

—Ay, Hermana, es que es muy viva la niña y mi chulo *pa* que esté quieta y me deje trabajar, le pone un poco de polvitos mágicos en el cardo o en lo que tenga *pa* comer. Y me la deja *to* quietecita, mire;

pero eso no es bueno.

Para la Hemana Agustina la situación empezaba a ser hiriente y desagradable. Detestaba esa falta de amor por un hijo. No entendía las carencias de aquella mujer.

—Apártese de mi vista, señorita, si no quiere que en unos minutos pida refuerzos y la denuncie por intento de homicidio.

—No, Hermana, no. ¡Si yo he *venío pa* salvarle la vida a mi niña! —se defendió.

—¡Márchese! ¡Le ordeno! Y no se preocupe por su hija, aquí no le faltará de nada —dijo la monja molesta por ver cómo aquella cristiana se había descarrilado sin control.

La madre Agustina, desde que ingresó en la posguerra en aquel orfanato, había vivido de cerca el abandono de niños y sobre todo bebés. Algunas veces, en el envoltorio que cubría al neonato, colocaban una nota con la información de que el niño, había sido bautizado, y por lo tanto, se indicaba su nombre. En otros casos, la nota contenía una solicitud para que se le bautizara con un nombre determinado, e incluso se habían encontrado anotaciones donde la persona que abandonaba al niño, pedía que se le diese su nombre y apellido. La descripción del ajuar que lo acompañaba, era indicador de las condiciones socio-económicas de la madre. El niño casi siempre estaba envuelto en paños andrajosos, en muchas otras ocasiones, el cordón umbilical del bebé estaba todavía tierno y no cesaban de llorar, nerviosos por un poco de alimento. El caso de Carmen fue igual de peculiar que los demás y traspasó las paredes del convento como una anécdota triste y llena de deshonra por parte de sus progenitores.

Finalizada la precipitada actuación, los hijos de *monsieur* Gout se dirigían felices hacia el tiovivo, donde habían montado a la pequeña Simona. El caballito donde estaba subida, estaba libre. Esperaron a que el tiovivo diera todas las vueltas pertinentes, esperanzados de que la pequeña hubiese decidido espontáneamente cambiar de animalito, pero no había rastro de ésta.

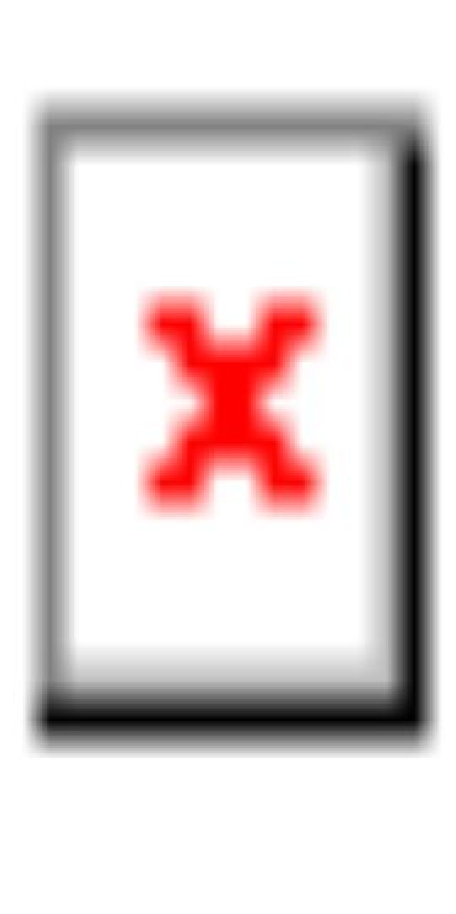
—Nuestro padre nos va a matar, dividámonos, búscala por tu izquierda y yo por mi derecha. ¡Simona! ¡Simona! ¡Simona! —grito con desespero Mildred.

El grito del nombre de Simona se escuchó por todos los confines de la ciudad parisina, un guardia les cruzó el paso al verles agitados y con rostro preocupante, les acompañó al domicilio, que se encontraba a dos manzanas del parque. La policía se encargaría de barrer la zona y realizar todo tipo de actuaciones para buscar a la niña. El guardia había tomado nota de los rasgos de Simona y de su vestimenta. Y les dijo que todos los días, un niño se perdía y aparecía antes de medianoche.

Los niños, conscientes del puesto que ostentaba su padre y los

visitantes, no quisieron interrumpir la importante reunión realizada por estandartes de la masonería, reuniones de estas no se realizaban a menudo.

Samuel y *monsieur* Gout, llegaron a la residencia relajados, sin esperarse tragedia alguna. Los niños no dormían, estaban demasiado agitados y preocupados. Lloraban desconsoladamente. Cuando Samuel supo de la desaparición de la pequeña, hundió sus hombros y colocó sus manos sobre su rostro, se escuchaba el gemido de un llanto. Etienne Gout, cómplice en todo momento del urdido plan de Samuel Levy, no tenía duda alguna de que se trataba de una conspiración de la princesa Sameera. Entró a su despacho, se dirigió veloz hacia un teléfono negro y comenzó a dar órdenes. Entre otras, el cierre de fronteras. Esperaba que en menos de veinticuatro horas Simona apareciera sana y salva. Nada debía alterar los planes programados, pero, sobre todo, nadie debía ganarle la batalla a la Gran Logia. Nadie.



1. México

Ariel Duarte

Un viaje tan hermoso, una luna de miel a destinos dignos de escenas vividas en las mil y una noches, no solo servía para desconectar de la vida, sino para connectar con el presente después del periplo, después de despedirse de aquellos intensos aromas especiados y amaderados. ¿Qué habría después?

La relación con sus estrenados hermanos, se podía bautizar como cercana y muy flexible, era algo que deseaba conservar y haría lo propio para ello.

Una idea que le azotaba la mente, era alquilar la casa de los Hamptons podría encargarlo a una cercana amiga de Nueva York, agente inmobiliaria. La opción de vender, resultaba algo precipitado.

Ambos estaban de acuerdo en cuál sería su vivienda conyugal: la casa de Sitges era un hogar con encanto y, a pesar de que rezumara un pasado oculto, los nudos de dicho pasado se estaban desatando. Reformarían la casa, restaurarían los muebles, colocarían cortinas nuevas. Ambos se habían enamorado de los acantilados que bordeaban El Garraf, de la conexión entre el mar y la montaña y la cercanía a una ciudad como Barcelona, más tranquila y acogedora que Nueva York, así como por la proximidad del lugar a Austria. Si antaño Ellis viajaba a caballo entre Nueva York y Miami, ahora compaginaría sus tareas entre España y Austria.

Mientras aterrizaban imaginaba aquella habitación repleta de juguetes, sería el legado que les daría a sus hijos.

Desembarcando en Austria, la joven Simona no se imaginaba que la cruzada en busca del pasado y extraño final de sus padres aún no había finalizado, habían recibido noticias de Ariel. Afortunadamente, después de tantos años, seguía conservando el mismo domicilio de Ciudad de México, donde remitía las cartas a Ingeborg.

Querida Simona:
Tu carta me ha sacado empolvados y viejos recuerdos de un viejo arcón, donde conservaba mi pasado como tenor. Fueron unos tiempos memorables, donde nuestro sustento eran los aplausos del teatro. Viajábamos como si fuésemos feriantes, de un sitio a otro. Entre tu madre y yo, hubo mucha complicidad. Yo era algo más joven que ella, pero aun así mi rol era de hermano mayor. La intenté proteger todo lo que pude, o

todo lo que ella me permitiera, pues el amor no atiende a veces a decisiones sensatas derivadas de gente que te quiere y desea lo mejor para ti.

Pero hay demasiadas cosas que contar y demasiados secretos preservados durante un gran tiempo. No quisiera revelarlo todo con un par de cartas. Tú y tu pareja estáis invitados a visitarme en México. Esa invitación ya te llegó hace años. A decir verdad, desde que tus padres emitieron tú pasaporte.

No dudes en contactar conmigo por teléfono para darme datos de la llegada del vuelo.

Os esperamos con los brazos bien abiertos.

Ariel Duarte

—¿Y ahora otro viaje? Estoy cansada de aviones, últimamente mi trasero está más veces sentado en una butaca de avión que en un automóvil, además, son muchos gastos, llevamos más de un mes viviendo a la sopa boba.

—Deja de quejarte, Simona. Cada vez que una nueva pista sobre lo que persigues emerge, te pones a renegar como si te molestaran. ¿No te das cuenta? ¿Quieres disfrutar de lo que la vida te da? ¿A pesar de lo que la vida un día te quitó? Estabas muy interesada en seguirle la pista a Ariel, pues aquí le tienes, con los brazos extendidos para recibirte, esta es la última pieza del rompecabezas y lo necesitas para entender, por qué te abandonaron en un tiovivo.

—Aún tenemos pendiente saber quién es Agatha Levy. Había pensado que en nuestro viaje a Nueva York y con la idea de alquilar la casa, podría encontrar cosas de Agatha y así saber por qué esa mujer me acogió diciéndome que era mi abuela.

—No despistes las sendas, Simona, vete a México, si quieres, yo me haré cargo de la gestión y alquiler de tu casa en Los Hamptons. Ya que en su momento no quisiste rebuscar en sus cosas y me pediste que yo lo hiciera, así lo haré.

—¿Entonces quieres que nos separemos? ¿No quieres que continuemos la investigación juntos?

—Si deseas que te acompañe, así lo haré. Pero tengo la sensación de que ya no me necesitas como al detective zalamero, sino como al esposo conciliador. Lo que Ariel quiere contarte, es el final de la historia. Si quieres que la comparta conmigo, entonces iré, seguiremos juntos esta cruzada y brindaremos por un gran trabajo en equipo.

—Sí, ¡claro que quiero compartirla contigo! Y más adelante con tus padres y mis hermanos.

—¡Andalé, Andalé! Ahorita, ¡es que nos vamos para México, señora! —exclamó feliz Ellis.

México era uno de los destinos favoritos de Ellis. Hacía tiempo que anhelaba visitar las pirámides de Teotihuacán y su zona arqueológica al noreste del valle, uno de los más impresionantes lugares del mundo azteca. También anhelaba visitar el santuario de nuestra Señora de Guadalupe, el lugar religioso más visitado en América Latina. Un maravilloso ejemplo de arte barroco español. Además quería mezclarse entre la cultura maya, adentrarse en los manglares con un pequeño bote y descubrir la zona más selvática del país. Simona, si tenía que elegir lugar, deseaba visitar la casa de Frida Kahlo. Pero ambos debían posponer el turismo y la aventura, en dos días tomarían un vuelo a Nueva York, donde atenderían el cometido de enfrentarse a los flecos de aquella historia, que hacía unas semanas dejaron congelada.

Ariel les recibió en el aeropuerto, era un hombre tal y como lo habían imaginado; Alto, corpulento, con un toque bohemio y con ciertos amaneramientos afeminados, que le daban un toque muy sensible y tierno.

Cuando se encontró con Simona, la tomó en sus hombros y la observó como si ésta fuera la hija pródiga. Sus ojos se humedecieron y no pudo evitar abrazarla fuertemente hasta cansarse. Simona se sentía extraña pero al mismo tiempo se dejó mecer por aquel verdadero abrazo y dejó que Ariel la transportara a un lugar hundido como su torso, donde un corazón galopaba de emoción.

—Simona, hija. ¡Qué bonita! ¡Cuánto lo siento, hija!

—Él es mi marido, Ellis. Realmente si no fuera por él no estaría aquí.

—Ellis, bienvenido a México —dijo mientras le daba un fuerte apretón de manos y con el otro brazo lo apretaba.

—Simona, ¿no te acordabas de mí? Yo estuve varias veces en tu linda casa de Sitges. En muchas ocasiones te saqué a pasear y te compré helados o cualquier capricho que se te antojara.

—Simona no recuerda nada de su infancia —afirmó Ellis.

—No, Ariel, no sabes cómo lo lamento —dijo Simona mirando tras la ventana del automóvil la ciudad que amanecía con ellos.

Ariel fue un niño precoz, al igual que Mozart. Llevaba escuchando música desde que habitaba en el vientre de su madre (profesora del Conservatorio de Música de Buenos Aires), que comenzó a darle clases a su hijo con tan solo dos años y medio.

Una vez licenciado en el Conservatorio Superior de Piano y Composición, le ofrecieron tocar tango en una sala de recepciones en pleno centro de la ciudad. Los entendidos en la materia, supieron escuchar en su técnica, las capacidades interpretativas y pianísticas, el

virtuosismo, la agilidad, la fuerza y la variedad de toque.

Sin embargo, el piano no le dio la fama; fue su voz de tenor, la que traspasó las aulas del conservatorio, erizando la piel de los alumnos y profesores que deambulaban por los pasillos. De forma casi impuesta por profesores y colegas de su madre, fue instruido como tenor lírico y mozartiano, caracterizado por una emisión vocal esbelta e impecable perfección en la entonación, en el legato, en la dicción y en el fraseo; además de saber hacer frente a las exigencias dinámicas indicadas en la partitura.

De este modo, terminó cantando en el teatro Colón, donde el conocido productor musical Ahmad le descubrió y lo sacó de su amada Buenos Aires, con dieciocho años recién cumplidos, para ser escuchado en todos los confines. Fue un hombre de gran excelencia en el canto, conocido por su belleza tímbrica, una línea de canto segura, resultante de un perfecto soporte y dominio técnico del *fiato*. Su disciplina corporal, elegancia, nobleza, agilidad y habilidad para ejecutar y contener la expresividad dramática, le hizo dar la vuelta al mundo.

A pesar de que Ariel fuera siete años más joven que la soprano, Ingeborg y él, tuvieron muy buena química en el escenario y muy pronto se hicieron grandes amigos.

A sus 65 años, Ariel seguía siendo un enamorado de la música, convencido de que las disciplinas artísticas, eran un elemento clave para el desarrollo de la sensibilidad e inteligencia de las personas. Durante los últimos diez años como profesor de música y lenguaje musical, había podido comprobar la importante influencia que la música tenía en la educación del estudiante, en su papel pedagógico y generador de curiosidad en áreas paralelas como las matemáticas o la física.

Hacía ya más de quince años que había fundado una escuela técnica pianística, pequeña pero de peso, en un edificio del centro de Ciudad de México. Contaba con un piano normal y otro de cola. El salón tenía una amplia biblioteca y videoteca.

Ariel, al igual que Ingeborg, amaba la música y toda su vida estaba envuelta de ésta. Era la única que le mantenía vivo. Había nacido en una época equivocada, donde la condición de homosexual, estaba duramente juzgada y castigada por la sociedad. Sus padres siempre quisieron casarle con una conocida violinista hija de emigrantes polacos. Una mujer muy hermosa y con una sensibilidad exquisita tocando. Él no pudo soportar la idea; un día, mientras festejaban los dos en la casa de campo que sus padres tenían en un cerrito rodeado de vegetación, Ariel le pidió a la muchacha que anulara el compromiso. De lo contrario, ambos serían infelices. La quería, por eso no quería cargarse su frescura y mantenerla congelada sin ser

derretida por la pasión verdadera.

—Desde que naciste tú, Ingeborg no viajaba demasiado. Evitaba los destinos largos, pues te echaba mucho de menos. Otras solistas más jóvenes que ella y con más ambiciones empezaron a relevarla. Fue algo extraño, de la noche a la mañana perdió la confianza consigo misma, decía que tenía pesadillas muy extrañas en la que el vestido le caía en plena actuación y se quedaba desnuda o no le salía la voz.

Ariel respiró profundamente y confesó sin reservas: tenía miedo de quedarse sin voz.

—Ella creía ser víctima de un conjuro de Sameera.

— Sí. A mí tampoco me cupo la menor duda de que Sameera os había hechizado a las dos. Lo que os sucedió fue demasiado retorcido. Tu abuelo era un hombre importante en la sociedad, muy sabio y visionario. Él sabía que un trágico destino os perseguía e hizo todo lo posible para cambiarlo. Tu padre intentaba respetarlo, pero no le supo entender. No creía en sus hipótesis y pensaba que envenenaba a su hija. Sí que es cierto, que Samuel no veía con buenos ojos esa relación extramatrimonial. Obviamente, prefería que su hija tuviera un marido a ser la fulana de un jeque. Estoy seguro de que si hubiera habido más complicidad entre ambos patriarcas, se hubieran evitado todas las desgracias acaecidas.

—Desde que he empezado a indagar sobre Ingeborg Himelbaum, he descubierto que vivía su creatividad y esplendor como si se alojaran en el asiento de una montaña rusa. Dime, Ariel, ¿tenían fundamento los miedos escénicos adquiridos de forma espontánea?

—Sí, querida. Lo tenían. Tu madre y yo tuvimos uno de nuestros últimos debut juntos en el teatro de La Fenice en Venecia. Comenzamos bien, era una obra divertida. *Las bodas de Fígaro*. La favorita de Himelbaum. Tu madre no tenía buen aspecto cuando calentábamos la voz y nos maquillaban en el tocador, estaba dispersa., esa tarde no fue buena, en el tercer acto, al inicio de un aria, ¡se quedó muda! ¡Sin voz! El público reaccionó bien. Se levantaron y la aplaudieron. Fue entonces cuando entendió que había dos formas de desaparecer. Huyendo o cruzando al otro mundo.

—¿Crees que exageraba?

—No. No exageraba. No tenía apoyo de nadie más que de tu abuelo. Ahmad la quería, pero también quería y protegía a su esposa e hijos. Intentaba tener a sus dos mujeres contentas para que cuando embarcara en cada puerto le recibieran con honores.

— ¿Y cómo era mi abuelo?

— Tu abuelo era uno de los hombres más especiales que jamás haya conocido. Era muy respetado por la comunidad judeo-masónica. Se codeaba con gente portentosa y de renombre. Era todo un filántropo y además, buen cocinero, con sus guisos, probé los sabores de una

cultura muy metódica y estricta, con unas normas culinarias muy concretas. Siempre nos ponía buena cantidad y variedad de platos kosher.

—Ariel. Entonces… ¿quién crees que asesinó a mi madre?

—Querida Simona, pensaba que lo sabías: tu madre no fue asesinada. Todo fue un señuelo para salvaguardarse de las garras de la pérfida princesa Sameera.

—¿¿Cómo?? —gritó espantada Simona.

2.Bajo el hilo de Ariadna

Ingeborg Himelbaum

En el Gran Teatre del Liceu, interpretaba la obra de Puccini *Madama Butterfly*, obra que ya se había estrenado anteriormente en dicho teatro en 1909.

Era una obra peculiar, debido a las connotaciones negativas del personaje del teniente yanqui Pinkerton, la ópera fue suspendida en Estados Unidos durante los años de la Segunda Guerra Mundial en el enfrentamiento bélico entre Japón y Estados Unidos.

Puccini escribió cinco versiones de dicha ópera. La versión original tenía dos actos, fue estrenada en 1904 en La Scala de Milán y obtuvo muy mala recepción del público y la crítica, a pesar de la presencia de destacados cantantes en los papeles principales. Esto se debió, en gran medida, a que se acabó tardíamente y a que el tiempo de ensayo era escaso. Puccini retiró la ópera y la reescribió, dividiendo el segundo acto en dos y haciendo otros cambios. La segunda versión revisada y que conquistó a la audiencia, se estrenó en Brescia, Italia, el mismo año que se estrenó la primera. Fue esta segunda versión la que se estrenó en los Estados Unidos en 1906 en el Teatro Columbia de Washington D. C, y después en el Teatro Garden de Nueva York. Ese mismo año, Puccini escribió una tercera versión, que se interpretó en la Metropolitan Opera de Nueva York. Durante los meses sucesivos, Puccini hizo varios cambios en la partitura orquestal y vocal, y esta se convirtió en la cuarta versión, que se representó en París. Finalmente, se hizo con una versión definitiva, que se conoce ya como la "versión estándar".

Ingeborg interpretaba a Cio-Cio San, vestía un kimono de crespón color estragón con estampados en policromía con motivos florales de influencia oriental. Por delante el traje estaba totalmente abierto y se ajustaba a la cintura con una banda de seda verde pálido decorada con óvalos, figuras geométricas y guirnaldas de crisantemos. Las mangas eran largas y anchas. El kimono también presentaba bordados sobrepuestos de gran tamaño con motivos de pájaros en distintas posiciones, tortugas, troncos de árbol y flores. La materia prima empleada era seda lasa en blanco y negro, así como hilos de metal dorados. Completaban la decoración motivos de cintas ondulantes y ramas de pinos. La banda para ceñir la cintura llevaba bordadas dos mariposas con hilos dorados.

El traje lo completaban unos calcetines y zapatos con puntera de seda morada estampada de flores. Para el tocado, el traje incluía una diadema de flores de tela con cascabeles, una peineta y dos agujas. El toque final, su blanco rostro empolvado.

Cio Cio San conquistó en el escenario. Fina y delicada, conmovió a los presentes interpretando a la geisha enamorada, que esperaba a su marido tras tres años de su partida. Todavía no se había bajado el telón, cuando los suspiros y el llanto se advirtieron en muchos rostros del teatro. Todos los artistas fueron aplaudidos; sin embargo, el teatro se puso de pie para recibir a una Ingeborg Himelbaum aún conmovida por la interpretación, quien agradecía mandando besos al aire, sin ocultar su llanto.

Desde su llegada a Milán, Puccini formó parte de los admiradores de Richard Wagner: fue quizás el primer músico italiano en comprender que la enseñanza de Wagner iba bien con su teoría del «drama musical» y de la «ópera de arte total», que en Italia fueron el centro del debate, y concernía específicamente el lenguaje musical y la estructura narrativa. Se podía vislumbrar en sus obras la influencia wagneriana, sobre todo en algunas elecciones armónicas y orquestales, que a veces recordaban a una copia a partir de *Manon Lescaut*. Puccini empezó a explorar la técnica compositiva, llegando no sólo a utilizar de manera sistemática el leitmotiv sino a ligarlo también según el sistema que Wagner empleó en *Tristán e Isolda*.

Ingeborg permaneció sola y cavilosa. Nublada en sus pensamientos, retiró su torso del tocador. Apoyó su mano sobre el mentón y cerró los ojos. Recordaba lo mucho que había disfrutado hasta ahora de su profesión.

Zaray, que iba allá donde su querida Ingeborg la requería, le retiraba el denso maquillaje tras la función; demandaba cierta entrega de tiempo y atención la tarea de maquillar y luego desmaquillar tan gruesas capas. Pero más complejo resultaba vestirla con el attrezzo indicado. Ingeborg, con el rostro ya bien pulcro e hidratado, quedó pensativa y bloqueada sobre la butaca.

—Mi pequeña Simona nunca ha visto a mamá actuar.

—Ingeborg, estás nostálgica.

—Zaray, estoy muerta de miedo.

—Tranquila, querida. Estás en buenas manos. Tienes todo nuestro apoyo.

— ¿Y tú, Zaray? ¿Volverás a Siria?

—Por mí no sufra. Con los honorarios que he recibido de usted, podré volver a Siria. Ya se ocupará su alteza de darme un puesto de trabajo en su séquito.

—Gracias, Zaray, por arriesgarte tanto y guardar mi secreto. Sé que no es fácil para ti.

Ambas se fundieron en un frente abrazo de despedida.

—Pensaré en ti todos los días y en Simona —dijo Zaray con los ojos acuosos.

—Y yo en ti, en tu cariño maternal y en tus agradables masajes. Nunca olvidaré aquella primera vez que me lavaste en el *hamman* de Damasco.

—Mi bella niña de cabellos de oro. Deseo que la vida os sonría, os lo merecéis. —dijo Zaray acariciándole las mejillas.

—De nuevo gracias, Zaray, por arriesgar tu vida para salvar la mía —dijo la joven besando la mano de la que había sido hasta aquel instante una madre adoptiva.

Las familias pudientes y los amantes de la ópera acostumbraban a pasearse por el Gran Teatre del Liceu. Cansados estaban de deambular sus ojos por los interiores, con espectaculares ventanales, como las vidrieras del vestíbulo, que narraban la tetralogía del *Anillo de los Nibelungos* de Wagner. Estaban habituados a subir por aquella escalinata de mármol y latón pulido que cruzaba la Sala de Lectura con sus preciosos elementos decorativos modernistas, como los arrimaderos de las paredes, las vigas del techo o las lámparas con apliques de latón. Era recorrido por los visitantes, el espacio conocido como La Rotonda, con lienzos de Ramón Casas, el Foyer o el Salón de los Espejos. Pero había algo más en esas estancias que el visitante no podía ver. Y no era la sala de ensayos, ni los vestidores.

Como en todo majestuoso lugar de numerosas estancias, se escondía un pasadizo subterráneo. Nadie sabía de aquel pasadizo que cruzaba las tripas de la ciudad.

Los inicios y la razón de ser de Barcelona se escondían en sus entrañas, donde no se podía descender de cualquier modo. Bajo la planicie en donde se erigía el centro, se excavaron innumerables pozos a diferentes profundidades y en diversas épocas históricas; muchos de éstos se escondían en los sótanos de algunas casas del *Barri Gòtic*. Un ejemplo de éstos fue el que Gaudí hizo perforar en la Torre de Bellesguard, con más de cuarenta metros de profundidad. Existían incontables corredores, de los que nadie se atrevía a hablar por miedo o prudencia, que comunicaban muchos de los edificios emblemáticos de *Ciutat Vella* entre sí y que llegaban incluso a atravesar los límites de la antigua muralla romana.

El mundo subterráneo era idóneo para esconderse, protegerse y escabullirse. Durante la Guerra Civil, se construyeron más de mil cuatrocientos refugios repartidos bajo toda la ciudad, con el fin de preservar a la población de los bombardeos, pero también había escondites de épocas muy anteriores, como la curiosa sala circular para siete personas, bajo el *Pati Llimona*, o bien lo que se supone que fue un lugar de reuniones clandestinas del bandolero Serrallonga y sus

esbirros, unos subterráneos cerca del Palau Mercader.

Hasta ese momento, algo se conocía de los fieles sefarditas que habían vivido tantos siglos en un rincón del Barrio Gótico. Allí donde acababan las murallas romanas, convergía la Barcelona judía. Y hasta allí iba a ser resguardada la joven solista. Alguien muy cercano a la Sinagoga Mayor del Call judío, había colocado un candil con una gruesa vela en el comienzo del pasadizo. Ingeborg bajó las escaleras del pasadizo con lentitud y prudencia. Eran escalones altos, estrechos y desiguales. Tras bajar, sintió un fuerte tufo de humedad y algo de putrefacción. Una sombra la esperaba entre la oscuridad a unos veinte metros. Cuando escuchó pasos, supo que era ella.

—*Shalom,* Ingeborg. *She Elohim ievarej Otaj** —dijo alguien a quien solo se le podía ver su espectro iluminado tras un candil como el de ella.

—*Shalom,* Isaac.

—Yo seré para ti el hilo de Ariadna. No temas, en unos minutos, te habrás habituado al intenso e insalubre olor y entonces estaremos a punto de salir.

Conforme avanzaban, la oscuridad era menos intensa. Probablemente porque la vista se habituaba a la negrura pero, casualmente comenzaban a haber entre las paredes pequeños lucernarios que recibían luz de la calle.

El destino de dicho pasadizo era la casa más antigua de Barcelona, ubicada en la calle de Sant Domènec del Call, nº6, databa del siglo XII. Pasó por toda suerte de vicisitudes. Hasta hacía unos años, había sido utilizada como burdel. Isaac había adquirido dicha casa con la idea de reformarla en un futuro. Llamaba la atención la inclinación de las paredes de su fachada, consecuencia de un terremoto acaecido en 1428, que también derribó el rosetón de la iglesia de Santa María del Mar.

Ingeborg llevaba un sombrero bonete de rafia color negro de tres lazadas que nacía en su coronilla y realzaba su dorada cabellera suelta, y cómo no, había coloreado sus labios de rojo coral. Sobre su cuello, un collar negro de perlas de varias vueltas. Vestía un traje pantalón negro de pierna ancha diseñado y confeccionado por Coco Chanel, de seda, con pedrerías rojas esparcidas en el pecho y cintura que dibujaban dos palmeras.

Calzaba unas cómodas Mary Jane negras, conocidas en España como merceditas.

Isaac abrió la puerta de su domicilio y ayudó a Ingeborg a subir los anchos peldaños. Alguien les esperaba en la casa.

—Lo habéis conseguido. *Shalom*, Ingeborg.

—Es mi hijo, Josué.

—*Shalom*, Josué.

Ingeborg contemplaba al padre y al hijo. Durante todo el trayecto solo seguía una sombra negra, ahora con los ojos algo habituados a la luz exterior, pudo poner cara a esa voz y esa sombra que había ejercido de hilo de Ariadna por las tripas de Barcelona.

—Gracias, Isaac.

—Mi otro hijo, hermano de Josué, es el jefe de policía del distrito de Ciutat Vella. Él es el que se encargará de acordonar la zona.

—¿Es seguro el plan?

—Sí, no se preocupe. Lo hemos estudiado todo muy bien. Tiene varios compañeros infiltrados en la trama, además de su amigo Ariel y Zaray que están al frente de la situación en el interior. Otro de nuestros feligreses es el dueño de dos ambulancias aparcadas en una cochera cerca de la zona marítima. Él, junto con dos personas más, es el que se encargará de entrar con una camilla y llevarse el supuesto cadáver.

—Es todo un absurdo esperpento —dijo la cantante, que todavía no digería el plan urdido.

—El crimen perfecto está sobrestimado —dijo Isaac soltando un buena carcajada.

—Sí. Hablándolo así suena todo como una película barata. La mayoría de crímenes, cuando se hablan, dejan de tener encanto y se convierten en tramas banales. El triunfo viene luego. No le voy a decir que seamos unos profesionales en el arte de deshacernos de personas. Pero sí le debo decir que tenemos poder y respeto para realizar todas las acciones pertinentes, para fingir su muerte. Mañana mismo, su asesinato será noticia. Habrá varias hipótesis, pero en unas semanas las aguas se habrán calmado y usted se habrá convertido en un hito histórico. En una soprano con final dramático, digno de una ópera.

Zaray fue el principal señuelo. El cuerpo escondido tras una sábana blanca mortuoria. Ariel, quien se encargó de avisar al jefe de policía con una llamada real del suceso. Todos los cómplices trabajaron comprometidos en salir airosos del plan. Finalizado el arduo cometido, fue un orgullo para todos, saber del limpio y elegante trabajo realizado.

Isaac se encargó de mandar una nota de prensa a los periódicos autónomos y nacionales junto con fotografías realizadas por un periodista y compañero infiltrado, por si las cosas se torcían. Nadie, absolutamente nadie, tuvo una sola duda de que Ingeborg Himelbaum había sido asesinada. Y todos susurraban un nombre, un artífice del crimen: la princesa Sameera.

Esa noche Ingeborg cenó con Isaac y toda su familia, fue una cena especial, de las que le recordaban a su vida en Múnich. Cuando todos los miembros de la familia eran felices y estaban unidos, cuando la religión y el paganismo formaba parte del día a día y de su identidad.

Desde entonces, había habido celebraciones hebreas, habían encendido la *menoráh* en ocasiones indicadas, si se encontraba en casa. Además Samuel era bastante amante de los rituales hebreos. Pero, a pesar de todo, faltaban su madre y hermano y las celebraciones perdieron su gracia. Esa noche sintió miedo a lo que estaba por venir y añoranza de lo que un día tuvo.

3.Vacío y desolación

Samuel Levy

Fue una de las noches más duras que recordar en el futuro. Pensaba que la vida le había dado una tregua, el día que fue rescatado por Ahmad de aquel infierno vivido en la Alemania nazi. Pensaba que burlaría la mala suerte con su capacidad intuitiva y carisma para codearse con gente de fe, auténtica y comprometida. Su plan se estaba desmoronando.

Fue una noche llena de miedo e inquietudes. Si todo había salido bien en España, mañana Ingeborg Himelbaum sería noticia por ser asesinada a punta de pistola en su camerino.

Ambos debían encontrarse en el aeropuerto de Londres a la hora del té, donde deberían brindar por el buen plan trazado y las buenas exceptivas de vida, de nuevo, en Nueva York.

Samuel era incapaz de asistir a su cita en Londres sin su nieta. Antes, prefería lanzarse al vacío desde la torre Eiffel.

El sol acabó entrando por las ventanas de la residencia de la familia Gout. Todos esperaban el sonido de aquel redondeado teléfono.

Ansiosos de recibir buenas noticias que le destinaran al encuentro con su única nieta, para posteriormente apearse en el aeropuerto, ignoraron el aroma de café y croissants frescos traídos por la doncella.

Monsieur Gout, con su bata de seda negra y sus zapatillas de fieltro, efectuó varias llamadas, entre otras a la gendarmería. La respuesta era esperanzadora, apenas habían transcurrido veinticuatro horas de su desaparición.

Ambos compañeros de la comunidad judeo-masónica convinieron que solamente alertarían al príncipe Ahmad de la desaparición de su hija, cuando Samuel estuviese a salvo en Nueva York.

Ingeborg paseaba su pesada maleta por los largos pasillos del aeropuerto de Londres. Lucía un bonito sombrero blanco de rafia, con perlas blancas y un traje chaqueta de falda entubada color maquillaje. En su otra mano, llevaba un pequeño bolso de piel de cocodrilo que hacía juego con sus zapatos de tacón. A lo lejos, divisó la silueta de su padre y, en sus labios fucsia, se difuminó una suave sonrisa. Sus andares, cada vez más ligeros, buscaban con la mirada a su niña.

Imaginaba que andaría inquieta por los suelos de los aeropuertos y haciendo migas con alguna niña, hija de otros viajeros. Conforme llegaba al encuentro, divisaba en su padre un halo de tristeza y decaimiento. Al no encontrarse con Simona, desde lejos gritó:

—¡Padre!

Samuel hundió la cabeza en su tórax mientras ladeaba el cuello con impotencia.

—Padre, ¿qué pasa? ¿Dónde está Simona? —gritó.

—La han raptado, Inge —dijo con voz trémula cuando la tenía a escasos centímetros.

— ¡No! ¡No es posible! No, padre. ¡No es posible! ¿Qué hiciste con ella?

Los argumentos de Samuel hundieron las esperanzas de Ingeborg.

—Esto lo arregla Sameera. Acompáñame, voy a tomar un taxi a su residencia.

—¿Dónde tienes la cabeza, Inge? —dijo forcejeándole un brazo.

—Luego iremos con ella hasta París. Si quiere a Ahmad, renunciaré a él. Haré todo lo que me pida. Pero quiero que me devuelva a mi niña.

—¡Inge! ¡Te recuerdo que tú estás muerta!

—¡Pues acabo de resucitar, padre!

—Inge. No puedes hacer eso. Has fingido tu muerte. ¿No lo ves? Vas a poner en evidencia a personas que de forma altruista, han arriesgado su vida por ti. Esto no funciona así. Si les delatas, morirán fusilados. No lo olvides, vivimos en un régimen franquista que persigue con dureza a nuestra gente.

Samuel parecía algo más calmado, pero Ingeborg seguía con los nervios a flor de piel. Éste temía que alguien la observara y alertara a un policía de que una mujer se encontraba considerablemente alterada.

—Padre. No me diga esto. No puedo quedarme como si nada.

—Hija. Ahmad adora a su hija, él se encargará de remover cielo y tierra hasta encontrarla, él se encargará de sobornar a Sameera o azotarla si hace falta para que confiese. Pero tú estás muerta, ¿me escuchas? —Dijo, tomándola con los hombros y lanzándole el aliento a su rostro—. Ingeborg Himelbaum ha muerto —dijo con la boca rígida como si temiera que alguien le leyera los labios—. Ahora eres Agatha Levy y trabajas como secretaria de un importador de antigüedades.

—Padre, ¡nunca debimos haberte hecho entrega de nuestro bendito libre albedrío! ¡No, padre!—Exclamó mientras le golpeaba a éste el pecho con los puños.

—No podemos formar aquí un escándalo. Debemos ser discretos. Vamos a por un vaso de agua. Madam Gout me ha dado este sedante



para ti. Para sobrellevar el viaje sin agonizarte con la pena.

4.Dos pérdidas y un día

Ahmad Al-Futtain.

Ahmad amanecía en su residencia de Londres. Había compartido lecho con su esposa Sameera, la cual había intentado seducirlo con hermosa lencería y caras esencias. Éste se hizo el dormido e intentó arrimarse al extremo de la cama evitándola.

Una de las doncellas les despertó golpeando la puerta con sutilidad.

—Alteza, tiene una llamada desde España. Creo que es importante.

Ahmad se colocó su bata estampada de seda hindú y las zapatillas de cuero. La princesa salió tras él.

Tras el aparato, un señor se presentaba como el director del Gran Teatre del Liceu, el cual tras expresar sus sentidas condolencias por la trágica muerte; le sugería instalar la capilla ardiente en el teatro. Era importante tomar la decisión con gran celeridad, puesto que los medios de comunicación precisaban información y cuanto más tardara, estos pedirían algo más de carnaza.

— ¡No es posible! ¡Es inconcebible!

Tras el aparato, alguien le advertía que el teatro se hacía cargo de la investigación. Se trataba de uno de los más importantes del mundo y durante años había sido escenario de las más prestigiosas obras.

—De acuerdo, me reuniré con usted tan pronto como llegue a Barcelona —le respondió consternado a aquel buen hombre del cual siquiera había retenido su nombre al inicio de la conversación.

Todavía no había terminado de colgar el auricular cuando instigó a su esposa:

—¿Qué tienes que ver en esto, Sameera?

—No sé de qué me hablas, *habibi*.

—Han asesinado a Ingeborg Himelbaum. ¡Y no me cabe duda de quién ha estado urdiendo el crimen! Y así lo voy a manifestar en la comisaría de Barcelona. ¿Cuánto les pagaste a tus matones?

—*Habibi*, no sé de qué me hablas. Estoy tan desconcertada como tú. La Himelbaum muerta. ¡Qué horror!

Ahmad se retiró a sus aposentos mientras su esposa le seguía como una perrita en celo.

La doncella les interrumpió de nuevo.

—Señor, tiene otra una conferencia, esta vez proveniente de París.

Tras el auricular, *monsieur* Gout, difícilmente articulaba palabra.

—Soy *monsieur* Gout. Uno de los miembros de la Gran Logia De Francia. Estimado Ahmad, no sé cómo explicarle lo sucedido, me siento tan consternado.

—Prosiga, *Monsieur* Gout —dijo Ahmad. Era un día trágico. Difícil sería recibir otra noticia tan nefasta como la que todavía no acababa de digerir.

—Alteza, el señor Levy y su hija Simona estuvieron ayer con nosotros. Levy tenía planeado asistir a un par de reuniones. Una de ellas se nos adelantó. En un principio, teníamos planeado realizarla hoy a las ocho de la mañana, pero muchos asistentes, debían tomar un avión y se le solapaban las reuniones. Yo tuve la idea de que Levy dejará a la pequeña Simona con mis hijos; son mellizos, tienen ya catorce años y son muy responsables.

—Por favor, *Monsieur* Gout, vaya al grano. ¿Qué le ha sucedido a mi pequeña?

—Ha desaparecido, pensamos que ha sido raptada, alteza.

—No es posible —dijo con deseo de soltar el auricular resbalándolo con el sudor de sus manos, como si este pesara una losa.

—Hemos dado orden de que cierren las fronteras. Tenemos la esperanza de que siga en París. No han pasado ni siquiera veinticuatro horas.

—*Monsieur* Gout, haré por estar en su domicilio en menos de tres horas.

Ahmad colgó el teléfono y se dirigió de nuevo a su dormitorio.

—Marta, por favor, prepáreme el equipaje. Voy a tomar un baño mientras tanto. Sameera, intuyo que tú también tienes mucho que ver en lo que le está sucediendo a Simona. Te advierto que por ella soy capaz de despellejarte viva. Así que espero que pronto confieses, de lo contrario seré implacable contigo.

Ahmad se reunió con *monsieur* Gout y con el jefe de la Gendarmería Francesa. Aprovechó la ocasión para contratar a un detective privado que fuera barriendo el rastro de lo que la guardia francesa no alcanzara a divisar. Durante semanas, se podría ver el retrato de la pequeña Simona en las contraportadas de los periódicos. A continuación, partió hacia Barcelona, fue directo al Liceo, en el escenario del teatro, rodeado de coronas de flores, se encontraba el retrato de la artista y un libro de condolencias.

—¿Dónde está el cuerpo de la solista? —preguntó Ahmad.

—Su familia dio órdenes de incinerarlo. La urna cineraria está en poder de su padre. La joven deseaba que, llegado el día, arrojaran sus cenizas a la orilla de su playa, para que su pequeña, cada vez que se asomara al balcón, pudiera sentirla cerca —constató el director general del Gran Teatre del Liceu.

Desde la butaca de su avión privado, Ahmad intentaba reprimir sus lágrimas. Necesitaba dejar de bloquearse, todo le parecía demasiado rocambolesco. Tampoco creía a Sameera capaz de semejantes retorcidas hazañas, pero entonces, ¿quién si no? En su mente tenía dos ideas bien claras. Desafortunadamente todo apuntaba a que su pequeña había sido raptada. No obstante, el asesinato de Ingeborg no lo concebía. ¿Su cuerpo incinerado? ¿Su familia apoderándose de la urna? ¡Pero si Samuel se encontraba en París!, ¿qué otro pariente se habría adueñado de los restos de su amada?

Recordó la última velada que pasaron juntos. Hacía una semana que se habían amado sobre la playa. Ingewort parecía extraña. Estaba algo sensible y nostálgica. De hecho lo abrazaba con una fuerza diferente. Como si quisiera despedirse de él. También manifestó impotencia, dolor y frustración al ver que sus ojos no veían los hechizos de Sameera.

Además, Simona no acostumbraba a viajar con el abuelo, nunca. Si en este caso Ingeborg permitió que así sucediera, era porque planeaban un salvoconducto para escapar.

¿Tan asustada estaba Ingeborg de Sameera como para fingir su muerte y desaparecer de su vida?

Necesitaba serenarse. Retirarse en silencio a su palacio de Irán. Con la mente bien fría, urdiría un plan que vengara a su esposa. Sería un plan limpio, no caería en la vulgaridad y simpleza de usar la violencia sobre ella. No. Usaría su inteligencia e intuición para que toda artimaña fuera impecable.

A pesar de que su mente ilusionista, quería creer que su pequeña estaba feliz con su madre y abuelo, no encontraba lógica la idea. No hubiese sido entonces necesario dar la voz de alarma en París; cerrar las fronteras y mantener a todo el mundo en alerta. Si la cabeza maquiavélica de Sameera no hubiera estado metida en los pasos de su pequeña, no hubiera sido necesario crear tanto drama y expectación sobre una inocente niña de cinco años.

Conforme transcurrían las horas y los días, una seguridad se adueñaba de sus intuiciones. Ingeborg estaba viva. Su padre y la asociación judeo-masónica a quien pertenecía les habían facilitado el señuelo.

—Excelente trabajo, queridos amigos judíos —dijo mientras encendía su pipa de caoba y movía con un dedo el hielo de su whisky —. Veamos si yo también sé hacerlo también como ustedes.

Ahmad permaneció durante más de dos meses encerrado en su despacho de Irán; su campamento base. Allí recibió a abogados, asesores y viejos amigos, dispuestos a contribuir con su venganza.

5.El jeque

Ariel Duarte

El *jet-lag* hacía mella en los rostros de Ellis y Simona, en cambio no podían evitar mantener los ojos y los oídos bien abiertos ante la asombrosa vida de Ingeborg y Ahmad.
—Chicos, no hacéis muy buena cara, os he preparado una habitación. Yo vivo en el piso de arriba, ¿por qué no tomáis algo y dormís unas horas?
—Ariel, sería incapaz de dormir después de todo lo que me has estado contando. Dormiré cuando lo sepa todo, háblame de mi padre, Ariel.
—¿Sabes que te pareces mucho a él?
—Sí, eso dicen.
—Aunque creo que por dentro eres igual que tu madre. Tu padre era un verdadero seductor. Vestía elegante, como si acabará salir de una película americana. Tenía mucho poder. Le encantaba cazar, su animal favorito era la cebra. Cuando naciste había cazado una y la ordenó embalsamar. Si no recuerdo mal, estaba colgada en la entrada de la casa sobre un friso de madera de roble.
—Sí. Sigue ahí. Y había pensado desprenderme de ella. No me gusta. Y ¿cómo demonios llegaría a la costa catalana? ¿Dónde compró la casa cerca de la playa?
—Creo que algún erudito le habló de aquella costa acantilada. Ahmad quería adquirir una casa en una isla de las Baleares, pero luego descartó la opción concentrándose en casas cerca del Mediterráneo con una ciudad cercana a Europa y a Oriente. Esa casa fue un regalo de Ahmad para vosotras. Os quería mucho. No me cabe duda.
Las preguntas de Simona salían de forma atropellada. Había descubierto el elixir de su familia y quería seguir bebiendo de él.
—Ariel, cuéntame algo sobre su vida como jeque.
—Llegó a asistir como invitado a la coronación de la reina Isabel de Inglaterra, era amigo íntimo de Lawrence de Arabia y de Hemingway. Era uno de los hombres más carismáticos de la historia, y para ser sinceros y, como yo soy un romántico empedernido, diré que tu madre y tu padre hacían una pareja de película. Podías sentir la química y la pasión entre ellos, sentí siempre que estaban destinados a estar juntos para siempre. Por eso, supe que la buscaría y sería capaz de desenterrarla, sin destapar aun así el misterio.
—Pero, entonces, ¿su muerte también fue un señuelo?

—Mejor dicho, una venganza —respondió Ariel.

6.Venganza y amor: dos energías unidas

Ahmad Al-Futtain

Ahmad quiso vengarse de Sameera. Pero quería hacerlo de una forma regia. Nada de matarla a palos o lapidarla viva. Y eso que, como jeque, tenía licencia para hacerlo. Ahmad se encerró en uno de sus palacios, redactó un testamento en el que dejaba a Sameera una pequeña asignación económica y el título de alteza. Donó toda su herencia, incluidos yates, aviones y automóviles a sus tres hijos: Rashid, Nabil y Simona. Vendió un cincuenta por ciento de sus bienes, entre otros (la marca de perfumes) a un egipcio llamado Tsekani Nasser. Redactó una nota de prensa fingiendo su muerte, la cual saldría publicada en periódicos internacionales.

A pesar de contar con cincuenta y seis años, decidió que era momento de empezar de nuevo; consiguió nueva documentación; pasó a llamarse Tsekani Nasser, igual que aquel egipcio a quien vendió parte de sus bienes, de modo que seguía manejando parte de su fortuna.

Voló a Nueva York desde Egipto, intuía que su amada Ingeborg se había trasladado allí. Tenía un buen olfato, no en vano era perfumista. Samuel mantuvo su nombre y apellido, esto facilitó mucho el rastreo. Supo entonces que éste vivía con su hija, Agatha Levy. Le siguió la pista a ésta, descubrió así que trabajaba como secretaria de un importador de antigüedades, en un pequeño despacho ubicado en el 375 de Park Avenue.

Ingeborg había cambiado, ahora era una mujer corriente. Una mujer asalariada que trabajaba de lunes a viernes y se mezclaba con la multitud de ciudadanos neoyorkinos.

Aun así, seguía luciendo hermosos y suntuosos vestidos, pero ya no vestía aquellos trajes tan elegantes y palaciegos, pues en su agenda no existían eventos dignos para la ocasión.

La mítica Himelbaum había muerto y parte de ella también en aquel camerino del Teatro del Liceo. Ya no era la misma, había dejado de cantar. Y se percibía en su luz, en su aura, y ese halo, esa tristeza, fueron acentuándose día a día, como una planta de interior que no encuentra luz a su alrededor.

Ingeborg, o mejor dicho, Agatha, empezó a recaer. Era lógico que su lado más valioso, su tendón de Aquiles, fuera el centro neurálgico de todos sus males.
La desaparición de su hija y el suicidio de su amado, fueron los bastiones de su autodestrucción.
Era una mañana del mes de octubre. Apenas llevaba dos meses trabajando para la compañía, pero había adquirido la suficiente experiencia para llevar ella sola la empresa. Uno de los motivos principales, era su facilidad en hablar diferentes idiomas. El trabajo era lo único que la evadía de los recuerdos, por lo que se implicaba a fondo en sus tareas. Aquella mañana iba a reunirse con un señor egipcio, un tal Nasser cuyo nombre de pila no alcanzaba a memorizar y lo rebuscaba entre las páginas de su agenda, pues no quería parecer descortés ante aquel cliente interesado en la venta de reliquias provenientes de su patria.
Su secretaria la llamó por el interfono.
—Señorita Levy, está aquí el señor Tsekani Nasser.
Eso, Tsekani, pensó al recordar el nombre de pila.
—Hágale pasar, por favor.
Cuando ambos se encontraron, fue un estallido de emociones: llanto, dolor, rabia, ira, pasión. ¿A qué sentimiento dar prioridad? Todas las emociones se arremolinaban formando un tornado de manifestaciones. Pero todas tenían un nombre que pronunciar incluso mientras se robaban besos y entrelazaban sus lenguas sin recordar respirar.
—Simona. Nuestra pequeña. ¿Sabes algo de ella?
—No. Nada. ¿Y tú?
—Tampoco.
—Te juro que me voy a vengar. Sé que Sameera ha sido la artífice de todo. Ingeborg, perdóname por no haberte creído, fui un necio, no pensé que alguien que lo tiene absolutamente todo, fuera capaz de arrebatarnos lo que más amábamos. La encontraremos.
—¿Y cómo me has encontrado a mí?
—Soy astuto. Por eso sé que en unos días también encontraré a nuestra princesita Simona y seremos felices los tres.
Acabaron estirados en el suelo sobre la moqueta del despacho, con las ropas desprendidas de su cuerpo, los cabellos revueltos y el calor de la piel ardiendo de placer.
—Mi padre, cuando te vea, se pondrá hecho un basilisco.
Ahmad acariciaba y olisqueaba aquel brillante y platino cabello y miraba con delicadeza esos ojos intensamente azules y aquellos labios turgentes que adoraba morder.
—Bueno, creo que definitivamente entenderá que te amo, que soy capaz de renunciar a todo por ti; de olvidarme de todos mis bienes y comenzar de nuevo. Capaz de conservar vuestro secreto e incluso

hacer acopio de él. Pues yo también pedí a mi albacea que lanzara mis cenizas a la playa de San Sebastián en Sitges.
—Lo sé y cuando lo leí, pensé que me mandabas un mensaje irónico. Sin embargo, yo misma atenté contra mi intuición y lloré tu muerte.
—Nos conocemos demasiado, tesoro —sentenció Ahmad.
—Sí y nos queremos más allá de nuestras cenizas. A mi padre le darás una lección, entenderá que nuestro amor es auténtico. El más auténtico jamás antes descubierto. Pero yo ya no soy la misma desde que desapareció Simona. No sé cómo sobrellevaremos esto. He dejado de cantar, he perdido las ganas de vivir, me he convertido en una mujer gris.
—Amor, es todo cuestión de tiempo. Ya verás.
—¿Y si no es así? ¿Y si pasan los años y no aparece?
—Pues los dos seremos dos almas sin sombra, dos espectros sin tumba. Pero tenemos una segunda oportunidad, existe una segunda oportunidad para nosotros.
—Estoy empezando a descubrir una vida sin cantar, ¡lo echo tanto de menos! Echo de menos calentar la voz y ensayar. Además, no estoy vital, porque me falta mi pequeña Simona, creo que si estuviera aquí, me importaría un cuerno haber dejado la ópera.
—Sí, para mí ha sido sencillo renunciar a todo, tanto que, no sé cómo no se me ocurrió hacerlo antes. Podríamos haberlo planeado juntos, ojalá te hubiera creído cuando me alertartes de tus intuiciones sobre Sameera. Yo la hacía algo más indefensa. Le debo una disculpa a tu padre, debí creer en sus intuiciones.
—Padre se siente culpable de la desaparición de Simona. Ésta hundido.

Sameera también fue consumiéndose. Desde lejos, Ahmad manejaba los hilos, como si se tratase de una marioneta. La princesa tuvo que despojarse de todo su patrimonio artístico. Todas las obras de arte que adquirió en sus años de esplendor, volvieron a ser subastadas para poder abastecerse de comida y caprichos. Ahmad, para jugar al despiste, usaba diferentes nombres, todos ellos de origen árabe, con los que adquiría los bienes de los que ella se desprendía. Acabó despidiendo a sus empleados. La asignación que su difunto marido le había legado, era infame para su ritmo de vida. Dejó de ser un anzuelo interesante para los pescadores de instantáneas sobre la moda y acontecimientos, además de perder a todas sus pudientes amistades, pues no tenía haberes con que acompañarles.
Tras despojarse de sus reliquias adquiridas en Sotheby’s, acabó subastando su juego de té de plata de ley y vendiendo su casa de Belgrave Road. Sin embargo, parte de su economía iba destinada a alguien que hacía que el secreto del paradero de Simona, fuese todo

un misterio.
Su transición en la sociedad, la llevó a perder la cordura y acabó ingresando en un hospital psiquiátrico.
Los años pasaron y no hubo rastro de Simona. La pareja siguió amándose sin reservas, pero la salud de ambos fue menguando. Ahmad sufría del corazón e iba perdiendo todo ese portento de energía que un día envolvió y conquistó a la joven Ingeborg. Ésta padecía de leves apoplejías que creaban conflictos en su expresión oral. No solo fue mermando por el vacío de haber perdido una hija. El hecho de renunciar a su más valioso don la había también avejentado. Su cabello en menos de un año se tornó blanco y brillante como las alas de un cisne, su rostro fue plisándose día a día, sus labios carnosos habían dejado de tener aquella turgencia, pero aun así no dejaban de ser coloreados por pigmentados carmines. Pero la pérdida física más aplastante, era la de sus habilidades expresivas. Aun así, ambos se amaron sin reservas.
Samuel murió de vejez, fue una muerte serena y repentina.
A Ahmad se le paró el corazón a los sesenta y cinco años.
Dos meses después de la muerte de su amado Ahmad, uno de los tantos detectives que había contratado el difunto, apareció en su hogar de Los Hamptons con buenas noticias; aseguraba haber encontrado a Simona, certificaba que la habían rebautizado bajo la religión cristiana con el nombre de Carmen Expósito, vivía en un orfanato de hermanas dominicas ubicado en Lerma, Burgos. En alguna ocasión habían asistido a orfanatos al encuentro de Simona. Este tipo de pistas y la decepción tras el viaje, resultaban devastadores para el alma. En esta ocasión intuía que sería lo mismo, pero no quiso tirar la toalla y viajó hasta Lerma. Cuando se encontró con Carmen, supo a ciencia cierta que ella sí, era su hija, su Simona. Sus ojos, su cabello, su piel, sus lunares y hoyuelos y esa nariz aguileña; no cabía duda.
Las monjas dominicas le contaron cómo llegó hasta allí, profundamente drogada por una pobre prostituta de etnia gitana. Los efectos de la droga fueron tan fuertes que la muchacha no recordaba nada de su pasado. Por ello, fue difícil saber de sus orígenes. Sin embargo, algo le decía a aquella madre superiora que esa niña, de aires algo refinados y educados, que a solas y en sueños hablaba alemán, no debía de ser hija de aquella ordinaria mujer que la abandonó.
Agatha había recogido su corta melena brillante y blanquecina con unas bonitas horquillas dejando unas ondas a un lado de su cabello. Llevaba un diminuto tocado verde salvaje con una tela de rejilla negra que cubría su frente y cejas. Lucía un vestido camisero color caqui con botones fucsia y falda en pequeños plisados. Su boca, fresada, quedaba ligeramente torcida hacia un lado, secuela de una de sus apoplejías.

—Soy Agatha Levy, tu abuela materna —se presentó con los ojos almibarados y tomándole con la mano el mentón.
Tal y como le había avanzado la madre superiora, Carmen, como otros muchachos del internado, no acostumbraba a manifestar muestras de cariño y asombro. Eran algo desconfiados y miedicas con la gente, siempre pensaban que querían usarlos a su ventaja sin pensar en el beneficio de ellos.
—Hola, Agatha —dijo Simona.
—Dentro de dos meses cumplirás los dieciocho. ¿Te gustaría mudarte a vivir conmigo? Tengo una casita en Los Hamptons, cerca de Nueva York. Me puedo encargar de tu tutela y de financiar tus estudios, siempre y cuando tú des el consentimiento, claro está.
—Bueno, no tengo mejores opciones, Agatha.
—Tengo un dinero ahorrado, lo ahorré con la esperanza de encontrarte. Llevo buscándote durante muchos años. En ese instante, Agatha deseaba nombrar a su querido y difunto Ahmad, pero decidió mantener su romance blindado en su corazón. Ahora más que nunca, debía ser Agatha Levy; su abuela. Nada podía llevarla a sospechas. No se sentía con la agilidad mental ni el arrojo para confesarle toda la verdad.
Y durante el resto de su convivencia, fue una relación de abuela y nieta, cordial y cariñosa, pero exenta de abrazos y mimos. El primer abrazo verdadero, fue cuando Simona se graduó. Ambos sintieron un fuerte orgullo y unión. Si la joven lo había conseguido, era también gracias al apoyo de su abuela. Todos sus compañeros tenían que trabajar para pagarse los estudios, mientras que ella, recibía mensualmente una buena asignación para cubrir todos los gastos.
Agatha admiraba la ambición de Simona, en eso se parecía a ella. Se dejaba la piel en su profesión, quería ser la mejor y detestaba caer en la mediocridad. Siempre hizo buenas migas con su compañero de promoción Ellis y aunque Simona no lo quiso apreciar, Agatha intuía que en el futuro, formarían una hermosa pareja.
La profesión de Simona, fue su forma de sanar todos sus conflictos. Era consciente del error cometido en su destino por parte de algún adulto irresponsable. Como psicoanalista, escrutaba profundamente su comportamiento en su infancia y los errores cometidos alcanzando una edad adulta en su corta infancia, debido a éstos. Sabía que su crecimiento, como el de todo ser humano, era infinito. Pero ella no podía mirar hacia otro lado como muchos lo hacían. Debía dejarse la piel sanando y curando secuelas.

7.Un eslabón más

Ariel Duarte

Habían transcurrido ya cinco horas desde la llegada a la escuela de piano de Ariel en el centro de Ciudad de México. La emoción y la conmoción habían vencido al cansancio, pero era momento de darle una tregua al día y descansar.

—Os he preparado una habitación, toallas limpias y tenéis algo de comida en la nevera. Deberíais dormir unas horas, esta tarde saldremos a cenar y os enseñaremos los sitios más pintorescos de la ciudad.

—Ariel, ojalá nos hubiéramos conocido antes, me hubiera gustado tanto ver a mi abuela como mi madre, nunca pensé que yo era su hija y siento que todo fue un tanto injusto: su vida, la mía.

—No te quepa duda, Simona, de que tu padre se cobró muy bien la venganza de Sameera. Quizás no sabe tan bien como una venganza sangrienta. Pero te puedo asegurar que fue una venganza gozosa, ver cómo Sameera dejaba de aparecer en las revistas del corazón, cómo perdía sus grandes reliquias y se quedaba sola. Tus hermanos fueron algo imparciales, tampoco se apiadaron demasiado de ella. Y no olvides que tus padres vivieron juntos y felices dentro de la desdicha de no tenerte. Renunciaron a todo lo que poseían por recluirse juntos y luchar por encontrarte.

—Solo me queda una pequeña duda; si mi abuelo se llamaba Samuel Levy, ¿qué origen tiene Himelbaum?

—Era el apellido de primeras nupcias de tu madre. Su marido se llamaba Anastazy Himelbaum, decidió mantenerlo en memoria de su trágico fallecimiento.

Ambos tomaron una reconfortante ducha, cerraron las persianas fingiendo que caía la noche en aquella media tarde; destaparon las blancas y almidonadas sábanas y entre abrazos durmieron el jet lag y las emociones.

—Ellis. ¿Duermes?

—No. ¿Qué sucede?

—Pensaba. Pensaba en el lío de nombres y apellidos. Me llamaban Carmen Exposito. Con dieciocho años supe que mi nombre era Simona Himelbaum. Semanas antes de mi enlace, descubro que realmente soy

Simona Al-Futtain-Himelbaum y, en el viaje a México, tras un mes de casada y acostumbrándome a mi estrenado apellido Herzog, por fin averiguo que soy Simona Al-Futtain-Levy.

—Sí. Creo que eres un poco de todos esos nombres, detrás de ese corazón galopante recordando a tus padres en las dunas de Palmira, amándose entre cielos estrellados. Detrás de toda la conmoción creada durante estas semanas, sé que se esconde una gran mujer, una mujer que enterró sus fantasmas, que creció venciéndoles. Una mujer con dos padres llenos de coraje, que con ahínco, ha ido descubriendo, nota tras nota, aquellos destellos de perfume oriental: princesa Simona Herzog Al-Futtain-Levy, casarme contigo ha sido todo un acierto.

—Pero no olvides que sin ti hubiera sido imposible, Ellis. Sabes, quiero que nos amemos con la misma intensidad que mis padres se amaron.

—Ya lo hacemos, Simona. Venga, ahora descansa, de lo contrario esta noche estarás toda la velada bostezando, y ahora tienes que comportarte con aires de princesa oriental —dijo Ellis sonriendo.

La siesta fue algo corta para ambos, pero bastante reconfortante. Simona seguía digiriendo la historia, y a su mente afloraban ideas, planes y conclusiones. ¿Debía comunicarles a sus hermanos que su padre fingió su suicidio? Quizás no, puesto que nada alteraba en sus vidas aquel hecho, y les dolería. Era un secreto compartido únicamente con Ariel y el abuelo Samuel, y ahora con ella y su esposo. Revelarlo sería mofarse de la venganza urdida por su difunto padre y destapar una herida cicatrizada.

Los tres se dirigían a un enorme restaurante situado en el centro de México. Hacía una noche tranquila, llovía de forma ligera pero sin estorbar en exceso a los viandantes. Desde el interior del restaurante, contemplaban las gotas de lluvia rozar los amplios ventanales del local, donde se escuchaban cálidas rancheras. Esperaban a un amigo especial de Ariel, el cual estaba impaciente por conocer a los recién casados provenientes de su luna de miel.

A lo lejos, un hombre de unos sesenta años, alto, de cabellos canosos, considerable altura y delgado, cerraba su regio paraguas negro, y con gallardía hacía una mueca a Ariel.

—Buenas tardes, queridos, disculpen mi tardanza. Pero mañana es el estreno y hoy eran los últimos ensayos.

—Os presento a mi amigo íntimo, Ezequiel.

—Hola. Un placer, yo soy Ellis Herzog.

—Y yo soy Simona —dijeron ambos mientras se levantaban dándole un apretón de manos.

—Ezequiel escribe obras musicales, lo que los clásicos italianos llaman libretto.

—Vaya. Os dedicáis ambos a la música.

—Sí. Pero nos conocemos de hace muy poco. Ezequiel ha vivido durante años en Buenos Aires. Se trasladó a Ciudad de México a raíz del estreno de la obra que yo he compuesto.

—Entonces, ambos formáis un perfecto tándem.

—Así es. Por eso nos hemos entendido tan bien y nos hemos hecho amigos cercanos. Ezequiel ya no regresará a Buenos Aires, se instalará en mi casa en unos días.

— ¡Oh! Eso es genial. ¡Que viva el amor! —exclamó Simona.

—Sí, querida, pero no lo digas muy alto, que en este país son muy clásicos y nos ven como especies extrañas.

Finalizada la exquisita cena con aires mexicanos, entre rancheras, pidieron un fresco tequila para digerir la rica cena.

—Simona, permíteme que retomemos el tema de tu madre, durante la cena hemos evitado comentar todas las emociones, por deferencia a mi invitado. Pero hay un eslabón pendiente y no nos lo podemos saltar.

—¡Otro eslabón! —exclamaron Ellis y Simona.

—Tu madre tenía un hermano que se fue de gira con Anastazy y otros compañeros del cantante Gardel. Debían tomar una avioneta que les llevarían a los Estados Unidos, donde debutarían en la radio de la NBC de Nueva York y en películas estadounidenses. Desafortunadamente, el avión se estrelló en Medellín y todos perecieron en el acto. El hermano de tu madre, nunca se subió en aquella avioneta. Fue un superviviente. No quiso seguir a Gardel en su gira, quiso desvincularse del mundo musical, optó que era hora de decidir por sí mismo. Ese hermano de tu madre se llama Ezequiel Levy —dijo mientras miraba a su íntimo amigo.

—¡No es posible! ¿Su hermano vivo? ¿Y por qué no diste señales de vida? ¿Es típico en mi familia eso de fingir muertes? —preguntó ella algo sarcástica.

—Eran tiempos complicados, siempre tuve clara mi condición de homosexual. Mi padre era un hombre muy estricto, debíamos obedecer sus designios. Él quería que me convirtiera en astrólogo cabalista. Cuando huimos de Alemania, mi hermana y su marido querían que fuera músico. El día antes de la travesía le dije a Anastazy que rechazaba el trabajo con Gardel. Tenía alma de poeta y no quería ser un mantenido de mi hermana o de mi cuñado, tenía espíritu errabundo. Me radiqué en Colombia, Guatemala, Honduras y Perú. Estuve colaborando con publicaciones literarias y políticas. Cuando cambiaba de país, era porque en el anterior me calificaban como hombre contradictorio y propenso al escándalo. Tras ser caracterizado como una de las plumas más polémicas de la época —la angustia y la sensualidad marcaban mucho mi prosa—, me dediqué en cuerpo y alma a la lírica. Descubrí el maravilloso don que tenía en unir a la

música, estrofas con una embriagadora melodía de pensamientos originales y alucinantes. También estuve traduciendo obras alemanas en una editorial y eventualmente publiqué libros de literatura homosexual, pero bajo un seudónimo.

—¿Nunca te pusiste en contacto con Ingeborg?

—No. Sabía que Ingeborg era una artista de mente abierta, pero no quería que la avergonzaran y que mi "pecado" fuera su penitencia. No quería disgustar a mi padre, quizás fui un cobarde egoísta, pero sin ellos, podía ser yo; alguien que ellos, jamás conocieron.

—Ezequiel creyó la noticia del asesinato de Ingeborg. Yo era de los escasos hombres sabedores de la trama. Conocí a Ezequiel hace menos de dos meses. Espontáneamente comenzamos a citar nombres de artistas, compositores, músicos que conocíamos o con quienes habíamos trabajado. De este modo atamos cabos. Yo le confesé que Ingeborg vivía en Nueva York. Y que respondía al nombre de Agatha. Esa misma semana contacté con ella para poder visitarla, pero nadie levantó el auricular al otro lado del teléfono. Un mes después, recibí tu carta. Ezequiel y yo dábamos brincos de alegría. ¡Qué casualidad! Era como si una fuerza espiritual nos quisiera unir.

—¡Qué hermoso! —dijo Ellis.

El encuentro de Ezequiel para Simona no fue tan sentido como el de sus hermanos, quizás era cuestión de sangre o de química. O simplemente, que en sus esquema genealógico, no había ubicado a aquel pariente. El tío Ezequiel, la oveja negra. Un tío homosexual, no le cabía duda de que bajo la piel de los Levy se escondían personas ávidas de aventureras y luchadoras. Y qué decir del otro porcentaje de su sangre árabe, aquella que afloraba desde pequeña en sus rasgos y le había dotado de unos ojos profundos capaz de, en cualquier momento, someter a alguien a un tercer grado y automáticamente aniquilarlo. Por fin conocía su código genético y le liberaba el saber que, en el futuro diferenciaría personalidades de sus progenitores en sus vástagos

Por primera vez, en sus células, sintió aquella energía poderosa de princesa del Oriente Medio. Su mente puso de manifiesto a aquella niña con gafitas pedaleando sobre aquella bici azul y detestando llamarse Carmen. La princesa Simona, visualizó un gran abrazo lleno de amor a aquella niña de antaño y la invitó a aparecer siempre que necesitara cariño. Ellis la cazó, pero esta vez su alma no había viajado dejando su cuerpo paralizado. Ésta vez su rostro era sereno y su sonrisa era envolvente y suntuosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Ellis.

—Estoy orgullosa de mis orígenes, soy feliz. ¡Y tengo una idea en mi cabeza que os va a parecer a todos algo maravilloso!

8.Entre bastidores

Simona Herzog

Las luces empezaban a apagarse de forma imprevisible y escalonada. La gente paulatinamente empezaba a bajar el tono de sus voces. El telón parecía moverse con el viento, seguramente, entre bastidores, algún solista se impacientaba por salir.

Simona se sentía como una verdadera princesa con ese vestido de corte regio, rescatado del armario de Ingeborg, en su hogar de Sitges. Estaba intacto, una auténtica reliquia creada por Cristóbal Balenciaga. Cuando lo liberó de aquella funda, sintió un auténtico flechazo. Un paso por una tintorería especializada en vestidos dignos de museo y lista; le quedaba como una segunda piel. Intuyó que su madre debió ser unos años mayor que ella cuando lo estrenó, pero el porte le decía que no solo usaban la misma talla, sino que tenían un cuerpo muy parecido. Los pendientes también eran de su madre, negros y con pequeños diamantes engarzados en forma de margarita.

Sentada en el epicentro del teatro, con esas rojas cortinas aterciopeladas enmarcando el palco real, miraba a su marido, quien la tomaba de esas manos enguantadas y le guiñaba el ojo.

En ese instante a su mente afloraron unas palabras dichas por Ellis aquella noche de cumpleaños en la ópera de Viena.

“Escúchame bien, Simona: todos tenemos un momento en el cual la ópera cambia nuestras vidas.”

Nadie había escatimado en galas aquel día, Ellis lucía un elegante esmoquin, al igual que todos los invitados congregados en el palco. Rashid y Nabil con sus esposas y sus primogénitos, sentados a la derecha de Simona, y Theodora y Michael ubicados a la izquierda de Ellis.

La ópera era un arte donde confluía la música, el canto, la poesía, las artes plásticas y la danza. Esta compleja alquimia hacía que cada función, fuera un espectáculo extraordinario, acaparando la vista, el oído, la imaginación y la sensibilidad del público, en el que todas las pasiones humanas estaban en juego.

El universo trajo a Simona todas las estrellas. Ella simplemente tenía que constelarlas.

Una buena opera, además de tener un portentoso contenido,

necesitaba de un buen libreto y libretista. Como maestro lirico, tenía a Ezequiel, quien durante años había escrito obras líricas, sacras, ballet y musicales. Un buen libreto debía ser efectivo teatralmente y a la vez adaptarse a los requerimientos de la música. Lo más recomendable era que el libreto fuese una obra que trabajar en estrecha colaboración con el compositor. Y aquí entraba en acción Ariel Duarte, la complicidad entre ellos sería vital para dicho trabajo.

Por otro lado estaban Rashid y Nabil, aquellos hombres de negocios que en su momento heredaron la productora de su padre. Ambos habían introducido en Europa y Estados Unidos exitosos musicales.

La idea afloró a la mente de Simona en México. La vida de Ingeborg fue una ópera oculta, llena de escenas intensas y dramáticas. Y ahora que todos los eslabones estaban alineados y unidos, solo faltaba darle los honores merecidos.

De este modo, constelando a aquella familia que durante unos años vivió suspendida en el olvido, nació la hermosa obra con nombre de perfume: Notas de Himelbaum. El estreno, no le cabía duda a nadie, debía ser en Die Bayerische Staatsoper, de Múnich, ciudad natal de la homenajeada Ingeborg Himelbaum.

Al acto se habían congregado múltiples asistentes provenientes de Australia, Canadá e incluso la Isla de Pascua, Curiosamente, todos viejos amigos y compañeros de la solista y de Ahmad. Lamentablemente, ningún amigo de la infancia o pariente lejano de la bávara pudo asistir. Todos perecieron en el holocausto. Los amigos y parientes de la familia Al-Futtain, ya ocupaban un veinte por ciento del aforo.

A lo lejos, Ellis y Simona podían identificar a Ariel y Ezequiel, elegantes con su pajarita. Hablaban con los músicos, gesticulaban notas, quizás. Se respiraba armonía desde el tímpano del escenario.

Las críticas de aquella noche eran decisivas para la continuación e historia de la obra. De ahí que todos estuvieran expectantes a que el telón se abriera y comenzara el espectáculo. Una semana después, la obra se estrenaría en el escenario liceísta y la pareja no pensaba escaparse a dicha cita.

Un tenor albanés, hacía el papel de poderoso jeque y una soprano holandesa, interpretaba a la joven Ingeborg, de la cual, todo hay que decir, tenía un ligero parecido.

La obra se componía de una mezcla de música electrónica, orquestas acústicas y serialismo.

Todo primer acto de una gran ópera comenzaba con un gran libretto: una feliz Ingeborg cantando sobre un transatlántico rumbo a Cartagena, acompañado de una música con aires caribeños. En el ambiente se definían luces y colores emulando la belleza de la arquitectura cromática de la ciudad.

En el segundo acto, se viajaba a la ciudad de las mil y una noches. Una jaima ubicada en el centro del escenario, brindaba protagonismo a los cantantes. Sus voces, sus narraciones, hablaban de amor, pasión y seducción. Y de fondo los sonidos de flauta y timbales, amenizaban el ambiente. En este mismo acto, una soprano de origen marroquí, debutaba en un aria como la princesa Sameera, deseando venganza. Un mago de tres al cuarto, seguido de un grupo de músicos golpeando un tambor de un solo parche con forma de copa, llamado derbake, se le cruzaba en su camino y ella le pedía complicidad.

En el tercer acto, la artista principal se lamentaba de haber perdido a su hija y la voz. Pero ¡qué voz! ¡Qué paradoja! En dicha área, la solista se lucía con sus sostenidos y narraciones. Se podía ver que era la mejor parte de la partitura y libreto de Ariel y Ezequiel.

En el tercer acto, el más largo y dramático, los protagonistas deciden fingir su muerte y renunciar a sus bienes abundantes para vivir su amor sin reservas.

Los cantantes fueron excepcionales actores y virtuosos cantantes. Las melodías eran pegadizas y la trama intrigante y entretenida. El resultado comenzaba a destellar en un estereotipo melodramático expresado a través de tonos conmovedores y explosiones de pureza.

El estreno fue todo un éxito, el público así lo manifestó, levantándose de las butacas y aplaudiendo hasta agotar energías. Las críticas también fueron positivas, tras la obra, hubo una pequeña recepción en una de las salas de la ópera. Todos se sentían orgullosos y pletóricos por los resultados. En especial el libretista, el compositor, los productores y el artífice, los cuales apartados en una zona reservada, brindaron con champán en memoria de Ahmad e Ingeborg.

—¡Esto ha sido por vosotros! ¡Porque nos enseñasteis lo que era la pasión! —exclamó Ariel.

—Yo debo felicitar a Ezequiel por su *libretto*. Me ha gustado mucho ese trozo ficticio del tercer acto en donde el príncipe y la solista fingen su muerte, le ha dado un toque pasional a la obra, sí señor, excelente trabajo.

Días después, la obra se estrenaría en Barcelona.

9.Hogar, dulce hogar

Tras la breve, emotiva y fructífera estancia en México, la pareja se marchó a Nueva York a ultimar los detalles de su traslado a Europa. Simona volvió a la residencia de Los Hamptons. Esta vez, más receptiva en curiosear, encontró fotografías de sus padres en aquella fase de fugitivos con nombres nuevos. La realidad siempre estuvo ahí cerca, simplemente la joven deseaba ser una buena nieta y no defraudar.

No hubo rastro de aquel perfume personalizado en su tocador, imaginó que Agatha, al enviudar, había renunciado a aquella esencia que le recordaba demasiadas anécdotas llenas de amor y pasión. A veces un olor puede convertirte en un recuerdo nostálgico y eterno. Sin embargo, sí se pudo encontrar con correspondencia de Ariel; de hecho, en el buzón había una carta suya, en donde le hacía partícipe a Agatha de la buena nueva de saber de Ezequiel.

En el hogar de Sitges, hizo inventario de aquel museo de los años cincuenta. Donó algunos muebles, otros los restauró. Pero de lo que acostumbraba a presumir de tanto en tanto, era de su hermosa colección de vestidos de alta costura; todos bien conservados y de su talla.

Tras la importante suma recibida en herencia, se vio obligada a llevar dos trabajos paralelos. El de empresaria y el de psiquiatra, que seguía entusiasmándole como el primer día. De modo que decidió utilizar el despacho familiar como su campamento base.

Como dueña del perfume Notas de Himelbaum, decidió darle al frasco un toque más actual pero sin quitarle estilo oriental y belleza operística. Las ventas del perfume se habían diversificado por Europa, Asia y América e incluso había logrado venderlo en algún teatro donde anteriormente había actuado la solista.

Ellis tenía su campamento base en la ciudad condal y viajaba a menudo a Alemania y Austria. Habían adoptado una costumbre en común: aprender la filosofía cabalista. No les había pasado por inadvertido, la historia del abuelo Samuel, un hombre de pocas palabras y concluyente, que a pesar de desear controlar en exceso a su familia, era todo un sabio que había creado escuela.

En los días de asueto, vivían escenas románticas con vistas al mar y recreadas anteriormente por Ingeborg y Ahmad. Les gustaba imaginarles, ellos eran un ejemplo de cómo seguir amándose.

Pero había una faceta mucho más apasionante que comenzaba a aflorar en su día a día, la de convertirse en padres. Estaban impacientes, todo estaba listo para la nueva llegada. Por fin, alguien disfrutaría de aquella habitación de hermosos juguetes rescatados en el olvido. De nuevo, un ser inocente olería sobre el regazo de una madre las Notas de Himelbaum y se sentiría envuelto y protegido. Esas notas quedarían en su olfato para el recuerdo, eternamente.

NOTA DE LA AUTORA:

La novela tiene una base histórica, pero no hay que olvidar que se trata de ficción y que me he tomado la licencia de introducir en los ambientes gente célebre: políticos que llegaron a la cima, importantes filántropos, escritores, cantantes y músicos.

La utilización de personajes históricos es de libre uso por cualquier autor, puesto que forma parte de nuestro patrimonio cultural. La magia y el entretenimiento de dicha novela, no sería la misma si no hubiera hecho coincidir a gente como Gardel con Anastazy, a Samuel con personajes importantes de la política como Winston Churchill entre otros más, a Ernest Hemingway como viejo amigo del jeque Ahmad Al- Futtain, y algunos otros.

Aparte de los personajes históricos citados conocidos y disponibles en documentos históricos de la temática a tratar, todos los demás personajes son producto de la imaginación y cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura casualidad.

Debo aclarar que no existe un orfanato de hermanas dominicas ubicado en Lerma. Pero sí que existe un monasterio de MM. Dominicas Lerma. Elegí este monasterio por cuestiones de logística en la novela.

Otro apunte: en mi novela, menciono el histórico y trágico accidente de Carlos Gardel y sus compañeros. Quiero aclarar que en dicho accidente aéreo, acaecido el 24 de junio de 1935 en Medellín, fallecieron 17 personas pero sí hubo supervivientes.

AGRADECIMIENTOS

No solemos agradecer lo que el universo nos ha regalado por ley divina. No acostumbro a ser consciente de que tengo una madre que valora y alaba mucho mi literatura. Según ella, no hay nada que sepa hacer de modo tan excelente como escribir. Cuando me desvío de la escritura, cuando hace tiempo que no escribo e incuso reniego de mi don, mi madre siempre me está recordando que soy muy grande, que nada me saldrá tan bien como escribir una novela. Y a mí me molesta, porque no creo que la literatura pague mis facturas. Pero agradezco tener en el seno de mi familia a una matriarca que me apoya y cree en mí.

Ser autor independiente conlleva un gran esfuerzo económico y muchas dosis de energía, alegría y tesón para captar futuros lectores. A ellos, no se les engaña. Pueden leerte una novela mala, pero no dos. No me puedo quejar, todos mis lectores me respetan y valoran mis obras. Gracias.

Quiero dar las gracias primero a todas mis seguidoras y compañeras de literatura de Facebook, que se han alegrado por mi nueva obra y que han esperado unos cuantos meses hasta leer la siguiente.

A los seguidores que no tienen Facebook y me leen y me felicitan por la calle sobre todo a mis primeras lectoras, las de mi pueblo; Vinalesa.

A las primeras lectoras de esta cuarta obra, cuando la novela iba cambiando de título:

Rosa Martínez, que fue la primera en leer unas páginas y me dijo: ¡vas bien!

A Mayte la Rosa, ¡que es un amor de niña! Mientras me leía vorazmente, me iba dejando Whatsapp manifestando sus emociones y me pudo hacer una pequeña radiografía de la novela, dejándome ver que uno de los personajes debía dar un giro. Además, me animó a cambiar el título.

A Fefi Lo, la cual disfrutó tanto que todo lo que me escribía en un adjunto eran piropos y más piropos y me dejó con una sonrisa de felicidad enorme.

A Victoria, mi gran amiga, que siempre, durante este año y medio sabático, me ha estado animando con un “¡Menos rollos y escribeeeee escribeeee!” Ella ya sabe que haber elegido Sitges como uno de los escenarios de mi novela, ha sido un tributo especial por nuestras escapadas a dicha hermosa localidad, a la que nos encanta ir de compras.

A Mar, porque un día, debido a que algo en mi vida se había roto, me habló del Kintsugi y me pareció una historia bonita que mencionar.

A las blogueras que se han ofrecido a leer mi novela para poder publicar una reseña pocos días después de su edición.

A Norberto Aige Marinelli quien tras varios llamamientos desde Facebook a gente de Cartagena de Indias, contactó conmigo y me mandó su crónica y opiniones sobre esta ciudad.

Mientras preparaba las galeradas, Marta Retamal se cruzó en mi destino. Gracias por esa segunda corrección tan necesaria. Es una profesional que quiero recomendar a todas las autoras independientes y editoriales, como correctora de estilo de cabecera.

A todos los que están leyendo estas líneas y han disfrutado de esta bella historia, les pido que hagan una valoración en Amazon o en su perfil de Facebook. Vuestra opinión es importante. Un autor independiente necesita un público que le lleve lejos. Sin vosotros, no soy nadie. Con vosotros, me convierto en autora. ¡Gracias!

ANEXO

Primera parte

**wiener luft:* Aire vienés
**Erisimo:* conocido comúnmente como la hierba del cantor. Remedio natural para prevenir afonías, laringitis, la congestión de las cuerdas vocales, o la bronquitis crónica.
**Choukran laka:* Gracias (a él)

Segunda Parte

**untermensch: Infrahumana*
**Tefila:* la oración judía, recitado de oraciones que forman parte de la observancia del judaísmo.
**Rosh Hashaná:* la festividad de Rosh Hashaná, que significa "Cabeza del Año", se celebra dos días, comenzando el 1.° de Tishrei, que es el primer día del año judío. Se trata del aniversario de la creación de Adán y Eva, que fueron respectivamente el primer hombre y la primera mujer que existieron.
**Mammon:* es una palabra aramea que significa «riqueza».
**Mezuzá:* (del hebreo: jamba de la puerta) es un pergamino que tiene escrito dos versículos de la Torá; se encuentra albergado en una caja, o receptáculo, que es adherido a la jamba, o marco, derecha de los pórticos de las casas y ciudades judías

Tercera Parte

* *She Elohim ievarej Otaj:* Dios te bendiga.

BIBLIOGRAFÍA

Alan Riding; Leslie Dunton-Downer, *Opera*
Baudot François, *La moda del siglo XX.*
Bronwyn Crosgrave, *Historia de la moda desde Egipto hasta nuestros días.*
Laura Cooper, *La danza del vientre paso a paso***.**
Regresión. *Texto de relajación extraído de Brian Weiss.*

FUENTES CONSULTADAS A TRAVÉS DE INTERNET.

Alberto Ruy Sanchez:
https://www.facebook.com/notes/alberto-ruy-s%C3%A1nchez-escritor-y-editor/atardecer-en-palmira/10151848318084057/
MireiaValls:
http://lameva.barcelona.cat/bcnmetropolis/es/dossier/viatge-al-mon-subterrani/
Víctor Sörenssen:
http://www.mozaika.es/no-soy-de-los-primeros-solo-llevo-desde-1952-trabajando-en-la-comunidad-judia-entrevista-a-avner-nahum/

http://historiadelamodaylostejidos.blogspot.com.es/
http://www.mecd.gob.es/mnceramica/colecciones/seleccion-piezas/textiles-indumentaria-complementos/traje-de-opera.html
https://www.museobilbao.com/exposiciones/los-anos-50-la-moda-en-francia-1947-1957-231
https://es.wikipedia.org/wiki/Barrio_jud%C3%ADo_de_Barcelona
http://elboqueronviajero.com/espana/barcelona/lugares-con-encanto-barrio-judio/
http://www.sternalia.com/sefarad/eventos-singulares.html?e=1
http://lugopsicologa.blogspot.com.es/2012/11/beneficios-de-las-regresiones.html
http://www.mind-surf.net/vidaspasadas.htm
https://sites.google.com/site/storefabito/home/regresiones-y-vidas-pasadas
http://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/gardel.htm
https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_Gardel
http://www.liceubarcelona.cat/
https://es.wikipedia.org/wiki/B%27nai_B%27rith
http://bnaibrithbarcelona.org/quines-somos
http://www.bpa.es/
http://lameva.barcelona.cat/bcnmetropolis/es/dossier/viatge-al-mon-subterrani/
http://www.dominicaslerma.es/
https://es.wikipedia.org/wiki/Associaci%C3%B3_Call_de_Barcelona
https://es.wikipedia.org/wiki/Homosexualidad_en_Colombia

https://es.wikipedia.org/wiki/Literatura_homosexual_en_Colombia
https://es.wikipedia.org/wiki/Fernando_Vallejo